Elena Quiroga

Presente profundo

La acción la centran dos personajes que Rubén, el protagonista, va evocando alternativamente: Daría, la mujer del campo gallego, sencilla y directa; Blanca, la joven extranjera que reside temporalmente en Madrid, de psicología más compleja. Gracias a esta sutil alternancia de caracteres, una temática sobrecogedora y una narrativa ágil y fluida, Elena Quiroga ha logrado con esta obra una de sus más logradas realizaciones literarias.

Elena Quiroga

Presente profundo

ePub r1.0
Titivillus 10.05.2023

Título original: *Presente profundo*
Elena Quiroga, 1973
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
416

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi marido

Le molesta la voz del hijo, la aparta con un ademán de la mano, redondo, como a un último abejorro de verano, en este otoño corto y frío. (Si hace bueno, si hace sol, a lo mejor no). Lleva varios días con su tiento a cuestas, apenas un soplillo en alguna parte de dentro, y los demás ni se dan cuenta, ni la miran, es algo que se mueve, tantas veces anda con ganas de apartarse, ahora puede descubrir que se va una por los adentros, que se descorta así, a tirones, como si se le fueran cayendo pieles de encima, o legañas de los ojos. Pero ni sabe que lo descubre porque solo es lo que se ve, el bulto definido de una mujer que se mira las manos, una primero y otra después, porque empieza a verlas ahora mismo, en este instante pozo profundo hacia la tierra, y no son blancas, más bien cárdenas, casi jugosas habitadas del humus suyo, no se resecan a la par que el cuerpo como si solo ellas continuaran siendo carne con sangre y agua, no le sirven más que para faena y atusarse, extenderse para dar, nunca las cruza —que se las crucen— en misa más bien las descansa una sobre otra, coge y retira lentamente, Daría anda más con las manos que con los pies, cada cual hace el camino a su modo y ella lo hace con las manos, quieta detrás del mostrador, hincada sobre la baldosa, tiende, cobra, envuelve, lía. O ante el horno, o la cocina, o el mármol. (¿Son ella aquellas excrecencias con sus apéndices nudosos y las uñas al ras, las yemas trabajadas, que se abren, se cierran, alisan la falda negra de tergal?).

La voz del hijo en un sitio fuera de una, inmune a voces, segregado de ella aunque la roza con la manga de cuero en los cambios de marcha ruidosos de la furgoneta, y se da cuenta que la mira pero no lo sabe, está del otro lado, conoce en este viaje mañanero en qué consiste «estar del otro lado», tanto lo ha oído y lo entiende cuando entenderlo no sirve ya para nada, todo sucede fuera de ella, a los lados resbala sin tocarla y se va a alguna parte,

como el riego en finales, o la simiente derramada afuera.

Salen temprano, desde más arriba de Gondomar, viste la ropa del reparto, ignora si de verdad es hoy aquello, cualquier cosa la muda, y ni siquiera piensa en «aquello» como piensa en cincuenta kilos de harina-pura-trigo para cien bizcochos o para amasar los panes, que entonces sí sabe que piensa, cree que piensa cuando calcula, y echa mano del papel de estraza y moja el bolígrafo. Lleva la punta de la lengua a tiznones morados, y esparce la harina-pura-trigo que le deja las manos lisas, blanqueadas, tan dulcemente secas sobre el mármol grueso blanco con poros negros de años, y salpica la harina-pura-trigo y después la amontona, la ajunta, y hace un hoyo redondo dentro, hace las cosas todas en redondo, no sabe que las hace en redondo, y echa el huevo al centro del redondo y se queda medio segundo pasmada, y mira. En seguida toma aire, encubre la yema redonda con la harina pura, le da lo que le pide, añade levadura pardusca y comienza ese movimiento que es un andar: adelante y atrás, arriba abajo, y después aquel magma de harina-huevo lo corre a un lado, lo apiña apretujado, montículo cubierto por servilleta húmeda al arrimo de la calor, y cierra la ventana.

Tiene la cocina de azulejos blancos y la cocina en sí de campana encalada para los bizcochos de rueda y los trenzados, en un rincón han levantado con cemento gris un horno grande semicircular en forma de torrecilla, con la boca a media altura, pero ella prefiere el viejo horno que ya ni es viejo horno porque no está, u otra cocina blanca con mirilla de cristal y botones de mando, a gas butano; hay bombonas anaranjadas de vacío o repuesto tras las compuertas, bajo la ventana, y son pegotes —se ve tras ellas, más allá de la red metálica, hinojo, tomillo y yerbabuena—, se le antojan retazos nuevos en una saya vieja y también cosas que la echan por encima y la encubren.

De la cocina se pasa a la tienda con su viejo mostrador corrido que la rodea, de castaño tan gastado y brillante que parece encerado, más brillante en donde se apoyan tantas veces, bordes de Eugenio, de Luisa, del Serafín, y los bordes de ella con las manos lo mismo que sobre el banco de la iglesia, una sobre la otra al filo de la madera, Daría derecha y mínima, y no es cuestión de estatura sino de actitud; tiene el globo de los ojos abultado, los párpados

cernidos, se sume de un tiempo para acá, la boca le atraviesa el bajo de la cara, «*Ti és toda boca*», oye mismo en un ayer, pero un ayer es hoy y todo es hoy, todo sucede ahora de presente, vive la unidad suya, Daría —tiempo, nada es si no es ella, todo se dice y se oye ahora, en todos los ahora, en este instante profundo densísimo, y la boca jugosa, estrujada, refregada o mordida, y la boca sola desierta inútil es una y al tiempo.

«*Os probes, con ter pra o día…*» las ruedas de los molinos dan vueltas sin saber que son vueltas, pero el hombre Serafín piensa en día de mañana, en futuro, en echarse por fuera, y en que día sea ella y muchas otras cosas, y si fueran solo cosas… (Y Celia). El hijo la empuja al tomar la curva y le grita algo entre el ruido del motor y del escape de un camión que pasa, le da a la bocina en golpes cortos, con la palma contra el volante. Daría se compone otra vez en su sitio, de frente y fija hacia delante, ve el cuero marrón y la mano de Eugenio sobre las palancas de cambio vibrando: y el brazo del hijo y el suyo son dos extraños entre sí. Va con la cabeza descubierta, si quiere puede mirarse en el retrovisor encima y algo a la izquierda de ella, pero no hay nada que ver sino lo andado, el camino hacia atrás aunque van en directa, y por el parabrisas amplio se le viene la carretera empedrada, de noche se despierta y piensa exactamente en esta carretera que lleva allá, tiene el impulso de quien se lanza y va, pero después el día, la faena, escapa la voluntad por cada gesto repetido, vuelve a encontrarla en cuanto se detiene, perforándola lentamente, pasa a ser ella misma, por la noche está allí colada dentro de su cama, en la cama de los dos que cada uno decía «mi cama» y era una, y ahora es la misma cama pero son dos (esquinado cada uno en su borde, con el calor de Celia en el centro desierto de la cama que convierte la noche de dos en noche de tres, tensas, inacabables).

Gondomar queda atrás, van sobre los raíles del tranvía y a ratos nota que la furgoneta resbala de la vía a las piedras, llegan a Ramallosa y Eugenio frena y mete una marcha, abre las puertas de atrás y saca los cestones, Daría no se mueve, se oyen las puertas de atrás cerradas con estrépito, Eugenio es así, chasca la portezuela, enciende un cigarrillo antes de arrancar de nuevo, tose, le dice: «*¿Pasalle algo ou qué?*», no espera la respuesta, el puente, camino de dos vías, parada en Sabarís, El Burgo, Santa Marta, camino de

Bayona. Eugenio saca siempre de atrás los cestones del pan, se le oye destemplado, apenas clarea la mañana en su camino, el camino de Daría, lo sabe a oscuras, la lleva a donde va.

«*Ti deixaste de todo. ¿Deixaste de todo ou non?*», siempre aquello dentro que crece, despacio, crece despacio, asegura que al final se alzará con el no.

No mueve las manos de sobre la tibieza de las ingles, lleva las botas pesadas de becerro. Eugenio manotea y se ríe con la gente, calla de reparto a reparto; sobre el ronquido del motor el silencio de ella y la soledad de todo lo indiferente. Dejan Baredo atrás y él frena más allá de Cabo Silleiro, cerca del Nuevo Hostal, a la izquierda de la carretera, y entre el chirrido del freno y las vibraciones del motor Daría abre su portezuela y baja, saca de debajo del asiento una bolsa azulona, y cierra con un golpe seco. Eugenio arranca, maniobra para dar la vuelta, la carrocería verdosa de la furgoneta atravesada un momento taponando el camino, lleva la bolsa con las barras del pan, la aprieta contra ella, se da cuenta que la aprieta y la deja colgar por las cintas, cruza la carretera hacia el Hostal, «*Hoxe ven un bó día. —Ven. —Hastra manan*», y de nuevo el camino con el viento marero aumentando, anda y anda y anda sin esfuerzo, pasos iguales, firmes, en medio del silencio y de la soledad.

Pasan camiones, algún turismo, nada tienen que ver con ella. A pie un hombre, otro, se oyen sus pisadas en el silencio, no se dan los días, y camina y camina y camina y camina.

El sol también. Ya va alta la mañana, ya ha cortado amarras a partir de la una, sabe que la hora en que se vuelve ha quedado atrás. (La hora del padre. Anda por algún lado, la precede, adivina borroso el contorno derrumbado de sus caderas, hacia las nubes del fondo, los brazos caídos a compás del cuerpo mientras camina, con el resuello corto asmático, ella detrás). Comienza a ver las lajas, la rampa de pedruscos junto a la rompiente, y la blanquísima agua espuma estalla y se repliega, succiona, queda una humedad de levadura, más. Deja atrás baba blanca, amarillea en seguida. Y este es, y no otro, el apenas cabo agudo que forma el pedrezal por dónde Daría baja desde siempre a paso joven de porteadora, nalgas bajas, largo el cuerpo en proporción, estirado, Daría joven con las sayas primeras prendidas en la cintura. «*Míranseche as pernas*». Solo son

mujeres. «*¿Andache o Delio polas pernas?*», no se disimula, desabrocha los botones de la chaqueta sastre negra con cuidado igual que siempre, pero es niña con cinco bocas más, no es joven, que de joven es Delio y a Delio no le gusta que escuche a las mujeres, Delio la retira, tiene yeso y cal hasta desnudo, y la deja, desnuda, yeso y cal.

Se quita la chaqueta, la alisa, atenta a los dobleces de las mangas, tiene de pronto gestos ligeros, gestos de muchacha, como si el cuerpo no pesara nada, la dobla por los forros y la deja cuidadosamente sobre el murete de piedra que delimita un brevísimo campo de maíz del pedregal, se agacha y se desprende de la bolsa azulona, el viento no la desgreña, lleva el pelo tirante, está mojada, el frío busca el hueso, Daría siente la boca inmensamente seca desde dentro, desde la garganta, se humedece los labios con la lengua, le sabe a sal, mira hacia el fondo, hacia la carretera detrás de ella, con una levedad desconocida, mira hacia el pálido sol a través de las gotas irisadas, solo de moza sintió algo parecido, con la garganta seca también que se resolvía en humedad, anuncio de esta ligereza total, nada pesa, no existen brazos, ni piernas torpes, ni cabeza inclinada, ni riñones, ni espalda entumecida… baja aún más, sabe no resbalarse: de pronto, por una fracción pequeñísima de tiempo, que es todo el tiempo, que resulta inmenso, se posee. Casi murmura, o gime, o se sonríe. El agua le entra en los ojos, los cierra, conoce bien las piedras, y en donde el remolino, las olas en alud saltan sobre ella, la sacuden, la desploman, son Daría, Daría, la mañana y el macilento sol y el tiempo detenido, seccionado.

¿Quién iba a decirme que este suceso, habitual en la vida de un médico, iba a iniciar en mí la cuenta atrás? «Un médico no debe hablar de sí mismo». Pero, naturalmente, esto es válido en su relación con los enfermos, o al menos se ha establecido como válido; a sí mismo ¿cómo no razonarse, cómo no reflexionar, contrastar la experiencia? No te voy a usar, Blanca… Y no porque tu vida —no porque tu muerte— no fuera a servirme de provecho, pero si es éticamente irreprochable el referirme a ella, y no voy a librarme de hacerlo, dudo, sin embargo.

Pensaba, hace siete años, que el suicidio era la derivación de una mente extraviada, el esguince final de un ánima enferma; después fui aprendiendo que el suicidio es en sí mismo enfermedad, bache profundo, eso que en términos marineros llaman «pasar por ojo» a un barco, cuando las grandes olas se lo tragan. En cualquier caso, presuponía yo en el enfermo o enferma un estado de duda, de obsesión mental, o de lasitud, o de agotamiento de la vida misma, o de enfrentarse con una situación límite —el «*horror vacui*» del manierismo—, el horror de la nada, emparedados en la nada, todo ello, no sé por qué, producto de personalidades cultas, en cierta forma refinadas. Daría Penas Martínez, cincuenta y nueve años, panadera, dos hijos, un marido tres años más joven, un cierto bienestar adquirido a lo largo de esos años de trabajo conjunto, ¿hasta qué punto era enferma o inadaptada esa mujer, Daría, que se ha tirado al mar ahora en noviembre, hace escasamente unas horas?

Tú lo eras. Se dijo hasta el cansancio, lo traían hasta los periódicos: inadaptada, inestabilidad emocional; comentaban tu vida con puritanismo crítico, hacía daño tanto detalle sórdido, tanta complacencia, nadie se sentía responsable. Yo sí deseaba sentirme responsable porque era el último vínculo entre nosotros, porque estúpidamente me hacía sentirme importante ante mí mismo, en tu vida. Luego supe que no era así, que me habías borrado totalmente,

que nunca había contado demasiado, que era responsable con responsabilidad compartida por cuantos te habían conocido, con cuantos habían incidido en tu vida; pero no Rubén-Blanca, no. (Debería empezar de una manera más rigurosa, más científica, objetiva en suma, anotar solamente lo válido, pero si me muevo entre la bruma ¿qué sé yo lo que puede resultarme válido al final? Estructura, análisis, referencias y todos los etcéteras vendrán más tarde, ordenaré estos apuntes, seleccionaré el contenido, porque el contenido es esencialmente este problema, ha vivido conmigo demasiado tiempo, lleva siete años conmigo a todas partes, y a esta distancia necesaria puedo ahora observarlo, deducir, ir en busca del origen del morbo).

Yo estaba en el hostal, Rogelio dice que tuve que verla cuando trajo el pan en su bolsa azulona que apareció después cerca de la chaqueta, que yo estaba en la barra apurando el primer café de la mañana, pero no la recuerdo, ni siquiera estoy cierto de esa coincidencia.

Me he despertado en la madrugada extrañamente lúcido —fue una noche de una paz indecible al borde del roquedal, noche oscura con un agua apenas removida, no se oía nada, como si el atlántico no fuese aquella vastedad moviente, solo las voces de los hombres, y las luces de las linternas—. ¿Por qué no hacer un estudio que podría titularse: «Análisis de la psicología de la mujer del campo en Galicia»? No tiene nada en común con mi propia especialidad, histología, pero tanto conmigo, podría realizar un trabajo profundo, interesante al menos, sería posible a través de estas gentes hallar el hecho primero que va determinando las pequeñas explosiones aisladas, más tarde en cadena, como una sublevación contra uno mismo, como un autoterrorismo que acaba en la aniquilación. Es un tema importante, existencial, la mujer ya no vive, me quedo sin sujeto, pero será fácil reconstruirla, no tan fácil, es gente sencilla, no es cierto, es gente compleja, habrá que avanzar con tiento sin herir, que no se me replieguen, nada que se parezca a un confesor o a un inquisidor, más bien un investigador, el investigador de Daría —persona, aunque tengo la idea previa y debo desechar toda idea previa— de que podría tratarse de un ser cosificado, aunque entonces ¿por qué no dejé cumplir su ciclo vital hasta el fin, el fin natural que le correspondiera? Quizás el final que le correspondía

era precisamente este, y había nacido, crecido, conocido hombres en el sentido bíblico, tenido hijos y llegado cerca de los sesenta años, para irse una mañana al roquedal y tirarse al mar. En el encuentro entre médico y enfermo (pero si no hay enfermo, la enferma se ha escamoteado a sí misma… aunque son todas las enfermas, las que sobreviven y llevan en sí el germen letal). Estas gentes que miran siempre de costadillo, como si no quisieran ver y nada se les escapa, a ojos entornados y todo lo registran, o muy fijas las pupilas encubriendo su proceso interno. Creo que más que las preguntas puede valerme el silencio, una palabra inquisitiva les pondría en guardia: el silencio será un ámbito común en donde comprendernos. Largo y paciente estar y estar y estar, lo mismo que ellos, hasta que el trato unívoco, las palabras, los gestos, los silencios, reconstruyan a Daría, a todas las Darías. Y no es que yo crea que un enfermo es genérico, nadie más individualizado, pero siguiendo el rastro hay características comunes que pueden ayudar a detectar su presencia. Tampoco es que dejen de hablar en torno mío, hay muchas maneras de silenciar, palabras llenas de sobreentendidos, falsas indicaciones, no van a faltarles palabras para lo accesorio, no han hecho otra cosa durante estos días, pero sus envolventes elipses, sus quiebros, sus fugas repentinas encubren la verdad, hay que extraerla.

He empezado por saber que el padre de Daría, Isolino Penas, se ahorcó hace dos años. Daría aún llevaba luto de él. Se han apoyado en esto para buscar un motivo, para arropar al viudo: «*¿Ti que lle ibas a facer, home?* —¡Salió al padre! —Lo mismo que el Isolino, sí señor. Hiciera un viaje a León y a la vuelta se tiró del tren en marcha, no se hizo nada, mire lo que es la suerte de las personas, otros por menos… Rodó por unos campos, magullamientos, dijeron. Nada de nada». Llegó a su casa como un espectro vivo. A los pocos días marchó en dirección a Santiago, y a medio camino se colgó de un árbol con la correa de su pantalón. Se enteraron por el periódico, no llevaba carnet ni nada que le distinguiera, pero Isolino faltaba de casa y fueron a la identificación. ¿Qué pensó Daría? ¿Qué dijo? «Ella era muy compuesta», «Qué quería que hiciera… tenía que atender al pan». La hija soltera que vivía con él tomó el peso del duelo. Daría se colocó al borde del mostrador y envolvía los panes o trajinaba en el horno.

Sí, es gente compleja, tú también, tus pechos casi helados, el rostro tenso en la sala de Recuperación del Gran Hospital, así te conocí, bajo la sábana de la cama de Recuperación, siempre te he visto tensa, incluso en el abrazo o en las caricias no te relajabas, parecías crispada, me cohibías, siempre aquella ansiedad, aquel desasosiego, la tensión feroz a que me sometías, o eras tú la sometida. Pero ahora comprendo que el fallo fue que jamás estuve del todo natural contigo, quería que me valorases. (No reincidir. Estas son notas para un estudio, no autopsicoterapia). Me destrozó y quería dejarme al margen de sus destrozos, hizo todo lo posible por dejarme al margen, Blanca, pero yo me rebelaba y volvía, y buscaba aquel clima de mundo privado que era su clima total, era ella misma, y me sumí en una suerte de estupor, fui abandonando los estudios casi sin darme cuenta, pasaba las tardes en su casa oyendo sempiternamente música, siempre más o menos la misma música, había ido por un momento que se prolongaba, se prolongaba, no sabía marcharme, ella no me lo facilitaba, su mano breve, tan delgada, caída, con el pitillo siempre, tenía una manera honda de absorber cuando fumaba… ¿Tomaba entonces ya? ¿Me lo hubiera dicho, lo hubiera notado? Ahora recuerdo sus euforias repentinas y pueriles, como quien enciende el conmutador de una lámpara, o sus decaimientos brutales, pero no: eran meramente prontitud de reflejos de un ser hipersensible. Y, además, esto fue al final de la relación entre nosotros, al principio era una convivencia enervante, monótona. Bebía exageradamente y yo empecé a beber; era hipotensa, nunca la vi embriagada, salíamos del sueño y del no hacer nada, eternas tardes que parecían todas tardes de domingo, clausuradas, aburridas, para horas de inactividad con música, y no sabía librarme de aquel aburrimiento, era un atisbo de eternidad. Con el calor de Madrid en julio, agosto, la calle como derretida y Blanca sobre su diván: «*Échate ahí, no hagas ni un gesto, es peor*». Blanca no hacía gestos, totalmente inexpresiva, como una máscara, la de la juventud sin meta, tal frágil, tan delicado el cuerpo. Ocupaba el ático y sacaba la colchoneta roja a la terraza y sobre las baldosas, dejaba tiradas las piezas sueltas del bikini. Yo miraba hacia las terrazas de los lados, aunque sabía que no podían verla; su sonrisa condescendiente, divertida, el leve gesto de los hombros… No decía: «¿A ti qué te importa?» pero era lo mismo que si dijese a

ti qué te importa, y me airaba porque me sentía tratado de manera humillante, como si lo que yo pudiera pensar en el fondo la tuviese sin cuidado, o yo fuese un ser inferior, o un hombre pagado. Quizá el excesivo dinero y su ambiente hicieron de ella un ser aparte, segregado de la auténtica humanidad, ni intenté hablar de cosas —dificultades, modos, costumbres, problemas— que ella ni siquiera intuía aunque sintiese curiosidad; a veces demostraba interés por saber cómo vivían otras gentes (pero entonces pensaba cruelmente, quizá injustamente, que era una curiosidad casi turística, como podría ir a observar el folklore de los bantúes. Lo encontraba denigrante, me sentía denigrado, y en el acto mismo comprobaba la falsedad de nuestra relación y sabía ciertamente que el equivocado era yo. No era para mí. Pero volvía).

De hecho sigo pensando que el dinero y el acceso fácil a través de él a una vida sin trabas, sin más problemas que los de su propia contingencia, estaban en la raíz de su daño; aunque probablemente, ahora lo estoy viendo con enorme clarividencia, Blanca sin dinero hubiese marchado a recorrer el mundo con las bandas de *hippies* e igualmente se hubiese tendido en un saco de dormir sobre el suelo, con aquella exasperación, o aquella desgana, según.

En el principio de nuestra relación veía sobre su imagen real el bulto de su cuerpo exánime bajo la sábana —¿fue esta proximidad de muerte joven sin decaimiento físico lo que me atrajo de modo fulminante?— y el rostro sin paz, y que me hirieron las bromas de los demás. No había derecho a comentar, a hacer cábalas soeces mientras ella no pudiera defenderse o aclararlas, y el Jefe del equipo con su gesto de desprecio compasivo, apartando la sábana: «Les daba yo a estas niñas algo que hacer, no se cortarían las venas…». (Y en el acto pensé en la deprimente procesión del pasillo de abajo, con aquellas mujeres del Seguro). Y la muñeca vendada, y el gota a gota en el pie, con el dedo pulgar como desempatado, separado de los otros dedos, un pie de criatura, y sentí ternura por aquel pie con las uñas plateadas. Bajo el foco sin sombra el arco de las cejas pintado en una curva amplia, muy marcada, pero sus cejas y pestañas eran ralas y rubiancas, lo sé bien, me molestaba que se las pintara tanto porque al natural y escasas le daban un aspecto infantil o pobre. Toda ella era rala y rubianca, estrecha de huesos, con la carne exacta, y una piel en invierno insanamente blanca,

punteada de pecas, tostada desde mayo con lámpara de ultravioletas; vivía de noche, revivía de noche, empezaba a beber a media tarde, era su zona de día más intensa, y descansaba un poco, y era el único descanso que la renacía. Blanca sacudía su indolencia hacia las diez para ir descalza a la cocina diminuta y sacar cosas de la nevera. No la vi jamás preparar nada, ponía el pollo frío con ensalada y unos pickles sobre unos platos delicadísimos. «Para qué vas a molestarte, lo tomamos aquí mismo», hacía que no me oía como siempre que dije alguna inconveniencia, y sacaba aquellas servilletas menudas de celus color violeta, suaves y esponjosas, o arrastrándose desganada desaparecía y volvía con un vaso con una flor. Decía: «*Levantó una flor y la mostró a un grupo de estudiantes sin pronunciar palabra alguna. Solo Kasyapa lo comprendió*». A veces me llamaba Kasyapa, y me repetía el sermón de la flor. Tenía una subcultura exótica, viva y varia, no rigurosa ni profunda, retenía con facilidad, era como un cristal poliédrico de muchos reflejos.

Y si no había flor arrancaba hojas verdes a la enredadera de la terraza y colocaba una hoja en el plato, y sonreía con aquella sonrisa huidísima, apenas insinuada. Fue una mala iniciación del mundo para mí, Blanca. ¿He escrito esto? Sí, lo he escrito cuando me consta que no: fue terriblemente necesaria, arrancó de mí todo lo postizo, lo accesorio, todos los prejuicios, toda la rémora de una educación familiar estrecha, limitada, y me dejó limpio de escorias en mitad de la vida; lo hizo con tanta delicadeza y desinterés como cuando me acariciaba con las uñas, como si me hubiera vuelto a nacer. Gracias, Blanca. Nunca dije «gracias» como no dije «perdón», siempre consideré que era yo quien debía perdonar, con mis absurdos principios establecidos de estudiante tímido y susceptible, solo superé la abulia después de que me vaciaste, me aireaste, tambaleando en mí cuanto consideraba firme e intocable. Fue un gran bien. Salí del marasmo de tu muerte hacia el estudio, me refugié en el estudio, inmensamente liberado, me habías hecho aquel dramático regalo de la libertad, me dolía, pero me sentía libre, y vacío, y adulto, y entonces quise estudiar, quise defenderme haciendo algo con mi vida, no diluirme en la nada ni en la vaguedad, no dejarme ir: fue lo único que me salvó de la tristeza indecible de tu muerte, de tu manera de morir.

El estudio, el trabajo fue equivalente a una anestesia, no me permitía respiro ni un descanso para no flaquear, me encontré con la carrera terminada casi sin darme cuenta, todo fue tan rápido, o todo, de pronto, lo parecía. Solamente entonces, de cara al futuro, volví la vista atrás. Por primera vez dije para mí mismo —me negaba emociones—: «Gracias, Blanca». Me habías encarado con la vida, la existencia era algo definitivo, no se podía dilapidar, la persona no era mera envoltura, tenías facultad para crear tu mundo, hablaba de ello con Enrique en los momentos que salía a tomar el aire para poder continuar; no iba a pasar, sino a ser. (¿La mujer? Ah, no, solo lo necesario. Había tenido una mujer, la boca me sabía a ceniza).

No iba a bastarme con existir, y decidirme en este sentido fue el último tirón que nos separó, escindidos para siempre, aunque naturalmente yo no sería quien soy prescindiendo de nuestra experiencia, y tu recuerdo, como mi infancia, me configuran. En mi recóndita memoria vital, Blanca, ya ves, no has conseguido morir del todo.

Nunca dije «mi» ni «mía» tratándose de ti, ni siquiera lo pensé en el momento en que tu entrega me deslumbró, me dio aquella sensación prematura de dominio: porque eras Blanca para todos, no como creía la gente que ibas aferrándote vorazmente a compañías masculinas para tu vida desierta: no era cierto: había siempre alguien que era alguien para ti, y además eras inmensamente recatada, pero esto no puede explicarse a los lerdos ni a los mediocres. No había que juzgarte por tu apariencia: corrías, volabas… tú que estabas casi siempre quieta, con los libros amontonados en el suelo, junto al diván, nunca leías uno solo, pasabas de uno a otro, oías *Strangers in the night* y acogías, pero no te detenías en nada ni en nadie, carente de fijeza.

Aquel veloz hojear las páginas de un libro y dejarlo, coger otro, me hizo reír: «No lees, miras; no me digas que lo has leído». Ella bajaba los ojos, se cerraba, huía de ser descubierta; debía de buscar femeninamente sensaciones, aunque tenía un instinto seguro para los valores auténticos.

Yo sabía que un médico no debe mantener relaciones particulares con los enfermos, entonces comprendí el porqué, pero ni yo era médico —¿lo sería alguna vez?, mi vida estaba en

suspenso— ni ella mi enferma; la habían llevado al Gran Hospital en la madrugada de un domingo de febrero, luego supe que fue Pablo quien la acompañó. No necesitaba leer su ficha porque todos la conocían, pero casi sin darme cuenta la miré y me quedé asombrado cuando leí veintinueve años, porque parecía tan de mi edad. Las palabras casi susurradas del Jefe al médico de guardia, en presencia nuestra…

Llevaba mal el curso porque me parecía absurdo e incompleto aquel modo memorístico de estudiar, siempre pendientes de apuntes que no llegaban en su momento, la sensación de interinidad o precario que duraba hasta el último trimestre, pero, sobre todo, porque suponía un esfuerzo, porque asistir a clase en la Facultad entre aquel inmenso tropel de compañeros me ahorraba toda iniciativa. Hacíamos contadas prácticas en el Gran Hospital, allí me encontré con Andrés que era médico interno en el Centro, y que, como yo, procedía de Galicia. Intimamos; cuando no sabía qué hacer ni a dónde ir, cuando me pesaba la inactividad, me acercaba al Gran Hospital a charlar con Andrés, más bien a escucharle, más bien a estar. Andrés era extravertido, vigoroso, realista, y tendía a gozar de la vida sin buscarle las vueltas. Tenía una capacidad de trabajo inverosímil, y me acogía como a un compañero, no como a un alumno de tercero, me crecía. Hablaba tan deprisa que más bien farfullaba, reía, fingía darme puñetazos en el estómago, era su manera de expresarme cordialidad. Yo sabía que algo fallaba en mí, no sabía qué, falta de concentración para el estudio, temores al futuro, una voluntad débil, —ahora sé que era una voluntad adormecida porque la vida me había sido tan fácil hasta entonces que no había tenido que ejercitarla, o quizá la he templado en cuanto sucedió—, buscaba en los demás culpabilidades que eran solo mías, simplemente no era adulto, y me consideraban, o me consideraba, como tal. Mi primer cuidado había sido rechazar toda tutela; al principio me molestó la decisión de mi padre: «Desenmadrarle», y después no podía tolerar indicación o sugerencia, sobre todo lo que juzgaba vigilancia. Los demás seguían sus estudios más o menos con regularidad, ¿por qué no yo? ¿Era realmente esa mi vocación? Mi padre tenía ilusión porque hiciera cirugía, pero se trataba de mí. Necesitaba algo que exigiese un trato humano entre dos seres: me remontaba cuando pasábamos visita

con el Jefe de Servicios Quirúrgicos, antes o después de la operación, y veía aquel «temor y aquel temblor», aquella supeditación casi fanática. Entonces, la profesión me inspiraba respeto. Aunque a mí me hubiera gustado detenerme más, establecer más contacto, ahondar más, un demorado trabajo de investigación, no de investigación en laboratorio, tan eficaz en sus fines pero que exigía una estructura intelectual que yo creía no tener, sino de investigación paciente humana. ¿Cómo ha llegado usted aquí? ¿Cómo ha empezado todo, sobre todo: cómo ha empezado usted mismo? Tómese tiempo, todo el tiempo, solo usted existe ahora. ¿Qué puede hacerse? ¿Puede en verdad hacerse algo?

Andrés me preguntó: «¿Por qué no has estudiado Letras, humanidades?». Yo quería ser médico. Sé que el deseo arrancaba de la farmacia de mi padre, de que dije «médico» cuando mamá dijo «farmacia» y mi padre «continuar esto». Y al decir médico absurdamente me pareció elevarme sobre ellos. (Debió de ser mi subconsciente el que me dictó las palabras, porque soy íntegramente médico, y en el deseo de entonces de llegar a la persona por su cuerpo era mi vocación la que certeramente me dirigía).

En estas condiciones, estaba en el cuartito de Andrés, cuando el altavoz del piso y el teléfono interior le avisaron que había traído un caso urgente a Recuperación: intento de suicidio. Mientras aplastaba su cigarrillo, Andrés preguntó: «¿Barbitúricos? —No. Se ha cortado las venas». Andrés me tendió el blusón verde que vestía para las prácticas, me dijo: «¿Vienes?».

Tenías un *shock* intenso. Vi cómo la enfermera cogía tu pie como un objeto y en tu planta muy torneada buscaba la vena y comenzaba la transfusión. «Don Manuel está en el campo, fin de semana. Le han llamado». Andrés dijo: «¿Por qué?». «Han insistido, vienen los padres de ella hacia acá. Ya sabe…». Aquel «ya sabe» que era tu potencia… Se trataba de ayudarte a vivir a ti, niña rica, viciosa, caprichosa, ¿qué no hubiera dicho mi madre, por ejemplo, de ti? Para eso no se formaba un hombre. Así pensaba o creía que pensaba, o sentía, mientras desde los pies de la cama veía tu rostro singular —te habían hecho cirugía estética, bastaba ver el final corto, artificiosamente redondeado de tu nariz ¿por qué me recordabas al Dante?— sumido en aquella inconsciencia; me parecía

injusto el exceso de dinero y que los hombres se moviesen a su estímulo, y que don Manuel acudiese en domingo porque se trataba de ti. Tú contestabas a mi rebeldía interna con tu máscara dormida, más allá de mí, a un paso de la nada.

Andrés me dijo: «Está un rato buena» a la mañana siguiente, y cuando pregunté atolondradamente si seguías en Recuperación, dijo: «Prohibidas las relaciones particulares», guiñándome un ojo, y creo que me sofoqué porque soltó la carcajada.

Pero a los cuatro días, cuando iba con mis compañeros hacia la parada del autobús, me llamó: «Tú, ¿me acompañas? Anda, vente, voy a visitar a una enferma», y fui en su coche. Así llegué hasta ti. Pregunté: «¿Qué le pasa? —Nada. Pero quien manda, manda». No parecía de buen humor. Llevaba el tensímetro. Me dijo: «¿Sabes tomar la tensión? Pues hale».

Así conocí su primer piso suntuoso en los altos de la Castellana. Estaba echada sobre la cama, vi por primera vez abiertos sus ojos azules demasiado redondos. Mientras Andrés se desplazó para buscar a una enfermera que quedase de guardia, yo esperé junto a la cama, porque Sabina temía estar a solas con ella; yo continuaba en pie, nervioso, con las manos a la espalda, escuchando lo que me contaba Sabina con su fingida vivacidad, dando vueltas a las manos o alisándose la melena con los dedos, y con la frente inclinada yo veía la sonrisa desencantada, fija, entre tus labios remangados. Parecías desconcertada e irritada, incluso temí que estuvieras a punto de ponerte a chillar. Aquel lujo me azoraba; tenía un inmenso prejuicio contra los adinerados, contra una sociedad frívola y nómada. Me di cuenta en seguida que eras eso precisamente, nómada, y al instante que eras una chica como yo, con parecidos problemas, aunque con más vida detrás. Andrés me dijo bruscamente: «Es una tarada», creyendo abrirme los ojos, y Sabina me usaba. Sabía que me usaba, y me humillaba y me fastidiaba que lo hiciera, temía que os rierais a espaldas mías, pero no acertaba a negarme. (Si mis compañeros conociesen a Blanca, a mis padres la conociesen, si mi medio modesto —nunca me pareció tan modesto— te conociera…).

No estuve a tu lado cuando te fuiste definitivamente, todo había terminado hacía más de un año. ¿Te fuiste? Me lo pregunté entonces despiadadamente. ¿Te fuiste, o fue un mero accidente?

¿Supuse algo en tu vida? ¿Llevé algo a tu vida, te diste cuenta de aquella ofuscación que fue después amor, y más tarde tristeza, para siempre tristeza?

Nada de lo que hice contigo satisfacía a una parte de mí mismo, siempre arrastraba conmigo hasta tu diván aquella sofocada presencia, aquella contradicción en ciernes; solo cuando nos separamos —cuando me abandonaste tú— supe cuánto me habías aportado: por de pronto, habías colmado de tensión mis días, habías descubierto mi retraída intimidad, a tu lado me desvestí de prejuicios, y en silencio densísimo me habías enseñado la piedad.

Se ha puesto la chaqueta de cuero marrón, la misma que llevaba por la mañana, y encoge un poco los hombros para tirar de la cremallera. Amelia está recogiendo los platos de la mesa aunque deja el plato hondo sopero para la sopa de Daría, y su vaso de tinto, y el pedazo de mollete.

—Déjale la sopa al calor, para cuando venga.

Y Amelia ha cogido otro plato hondo y ha tapado el de sopa con él. Ven la puerta de la tienda solo con estirar el cuello desde donde comen, en la cocina. Serafín fuma y calla, fuma y calla, abre mucho las piernas cuando está sentado, no lo hacía antes, ahora las esparranca y balancea un poco el cuerpo mientras cavila y dice que puede acercarse a Santa María de Oya a donde Soledad.

—¿A estas horas? —Amelia interrumpe—. A estas horas la madre no va a ninguna casa, podía parecer que va a pedir la comida, buena es para eso, ¿o no la conocen?

Murmura, mientras friega los platos. Dice a Eugenio:

—Como no hay teléfono ni nada, ya ves si hace falta el teléfono, no estarías ahí con ese hormiguillo que te come la sangre.

—Calla…

—Ya ves tu hermana y el Carmelo cómo escaparon de aquí, mira tú cómo espabilaron, aquí no quedamos más que…

—¡Calla la boca!

Amelia le mira y ordena los platos en el aparador. Se acerca y con el dorso de la mano prueba el calor sobre el plato de Daría. Eugenio está mirando por la ventana hacia el camino. Dice:

—Voy a ver si la encuentro.

—¿Qué le va a pasar? Que se ha entretenido, le pasa, vas a ver.

—Pudo darla un mareo, lleva un tiempo que no es ella. ¿Usted no le ha notado algo? —pregunta a Serafín.

—No tienes poco apuro, tú, la misma de siempre, no te pongas así.

—La misma de siempre, no. Me voy.

—¿Pero a dónde?

Serafín se pone de pie y entra en la tienda, se oye un coche en el camino, pasa de largo. Se asoma a la puerta y mira en dirección a Gondomar.

—Es mejor que marches.

Amelia dice:

—Espera, voy contigo.

—Deja, por si viene… Vuelvo a escape.

Amelia se queda a la puerta mientras Eugenio saca la furgoneta y arranca y desaparece.

—¿A dónde ha podido ir? —se vuelve hacia Serafín—. ¿Está fijo que no le dijo nada? Haga memoria.

—Me levanté de cama antes que ella. Bajé a Gondomar…

—¿Fue a Gondomar? También usted…

Serafín repite:

—No la vi.

Amelia dice:

—¡Dios! ¡Dios!

Y se sujeta la cara entre las manos.

—Pudo darla un mareo.

Se miran despacio, y después:

—Lleva un tiempo muy flaca, perdiendo carnes.

Serafín dice:

—¿Tú crees? Lo mismo que siempre, a su ser.

Y levanta los ojos a la fotografía ampliada que hay sobre el vasar, con el busto de los dos cuando la boda.

—Hay que ser topo para no verlo.

Y se sienta en la silla mirando hacia Serafín. Se callan.

La cocina trasciende, blanca, con su azulejo blanco, los grandes botes de plástico con harina-pura-trigo, el suelo refregado; están como apurados los dos, o pesarosos, Serafín se balancea un poco, Amelia baja la cabeza y mira hacia su delantal, con la cabeza gacha. Se está así como si el delantal tuviese tanto que mirar. El Chincho al pie del fogón, con las orejas hacia atrás, sin dormir, y Serafín le trisca los dedos para que se acerque; el can se levanta sin ganas y se arrima a él, le pone el morro sobre las piernas.

Serafín dice:

—Ahora vendrá Daría, viejo.

Le rasca bruscamente y el Chincho se enarca, le palmea con la mano abierta.

Amelia dice:

—No ha comido.

Serafín levanta la cabeza.

—No ha querido comer.

Miran hacia otro lado, atentos a los ruidos del camino que puedan llegar hasta la puerta.

—Ya andará cerca Eugenio.

—Como estaba por su madre…

Serafín afirma con la cabeza.

—Ya no está para tanto trabajo. Mire que se lo digo, pero claro una es la nuera, creerá que le vengo a quitar el sitio. No se puede con ella.

—No da que hacer.

—Usted se lo tiene que decir, no hay más.

Serafín dice:

—Cualquiera…

—Pues tiene un mal de dentro, desperece por días ¿o no lo ve?

El Chincho se aparta de Serafín y vuelve a acostarse a los pies del fogón, con unos ojos muy atentos.

—Qué raro que el Chincho no la espere en la puerta… Pudo darla un mareo —repite Amelia una vez más.

Salen a la tienda. Se miran: ¿será Eugenio? No es Eugenio, es un camión que se acerca, crece el ruido del motor, retumba, y pasa.

—Puede venir en cualquiera de vuelta, conoce a todos, pueden traerla en la cabina.

—Eugenio ha podido encontrarla.

Va despacio en los cruces, Eugenio, cuando se acerca a poblado, y corre en la carretera: desde lejos aguza los ojos cuando ve una figura en lontananza de negro, aunque sabe que no es ella. No se detiene, conoce los andares de la madre por lejos que esté. Va directo por el camino en donde la dejó, y da la vuelta como hizo esta mañana antes del mediodía. «Está vieja, la madre». La había gritado por la mañana, iba como sorda; también ¿por qué no se queja si le duele algo?, anda estorbando y no se da cuenta de que estorba, hay que tener paciencia, hace mucha falta, ¡Dios, si le ha

pasado algo! ¿Qué ha podido pasarle? Estos camiones, en la carretera… No hay que chillarla, hace meses que apenas si le mira, dos mujeres no se llevan nunca muy bien, es lo de todas, no son como los hombres, las mujeres; pero Amelia ayuda, vaya si ayuda, lo haría todo si la madre le dejase pero no se deja, buena es. Pobre, le avieja. Y eso que le dice a la Amelia: «Tienes que tener mano con ella, mujer». Hay que tener mano, poco a poco… Cree que hace las trenzas y los bizcochos como nadie y Amelia los hace mismo igual, pero no hay que metérselo por los hocicos, la vieja no lo agradece, se levanta antes que nadie para ocupar el sitio en la cocina, en invierno empieza con luz eléctrica. «Ni que la pusieran a jornal, qué apuros». Ya no hay apuros, ha ido todo para arriba, también ellos, y han podido comprar los campos al lado aunque a Amelia le desespera. «Échate más peso encima, sobre los brazos, hombre, nunca vas a poder librarte luego». A Amelia le gustaría vivir en la ciudad, no estaba hecha a esto, pero aunque se lo crea ella sin él no es nada, cuando van al piso de Luisa a la noche, al volver, prefiere lo suyo, y se la ve contenta. Con la furgoneta es lo mismo que estar en la ciudad, en un momento se acerca. El viejo quiere tierras, se ha pasado la vida con el ansia de tierras y ahora es como si todas le pareciesen pocas. Guarda las escrituras arrolladas en el baúl que trajo cuando se casaron, en el cuarto de ellos, cada vez se abre más con él, el viejo. Si no fuera por Celia… Esa le va a gastar los cuartos, como hay Dios, se va a comer las tierras si la dejan, cualquiera se lo dice, con el genio del viejo hace un descabello, se le ha metido la moza y no hay más. A la Amelia le puede el que no intervenga. «Le saca los cuartos», y no es que le haga gracia, pero el padre es el padre y la cosa dura, y la madre como mujer dónde va el tiempo que anda de retirada. No cree que la faltase de antes, a lo mejor cuando bebía más de la cuenta se iba por ahí, pero no era faltarla, o qué; su madre ha sido siempre pequeña cosa oscura, y eso que la Amelia es lo mismo de alta pero tiene otras carnes. Todos dicen que la madre ha sido guapa, y lo es todavía, cuando se levanta de la cama y baja a la cocina, tan lavada, con los pelos estirados, tiene algo que no se puede explicar, y es capaz de aguantar horas de pie junto al mostrador mientras los hombres apuran su chiquita y se hinchan a pinchos de empanada de bacalao. Llevó la bolsa azul del pan al Nuevo Hostal, se empeñó en quedarse

«*pra ir xunto de Soledad*», le dijo antes de que salieran.

Camino de Baredo va encapotándose el cielo, debe de hacer frío por el arrebuño de la gente y el agua que salta a la carretera y moja el capó de la furgoneta; cuando el cielo se carga así empieza la noche temprano, no hay que hacerle, es lo propio del tiempo, debe de estar cerrado el cielo por Tuy, seguro que está en casa de Soledad, algo pasara a Soledad o a ella, mejor a Soledad, siempre le pasa algo a la comadre, nunca en la vida faltó de casa a la hora de la comida, tiene la sopa en la mesa y el vino servido y, mientras, ella por los caminos, la primera vez que se ve la silla sin ella, tan oscura y toda la casa cambiada, distinta. La cocina de ella… Cuando vuelva verá que se contaba con ella, también Serafín. Claro que sabe lo de Celia, buenas son las vecinas para no soltarle algo en el río, y además que una mujer se entera siempre; al principio había follones en el cuarto, de noche les oían, un día el padre soltó aquello de: «*¿O mesmo ca ti! ¿Qué vas botarlle na cara ti, desgraciada! Era mellor que calaras, ¡cala a boca!*». Gritaba aunque la madre había callado ya. No les oyó discutir más por Celia, el padre es muy hombre y la puso en su sitio, le parece.

Ve de lejos una mujer de negro que avanza inclinada bajo el viento marero: se ha sentido todo él como si se le agarrotaran los músculos, como si se diera cuenta de repente de lo que significa su propio cuerpo, como si aquello fuese madre. Si no anduviese con tanto apuro paraba y recogía a aquella mujer encorvada, pero no puede retrasarse. ¡Concho la vida! Algún día Amelia será vieja, y él, y todos, si llegas allá…

Ve el grupo de casas de Santa María de Oya, a la izquierda, en pendiente hacia la mar, baja por el camino en cuesta dejando el monasterio a la derecha, tuerce al llegar junto a la rampa del muelle, da la vuelta al crucero, deja la furgoneta allí. Anda un trecho hasta la casa de una planta de Soledad; cuando empuja la puerta sabe ya que no hay nadie, que hay solo Soledad desgranando judías, tiene el amplio delantalón negro en el regazo hundido de simiente. No está la madre allí, ni vino ni esperada. «Qué cosa más rara», dice Soledad, «qué cosa».

Eugenio repite:

—Ya, le daría un mareo.

—Voy contigo.

—Quédese quieta, me acerco hasta el hostal.

—Que voy contigo, Eugenio.

Tiene ganas de gritarle: «¡no fastidie!» pero de Soledad sube algo de la madre, el delantalón, o la faena, o el trato de los años.

Soledad ocupa el asiento delantero de su madre esta mañana.

—No me quedo tranquila, no me da paz el cuerpo, ¿qué ha podido pasarle?

Y se anuda el pañuelo.

Sube el camino hacia la carretera apretando los labios, de pronto toca la bocina con fuerza y rabia porque un coche le ha salido por la derecha sin llamar, sin respetarle el paso. Maldice.

—Esos coches… —dice Soledad, desistiendo—. Que andas con prisas, te dejo, que lo haces mejor solo. Mira bien en las cunetas, no dejes pasar una.

—También usted…

Se acerca al Nuevo Hostal. Rogelio va a prepararle un café en la máquina.

—No, deja.

Y le pregunta.

—No sé el tiempo que va… Trajo el pan como siempre, ¿no estaba contigo?

—¿Dijo algo?

Rogelio se alza de hombros.

—No dijo nada, bueno, lo de siempre, nos dimos los días, pero ¿qué ha pasado, hombre?

—¿Qué cara llevaba?

Le sirve una copa.

—No estoy para copas.

—Un trago te hace bien, hombre, venga. Cuando vuelvas te la encuentras en casa, vas a ver.

—¿Hacia dónde tomó?

—¿Y yo qué sé? Dejó el pan y se fue. ¿Qué pudo pasarle?

Casi no se atreve a preguntar:

—¿Oyeron de algún accidente por aquí?

—Nada, que yo sepa. ¿Usted tiene oído algo, don Rubén? —e indica: —Aquí don Rubén es médico.

—Vuelva usted a hacer el camino con mucha calma, quizá se le haya pasado algo, ¿quiere que le acompañe? Y tómese el trago, le

hará bien.

Son de una edad, más o menos, pero tiene una calva pronunciada, prematura, parece más gastado.

—¿Sufre mareos con frecuencia?

—Qué va, dolores de cabeza, anda siempre con aspirinas. Y se lía el pañuelo en la frente cuando le duele.

—Alguien la habrá encontrado —dice Rubén.

No es compasivo, es serio. Y su calma le devuelve la calma a Eugenio, se había alborotado, todo tiene su explicación, seguro que la tiene. Mira agradecido a Rubén. Dice: «Gracias», tanto a él como a la copa de Rogelio.

Desde que vi a aquel hombre descompuesto me sentí alerta, esa sensación de disponibilidad inmanente a nosotros. No podía ser de otra manera: una mujer del campo no falta en su casa a la hora de comer sin explicación; cabía explicación, y de haberla tenía que ser sencillísima, pero yo quedé escéptico y Rogelio también, lo vi en sus ojos y en cómo me miró. Dijo:

—Que vaya contigo el Quico, hombre.

—No hace falta.

—Que ven más cuatro ojos que dos.

Y el chaval se quitó a escape el delantal y se subió a la furgoneta, aparcada a un lado de la carretera. Narcisa y Lucita desde la cocina no perdían ripio. Tía y sobrina decían lo que todos: «Un coche, la pilló un camión», o: «¡Ay, la pobre!, estará en el Seguro». «Llama al Seguro», dijo Narcisa al marido, pidieron la conferencia, mientras aguardaban Narcisa dijo, bajando la voz, fue la primera vez que lo oí: «¿No se habrá tirado, la señora Daría?». Y Lucita: «Bueno, tía, usted también, ha sido un coche». «¿Por qué se iba a tirar? —preguntó Rogelio sin demasiada extrañeza—. Quién sabe… También el Isolino». Se volvió y me vio junto al mostrador. Dijo: «Fíjese, se tiró desde el tren viniendo de León y se levantó por su pie». Rogelio aclaró: «que estaba neura», había ido a un médico, le habían tratado ya. Narcisa remató que de todas maneras lo hizo: se colgó de un árbol con el cinto. «¿Eso se hereda?», me preguntó. Indagué si Daría estaba enferma. «No que se sepa. Es una familia muy buena. Pero el ejemplo…». Rogelio se enfadó: «Precisamente ahora que vivían por todo lo grande, ganan muchísimo con los bizcochos, han cobrado fama, vienen de todas partes a comprarlos, nosotros mismos, los ve usted, son los que servimos con los desayunos o a media tarde, nos los trae todas las mañanas. Ahora que van a levantar una planta más a la casa… Luisa, la hija, casó con un empleado de Seguros, en Vigo, compraron piso y todo, lo

pagó el Serafín, pero tienen críos y en el verano vienen junto a ellos, y por fiestas, y el Eugenio y la mujer viven con ellos, hace el reparto con la furgoneta, ya ve».

Narcisa terció para decir que la nuera era buena mujer, «ayudaba mucho a todo, muy trabajadora, no hace ascos a nada, tuvo suerte». ¿Y el marido?, pregunté. Narcisa se echó a reír y miró maliciosamente a Lucita que se metió dentro de la cocina. Rogelio contestó: «Ese es un faldero», también con risa y con los ojillos brillantes. «A sus años», dijo la sobrina desde dentro. Narcisa echó las cuentas rápidas calculando nacimientos de unos y de otros. Según ella la hija nació antes de casados, se casaron después, Eugenio tendría poco más de los treinta, no llega a treinta y cinco, y Serafín algo menos que la mujer, iba para los sesenta. «Bien llevados», remató Rogelio socarrón.

Y entonces vimos a Quico que subía velocísimo, jadeante, señaló con la cabeza hacia el camino, dijo deprisa: «Encontró la chaqueta». Eugenio traía, apretada en la mano contra él, una chaqueta negra vuelta por los forros, empapada, y un trapo azul chorreando, parecía pasmado. «Sobre la cerca que baja a la rompiente», por dónde bajaban las mujeres a recoger algas, pero más arriba, en la cerca de piedra, y la bolsa estaba hecha un rebuño más abajo, había quedado enganchada, el mar no se la llevó. «Hay que hacer algo». Eugenio se iba a la comandancia de Bayona, que había que buscarla. Narcisa volvió a decir: «¿Y si fue un coche y la llevaron ya al Seguro?», pero ni ella lo creía. Estaba desencajado. «*Deixou a chaqueta alí pra que a mirara*». Y se volvió deprisa hacia la puerta. Miró al paso hacia la chaqueta mojada que Narcisa había colocado sobre un velador. «Nada más ver la chaqueta se sorbía las lágrimas —contaba Quico a las mujeres—. Dijo que desde el principio supo que fuera una desgracia». Anochecía antes de tiempo, la carretera estaba tan oscura ya que apenas se distinguía el contorno de las cosas, sombras en la sombra. Narcisa se llevó la chaqueta a la cocina para ponerla a secar, Lucita le dijo que no tocara a nada. Pasaron varios coches, Lucita se había asomado a la puerta con el chico, y dijo: «Ahí viene la furgoneta otra vez», llegó en ella Rogelio y explicó que salía una lancha de Bayona y acudían hacia acá por mar, y que otros vinieron en la furgoneta con ellos, que iban a buscarla todos, dijo: «Dame las linternas».

Salí despacio por la carretera hacia el puntal, en seguida supe cuál era porque había un grupo de hombres y la furgoneta a un lado. Hacía frío, y una lluvia menuda, apretada, que calaba hasta dentro. Me levanté las solapas. Conocí a Serafín, le había mandado a buscar el hijo, allí estaba, corpulento y estólido. Al principio pareció molestarle mi presencia, debía de preguntarse qué hacía yo allí. Los marineros decían que era poco probable encontrar nada tan pronto, y eso que no era difícil buscar porque con la lluvia la mar se había calmado. Eugenio tenía las manos metidas en su chaquetón de cuero, y cuando decía algo me miraba. Le oí explicarle al padre que yo era médico, y el hombre levantó la linterna para mirarme, esperanzado. La noche en la mar era completa, llegaba la lancha y alzaban unos faroles, y los de tierra sus linternas. Lanzaron unas bengalas y la noche fue clarísima, con una claridad fantasmal, ellos y nosotros, la mar y el roquedal. Encendieron un foco potente al pie de la cabina, y lo dirigieron hacia la mar, cerca de las rocas, los marineros en la borda rastreaban al filo del agua sus faroles. Yo oía a Serafín repetir como un estribillo: «Qué leche, hombre, qué leche»; preguntó qué habían contestado del Seguro, uno dijo: «No hay que ponerse en lo peor», se conocían todos entre sí, había una compasiva y recia solidaridad. Alguien dijo mirando hacia la rompiente: «También las mujeres…». Preguntaban dónde estaba la chaqueta, Serafín quiso ir al hostal a verla. «¿Puede llevarme? —pregunté a Eugenio—. Estoy en el hostal». Apenas cabíamos estrechamente los tres; cuando la furgoneta arrancó Serafín meneó la cabeza, dijo: «Qué leche», y volvió a repetirlo cuando tuvo la chaqueta y la bolsa del pan.

Subí a mi habitación, nada podía hacerse, y quizá desearan encontrarse solos entre los suyos, ya me llamarían. ¿No era yo los suyos? Debe haber un distanciamiento necesario para mayor eficacia, pero también una proximidad.

Se me ha terminado la época de la indiferencia, Blanca, del «*nitchevo*» como decías tú. Me siento inclinado a llegar hasta la médula de las cosas, y a compartir. Me parece que ser médico es precisamente esto —y otras cosas—, pero sobre todo ayudar compartiendo. Adquirí conciencia de ello cuando me sumergí en el estudio, y este estudio, sobre todo su finalidad, se llenó de sentido. Lo había abandonado al trasladarme a tu piso, aunque todavía acudí a algún examen de la Facultad, pero una vez allí me sentí incapaz de subterfugios, no lo había preparado, no quería farsas; sin reticencias algo interno me dictaba: No. Llegué incluso a entrar en el aula, a sentarme ante las cuartillas y retirarme dejándolas en blanco. Mis compañeros pretendieron ayudarme; era inútil. Seguí leyendo mis libros de texto a ratos, lo sabes bien, a veces los cogiste. Sonreías, burlona: «*¿Te vas a examinar?*». No me iba a examinar, quedaron repartidos entre la maleta y el armario, porque no quería verte sonreír, no de aquello. Sin embargo, una vez dijiste: «*Esto en tu vida es un calderón, como en música, ¿sabes? Volverás luego…*». Y me miraba pensativamente, solo un instante para pasar a otra cosa. Arremetí contra la Facultad, contra la enseñanza impartida, contra la inasistencia de algunos profesores, los absurdos horarios que montaban unas clases sobre otras, que convertían de hecho una asignatura en opcional aunque había que pasarla, pero vi tus ojos un poco perdidos ya, y tu gestecillo de siempre en los labios. Eras tan discreta o tan bien educada que no dijiste: «Arremete más bien contra ti mismo», aunque lo pensabas. Tan bien educada, Blanca, tan exquisita, tan aséptica, tan respetuosa de la vida ajena, sin inmiscuirte jamás, o si lo hacías conmigo, tan limpia de intención y tajante, aborrecías los chismes, la murmuración, alzabas la voz a fin de frase, tenías un tono pastoso, medio oscuro, no era una voz meliflua, ni frágil, ni mecánica, ni desfiguradamente aniñada o artificiosa: era una voz empastada de mujer, acentuabas los finales de frase, cadenciosos, y era en lo único que se notaba tu procedencia sudamericana, quizá a mi gallego tu deje brasileiro le era afín, aunque era apenas, criatura internacional habías ido limando tu acento que no resultaba impersonal porque tú no lo eras. De todas formas, aquella cadencia te daba un tono exótico, era atrayente.

No eras reidora. Verte reír en raras ocasiones era insano, porque

reías insanamente, reías en determinados momentos y era una risa aguda y destemplada, o vasta y desgarradora, debía de hacerte daño reír así, acababas con lágrimas en los ojos. Tu sonrisa, cuando dejaba de ser un gesto social, era casi una insinuación de tristeza o de lejanía.

Después de ti me chocó la vulgaridad de las otras mujeres, incluida mi madre (ahora puedo aceptar su realidad sin defensas íntimas, tú me lo hiciste ver sin palabras, aunque estoy seguro de que no te lo propusiste, entonces me ofendía y me dañaba cuanto iba aprendiendo sobre mi ambiente, sobre mi familia a través de ti, como a través de un cristal hiriente. Me apartaba de ti por breve tiempo —por brevísimo tiempo— y resultaba más difícil la vuelta, infinitamente más humillante; tomé el partido de disimular porque sabía que iba a volver).

Eras incapaz de mezquindades o de bajezas, tenías una idea de la libertad sin cortapisas, si se pronunciaba en presencia tuya una frase malintencionada o había algún gesto soez moría en ti, rebotaba contra tu rostro impasible e iba a dar contra su creador, así eras, aunque rara vez sucedió y nunca en las discotecas o en los clubs de noche, existía allí una solidaridad hermana y los habituales se respetaban, si sucedió fue siempre por parte de los mirones que acudían por curiosidad. «*Ni lo recojas, no me entero*», me dijiste una vez que quise volverme a uno que pretendía abrazarte. «*Quieto, niño*», con desdén y altivez, con un poco de zumba divertida; y me fastidiaba, era más joven que tú, y me fastidiaba.

No quería de ti nada maternal, sentí un frío indecible cuando supe que eras madre, que estabas casada. «*Pues naturalmente*», dijiste, y «*cierra la puerta*», era invierno entonces, y en invierno te encerrabas con la calefacción a tope, en tu medio sopor, con todas las luces bajas encendidas. Comprendí, por tu manera tajante, que no querías aquella conversación, pero insistí: «¿Les ves?». Otra vez: «*Naturalmente*», y te diste media vuelta en el diván. Después supe por Sabina que querías a tu hijo, que ella creía que le querías, aunque tú aseguraras que los niños en general no te gustaban, que eran perturbadores. Pero después de muerta, Blanca, en un compartimento del pasaporte apareció una fotografía del chico tuyo, todo el mundo lo comentó. No eras sentimental en absoluto, hubieras ignorado los comentarios de la prensa de haber vivido.

Publicaron una especie de serial y salieron a relucir las fotos de tu hijo y de tus dos maridos. Así los conocí. Vi en el periódico la cara del chiquillo y me esforzaba en buscarle tus rasgos, tu expresión; era un chico guapo, vivía con su padre en Suiza. Y tu primer marido parecía un anodino señor elegante, nunca te oí una crítica de él: «*No hay nada de peor gusto. No. Ni una palabra*», nunca una palabra, y en aquel tiempo me atormentó. Sabina me dijo cuchicheando que había tenido negocios con tu padre, que era mayor que tú, que se había casado como escalón a un medio financiero: te diste cuenta, le despreciaste, de la noche a la mañana te fuiste con otro hombre, tenía aspecto de vaquero distinguido. Era otro mundo, ¿qué hacía yo en el tuyo, qué pintaba yo?

Qué hondas caídas, qué lucha por recobrarme, sentado en la butaca del vestidor pensando: «Esto hay que aclararlo. Un hombre no pasa por esto, es algo más que esto», o: «¿Yo qué soy?», pero oía su voz opaca «*Holá*», apoyando en el «lá» como apoyaba todas las frases en la última sílaba. «*Holá*» parecía saberse perfectamente mi problema. Preguntaba a Sabina: «*¿Qué le has dicho?*», y si me veía ir a recoger mi abrigo: «*¿Te vas?*».

A veces daba vueltas en torno a la casa, en torno a mí mismo, decidía: «No vuelvo más», llegué a irme a la pensión, en alguna ocasión excepcional ella me llamó o en otras me presenté (como si aquello entrase dentro de la normalidad) cuando sabía que iba a hallarla, y allí estaba, en efecto, sobre el diván, con sus pantalones ceñidísimos y la túnica negra a lo Pandit Nehru. «*Holá*», decía al sentir la llave, balanceando levemente las rodillas dobladas. Había estado bebiendo, se lo notaba al instante en la fijeza de los ojos vidriados, en la mate lividez del rostro, en la euforia.

Más tarde —hasta que no le pedí que viviésemos solos, que prescindiese de Sabina— nos íbamos los tres en su coche a algún club nocturno, y cansada, con sus ojeras pronunciadas, se movía frente a mí lentamente entre el colapsado movimiento general, y las luces cambiantes la iban transformando, más irreal y más ella misma, unicolor carne y ropas, tenía ganas de gritar como si la fuera a perder detrás de aquello, se movía como en sueños con las pupilas dilatadas, y a mí en aquella manera de bailar —con cualquier baile— me daba vergüenza de mi cuerpo, me sobraba, acababa yéndome a la mesa y viéndola bailar sola, no sé si se

enteraba, entre las parejas que no lo eran, sino patéticamente individuales, pretendiendo romper un círculo; Blanca se levantaba las larguísimas guedejas con los brazos sin mirar a nadie, siguiendo con todo el cuerpo el ritmo que cantaba la *gogo-girl* desde la oscuridad con el foco plateado y cegador sobre ella. Todos practicaban aquel rito, como si hubiesen ido a bañarse a orillas del Ganges, cada uno por su lado, a Blanca le hacía bien porque luego llegaba tan delicadamente rendida y nos enlazábamos por la cintura en la semipenumbra roja-anaranjada-morada-azul-violeta, y en el beso apaciguado veía su pelo entre las luces danzantes, era una estancia en el cosmos, y ahora que lo recuerdo me llamaba la atención la exaltada seriedad de todos. Blanca bebía, se ponía entre los labios, tarareando, una flor inmensa de papel, y se apoyaba en mí; conducía yo a la vuelta el coche, ella venía eufórica y después traspuesta, canturreando bajo y enronquecida: «*Strangers in the night, two lonely people, we were strangers in the night*», y aún me parecía ver, Castellana abajo, las bombillas cambiantes encendiéndose y apagándose alternativamente con su realidad magnética, y el ritmo de los cuerpos, y la gravedad de todos. Blanca me decía: «*Me libera. ¿Por qué no intentas?*». Yo no podía liberarme así, no a la vista de los demás. «*¿Y a ti qué te importan los demás? No los mires, no existen. Cada uno está a lo suyo*», o también: «*No seas burgués*», y yo señalaba el piso con un ademán irritado, el lujo, la refrigeración, los muebles, los cuadros, las alfombras, las plantas. Ella me contestó: «No *eres cristiano solo porque te cuelgues una cruz, ¿no?*». Y sonreía.

Andaba por los hombres como sobre los caminos en busca de sí misma, o de la libertad de sí misma, verdaderamente. Nadie llenaba aquel vacío devorador. Rechazaba cualquier sistema, les oí decir que preferían desintegrarse en la nada que arrastrarse en un basurero organizado. Había vivido superficial e intensamente, explorando sensaciones, pasando de sentimiento a sentimiento sin detenerse a pensar, tocó fondo y le entró aquel desasosiego, aquella ansiedad: la realidad se le escapaba. Se arrastró desde bien niña de hoteles de lujo a apartamentos amueblados, trató gentes para quienes vivir era solamente estar, y estar de una manera determinada y sensorial. No tuvo un momento de paz pese a la rosa del tercer botón de su túnica negra escueta, solo cuando se sumía en

el aburrimiento, cuando lo aceptaba. Para Blanca amar acababa siendo aburrimiento, vivir lo era y había que buscarle escape, y aquella inactividad tenía una suerte de grandeza, me fascinaba, como si viese pasar las aguas del oscuro río, se nos iba el tiempo entre los dos, tumbados, escuchando música, la lisa y enervante música concreta con frecuencia, y aquellas correrías nocturnas para volver a su piso traspasados de ternura y no levantarnos hasta la mañana alta. A veces en el magnetófono se oía a Louis Armstrong en su largo solo de trompeta. Yo era un hombre y me habían inculcado que no debía llorar.

Antes de las ocho de la mañana reemprendieron la búsqueda. No apareció en el mar ni por la costa, sino allí mismo, en donde habían permanecido la víspera hasta casi las doce, rastreando y desistiendo en medio de aquella noche profunda. *«Xa falará o mar». «O mar ha de dar o que ten»*. Estaban con los vecinos Eugenio, Serafín y Carmelo, el yerno, pero fue Quico el primero en avistarla.

Pasadas las siete de la mañana había salido de nuevo la lancha desde Bayona, y acudieron más hombres —la noticia había corrido desde la víspera por todos los contornos— hasta formar un nutrido grupo en tierra, pero antes de que se divisara la lancha ya Quico dio la voz: «¡Ahí! ¡Ahí!», y se inclinaba hacia el agua grisplomiza en calma, levemente chasqueaba y retrocedía, a lametazos contra las rocas; en este ir y venir, a la izquierda, en el pequeño golfo que forma la saliente al retirarse el agua en la bajamar, se veía algo negro al fondo. Los hombres saltaron unas piedras más, también Eugenio, Serafín cerró los puños mientras alguien le daba una palmada y le decía: «Vuélvase, Serafín», pero se quedó mirando, inmóvil. Los hombres se agachaban a favor de la marea, algunos habían traído pértigas y se las pasaron a los que estaban más cerca. «*Volvase, home*». Eugenio tenía los brazos agarrotados y la garganta le dolía, le escocían los ojos y el deseo de gritar a alaridos como cuando era chico: «*¡Dios, nal…!*». La engancharon.

—*Coidado…*

—*Pon coidado*.

Y así salió a la tierra, boca abajo, tirando de ella.

—Cuidado.

Alguno se volvió hacia Serafín, no se movía, sin apartar la vista del bulto hinchado y negro y amoratado que salía a flote, que arrastraban ya sobre las rocas; y un pescador la agarró por un brazo, y Eugenio se inclinó y tiró también, casi sin ver por las lágrimas: era ella, no hacía falta volverla, eran sus ropas, faltaban la

falda y la blusa y se había quedado con el sujetador abrochado a la espalda y la cabeza tapada por la combinación de nylon que se le había dado vuelta, y el bajo cuerpo al aire, con las medias caídas a jirones sobre las pesadas botas de becerro. Alguien deprisa le echó su chaqueta sobre las corvas, la arroparon con ella, dijeron: «Pobre, que suelte el agua», y Serafín dijo: «*¡Na hostia!*», y no acertaba a quitarse la gabardina, y Eugenio ayudó a taparla poniéndola a lo ancho, no podía envolvérsela del todo, tan hinchada estaba.

Le bajaron, con cuidado inesperado de aquellos dedos rudos, la combinación, y apareció su cara tumefacta, golpeada, con una ceja partida y los labios inflados y el pelo deshecho, desflecado, tapando a medias la frente y la mejilla, le cambiaba el rostro.

Empezaron a subirla hacia la carretera.

—Hacerse a un lado, venga.

—No se puede tocar —decían desde la lancha—. ¡Cuidado! ¡No se toca!

—Pero, hombre, que sube la marea.

Y la izaron hasta el pie del tapial junto a la carretera.

Serafín se arrodilló apoyándose en el murete, retiró la gabardina y la cubrió enteramente con ella, murmuraba: «*Facerme isto… facerme isto*», y le corrían unos lagrimones enormes, acongojantes, se los chupaba con la lengua. Eugenio sollozaba tapándose la cara con el pañuelo. Los hombres tenían también lágrimas en los ojos, carraspeaban, y esperaron con ellos, en pie, mientras otro iba a dar parte a la comandancia. Serafín parecía sobre todo avergonzado, le golpeaban en la espalda o en los hombros, le decían:

—Hay que ser fuerte.

—Se muere de cualquier manera.

—Lo mismo pudo darle una enfermedad.

Y a él le temblaban las manos y no miraba a nadie a la cara. A Eugenio le hablaban también, le pasaban un pitillo y lo encendía sin darse cuenta que lo estaba encendiendo, se sonaba y volvía a taparse con el pañuelo. (Madre era aquello, aquel cuerpo presente desgraciado expuesto a todos, menesteroso, golpeado).

—No lo quiso hacer, pobre, a última hora estaba bien agarrada a las algas del fondo.

—Con la marejada de ayer…

—*Xa non había tempo*.

El mar la llevaría veloz, la devolvería en el reflujo siguiente, e instintivamente quizá, al golpearse contra las rocas de nuevo, se agarró a las algas. ¿Se dio cuenta de que se agarraba? Tenía las manos encorvadas.

Había quedado, allí, bien cerca. Y Eugenio estuvo en aquel lugar desde el principio con la madre abajo, sin saberlo. Todos buscándola por la mar abierta.

—Es que si se la lleva de aquí no aparece tan pronto.

—Iría a dar a las playas de enfrente, no saldría aquí mismo.

—No hay que hacerle, Serafín, los hijos… Preguntaban:

—¿Non lle atopaches nada ti? ¿Viñeches con ela?

Vino con ella, la trajo él, el hijo, hasta bien cerca Respirando muy hondo para aguantar los sollozos, dijo que había ido lo mismo que siempre, callada, hasta la curva del hostal

Debo ser objetivo. Objetivar paciente y enfermedad pero sin infravalorar cuanto de subjetivo informa una dolencia, el propio sujeto de ella, cuanto ha incidido en ambos. Y todo sin forzar la intimidad, entendiéndose dentro del silencio porque es consustancial conmigo y el ámbito de cuantos me rodean. La fuerza inmanente del silencio, la entraña acogedora y dispensadora del silencio, saber escuchar es ya incitar a una entrega de confianza, saber callar fuerza a veces la palabra develadora del otro. Fluye desde su silencio existencial aquello que le atormenta hasta tu silencio, como si fuera a perderse en un desierto, porque tiene conciencia de que no hay tal desierto, y que una leve arenilla destellando al sol u opaca cuando no debe ser opaca al sol, retendrá tu atención. Cada cual abunda según su propia naturaleza, coincido con García-Sabell en que la intimidad entre médico y enfermo empece, tiende a convertir la relación en compasiva en mengua de su eficacia, (más que piedad, solidaridad y remedio). «Ni el organismo ni la dolencia existen como tales apartados del fundamento ontológico de la existencia humana y de su comunidad con el todo de las posibilidades del ser».

Y al margen de la relación profesional soy esencialmente silencioso, dice mi madre que de niño era muy parlanchín y cantarín, por más que me esfuerzo no entro en esa piel que ella recuerda, o quizá fuera con ella en casa, porque tengo presentes mis angustias con las visitas y por la calle, cuando creía que todo el mundo se fijaba en mí; en el colegio levantarme a contestar una pregunta o recitar una lección era una tortura, hacía exorbitantes ofrecimientos piadosos porque fueran todos los ejercicios por escrito, de pie ante los demás, sentados ante sus pupitres, mi cuerpo me parecía una entidad terrible y acongojante. Era patológicamente un tímido (el que en casa con mi madre fuera alegre y decidor abona este diagnóstico).

Mi padre me imponía; era un efugio, no un refugio, por eludir obligaciones o cachetinas le impacientaba que me regañaran en su presencia. Decía: «No cuando estoy en casa», o: «¿Por qué esperas a que llegue yo para esta escena? Aguarda a que me marche». Castigaba por delegación; mi madre le abrumaba con minucias estúpidas, y él era un retraído desencantado; tardé poco en darme cuenta de que quería silencio y paz en torno suyo, se iba a los bajos, en donde estaba la farmacia, y ni siquiera me extrañaba entonces su facundia con los clientes, con los vecinos que venían simplemente a acodarse sobre el mostrador y a hablar o a consultar sobre píldoras o pócimas, eran unas conversaciones casi misteriosas. Tenía fama de humorista, en casa no lo era. Despachaba él mismo tras el mostrador con un batón amarillento, a mí me disgustaba si me llamaba para ayudarle, y él en cambio parecía radiante. «Ayúdame, ven acá». Me pedía que me subiera a la escalera de mano y que le bajase las cajas de inyectables o de píldoras, o el linimento. Casi lloraba cuando me decía que fuera con él, mamá me prometía que si era bueno podría despachar en la farmacia con papá…

Inclinado de bruces sobre el mostrador, le hablaban confidencialmente las mujeres o los paisanos, como si no quisieran que se supiese en qué les adolecía un mal. Después me decía: «¿Ves?, lo que importa es la práctica». Yo estaba deseando volver a la primera planta en que vivíamos, justo encima de la farmacia, y asomarme a la ventana-balconcillo y mirar pasar a la gente entre los barrotes de la ventana, me fascinaba verles entre los barrotes. Mamá me decía siempre como remedio para mi infancia, al orinarme en la cama, a las rabietas reconcentradas y a las pocas ganas de comer: «Cuando tú lleves la farmacia», como estableciendo una complicidad contra mi padre, por dentro yo me defendía solapadamente, pero el tiempo futurizable me abría ancho compás de espera. Mi timidez más que heredada era condicionada por mi situación de hijo único, superprotegido al máximo por mi madre, ignorante del desarrollo de mi personalidad. Mi padre y yo éramos una ecuación de dos cifras y un mismo resultado… Hablaban delante de mí como si discutieran sobre un objeto: «Hay que desenmadrarle. —¿Qué va a hacer sin mí? No se vale. —No le dejas valerse. —La culpa es mía, claro». En principio el cambio me perturbaba, y a solas en la cama me angustiaba la decisión de mi

padre que me quería lejos, me rebelaba ante el extrañamiento. «Eres seco como una piedra», le decía mamá, y él se alzaba de hombros y bajaba a la farmacia. No era un argumento que me humillase: empezaba a plantearme el ser algo por mí mismo, no ayudado por ellos. Casi invariablemente fue variando nuestra relación y oscilé de una a otro. Buscaba el asentimiento de mi padre con la mirada cuando estábamos en la mesa y disentía íntimamente del parecer de mi madre.

Mi madre pertenecía a eso que en provincias se entiende por «de buena familia», o «de familia antigua». Familia numerosa, sobre todo; eran muchas hermanas, no sé si tendría pretensiones, temo que sí. Se casó con el hombre humilde, guapo y con fama de estudioso que era mi padre, hijo de labradores, que terminó su licenciatura mientras ayudaba de mancebo en una botica, en aquella misma botica, protegido por el propio farmacéutico. Cuando mamá se dejaba llevar por la cólera le echaba en cara su diferencia social, me parece que sin maldad, solo por valorarse ante él en algo. Sin duda alguna le apartó de su familia, o los distanció; de una manera humilde y persistente mi padre se iba de cuando en cuando solo a visitar a los suyos. Volvía remozado, y con buena cara, y efusivo con mi madre, alguna vez me llevó con él a ver a los abuelos, pero solo recuerdo por encima de todo mi violencia interna porque no me gustaba cambiar de mi ámbito conocido, y porque adivinaba la hostilidad de mi madre y sabía que a la vuelta sería minuciosamente interrogado con suspicacia.

Mi madre decía: «Sale a nosotros», refiriéndose a su familia, y mi padre no la contradecía. No era necesario. Me miraba, nada más. A mi madre le pareció una tontería que teniendo el establecimiento quisiera ser médico, como si la vida pudiera orientarse sobre propiedades, esquemas o proyectos ajenos. Mi padre dijo: «continuar esto», sin insistencia, no sé si pensó que era una deserción, pero en nada lo manifestó. Me pareció que respetarme era ya tratarme como a hombre. Durante unos días le ayudé voluntariamente en la farmacia, mi madre apretaba los labios, creía que lo habíamos preparado previamente, que nos concertábamos sin ella. Se refugió más que nunca aquel verano en su mundo imaginario de grandezas, como si más que nunca existieran un arriba y un abajo, y en el abajo estuviese el mundo de su marido, y

el de su hijo en un espacio intermedio. Aquel verano salió mucho de visitas y mi padre que solía disculparse con el quehacer de la farmacia la acompañó entonces siempre. Iba junto a él con un mohín condescendiente y satisfecho. ¿Sabía cuánta ternura a los dos demostraba mi padre con aquella adhesión?

También a mí me costaba hacerme a la idea de vivir fuera de casa, no anhelaba lo desconocido, o al menos cuando se acercaba el momento me desasosegaba lo desconocido. Mi madre dramatizó mi marcha. Me llevó de casa en casa para que me despidiera. «Haz lo que te dice», me indicó mi padre cuando oyó mi protesta. Y estaba serio. Dijo: «Eres lo único que tiene, hay que comprender», en el mismo tono con que hablaba a los parroquianos misteriosos de la farmacia. No se aludió a sí mismo, ni al bienestar que le había ofrecido, ni a aquel mundo fantaseoso de escudos, pergaminos, privilegios de que tanto me contaba ella cuando era niño, y yo la oía por rutina, como si se tratara de un cuento verdadero en el cual, en cierto modo, jugáramos como protagonistas ella y yo. Puse buena cara y asistí a aquella repetida exposición de mis méritos y del brillante porvenir que me auguraban, y mi madre hablaba como si el que yo estudiase medicina hubiera sido su deseo. Mi padre siguió despachando sus recetas y acercando su oreja a la boca susurrante de las paisanas. Tenía el pelo ya completamente blanco, sin fijador, algo desordenado y muy abundante, facciones grandes y abultadas, y unas manos delicadas y enormes. Empezaba a usar gafas. En la mesa llevó abiertamente la contraria a mi madre que se rendía pronto, desgraciada y confusa. Comenzó a prepararme las cosas para Madrid y casi sonreía cuando en la farmacia presumía de mi marcha, ella. Me costó la separación, repito. La primera temporada en la pensión me sentía a veces tan solitario —siempre lo había sido, pero voluntariamente— y la costumbre de la voz de mi madre por el pasillo con la muchacha, los rumores familiares en la casa que me acompañaban de una manera estática mientras yo estudiaba en mi cuarto, la misma imagen habitual de la farmacia… o el chafarís en la plaza del ayuntamiento, los soportales de la parroquia, el río, la ancha avenida de plátanos y el puente en alto, esqueleto metálico para el tren. Cogía el metro y me iba a ver a Enrique, y si no estaba daba vueltas por las calles próximas esperándole, o le llamaba con cualquier pretexto y le pedía

aclaraciones a los temas. Quería ser, y es, psiquiatra. Fue un muchacho profundo que vivió su juventud como dentro de una campana neumática: sus estudios, hijo de viuda pobre, había que acabarlos cuanto antes; se ayudaba como repetidor con otros compañeros. Yo le admiraba, deseaba parecerme a él. Me ayudaba a estudiar en épocas de exámenes, nunca hubo pago entre nosotros sino préstamos que devolvía a principios de mes meticulosamente, y no era con frecuencia porque se arreglaban para vivir con una parvedad inverosímil.

Su padre había sido maestro de obras, y alcohólico; murió siendo él muy niño en accidente de automóvil, no hubo indemnización, cruzaba la carretera en plena curva, en soliloquio. Le engancharon. Su madre se puso a coser, tenía clientela fija pero no acudían a la casa para las pruebas. Daba a una calle estrecha, decimonónica, en el barrio de Atocha, tenían unos tiestos con geranios y claveles en los tres balcones, su madre los regaba en sus breves descansos. Las habitaciones eran espaciosas y debía de haber sido una casa importante en sus tiempos —dividida ahora en pisos y estos subdivididos en lo que llamaban cuartos— los suelos eran de un mármol viejo blanco fileteado de rosa desgastado, limpísimos, y había en el techo molduras complicadas de escayola. Junto a la ventana de su dormitorio estudiaba Enrique, rodeado de libros, apilados ordenadamente en el suelo. Me acostumbré a aquella casa como a un hogar propio, como si le traspasase, como si le transfiriese el carisma del hogar. Desde la puerta, la aprendiza que ayudaba a su madre, Natividad, aún de calcetines, mascando chicle, me señalaba el dormitorio de Enrique con la cabeza.

Veía, al pasar, a la madre en su trabajo, rodeada de telas, trajes a medio hacer sobre los maniquíes, unas perchas enganchadas a un biombo. Había un espejo grande de pie, pero las clientas no acudían allí para no distraer al hijo, se desplazaba a probarlas a sus casas, y también ella hablaba, pero sin nostalgias, de lujos y criados y fiestas que parecían ocurrir en otro mundo. Los domingos comía en la camilla de la costura con Enrique y su madre.

Lo primero que me impresionó de Enrique y que hizo mella en mí fue su escepticismo religioso, e incluso en todas las materias de la vida. (Se podía dudar). No había en él afán de ultraje o de escándalo, o de atraer la atención. Era fundamentalmente ateo, y

entrañable y distante, si cabe. Lo es. Lleva su cátedra de manera modélica, quizá le falte un asomo de calor en su relación con los alumnos, pero quizá también sea achaque de juventud. (Tan joven que sin querer busca el distanciamiento). Es de verdad mi amigo. Conoció a Blanca. Tardé en contarle lo que sucedía porque no quise compartir el secreto con nadie, pero notó mis ausencias, mis vaguedades, mi exaltación. Salíamos a dar una vuelta por el paseo del Prado, lo andábamos varias veces en ambos sentidos, era más fácil hablar. Los dos habíamos tenido experiencias sexuales con muchachas como nosotros, no hablábamos de ello en su casa, dejábamos a nuestras familias al margen de nuestro concepto nuevo de las relaciones humanas, desprovisto de nocturnidad y cálculo. Nos parecía que nuestros mayores no tenían preparación para el cambio, y que subsistía en ellos muy arraigada una suerte de moralidad conservadora, individualista. Les respetábamos aunque no pensásemos lo mismo, pero procurábamos evitarles traumas hasta donde era posible.

Una tarde, sin darme cuenta, casi instintivamente, enderecé nuestros pasos hacia la Castellana, llegamos andando hasta el portal de Blanca. Dije: «¿Subes?». Miró hacia el portal pensativamente. Contestó: «No». Miró al reloj. «Tengo que hacer». Era cierto que tenía que hacer, pero no quiso subir.

Cerca de las navidades fui una noche, particularmente decaído, a visitarles. Su madre se quitó los alfileres de la boca para decirme: «¿Qué es de ti, hijo? No se te ve el pelo». Enrique me acompañó a la vuelta, subió sin reticencias. Deseaba conocer su opinión, él no me llamaba y quería oírle y lo temía. Fui a buscarle, hablamos de tantas cosas —estaba en su deslumbramiento por Freud— de pronto me dijo: «Acaba eso, Rubén». Yo le pregunté: «¿Qué te ha parecido?». Me miró con una acuidad extraordinaria. Me dijo: «Yo que tú lo acababa».

Después supe que Enrique era el hombre que Blanca pudo amar, me lo dijo ella misma algunos meses más tarde, bien cargada. Temí no haberla oído exactamente pero no quise hacérselo repetir. A los pocos días de nuestra separación definitiva llamó a Enrique, y él acudió —ignoraba aún que yo me había ido, que no vivía ya con Blanca— y escuchó cuanto quiso decirle y callarle. No abordaron el tema del amor, absolutamente, pero él la exigió que no volviera a

buscarme, que me dejara volver a mi vida auténtica, estudios, yo mismo —no consideraba imprescindible la familia, Enrique—, que me dejara completarme sin presiones extrañas a mí, en cierto sentido. Ella le obedeció. Volvió a verla con frecuencia durante aquel breve tiempo, sospecho que quiso poner en práctica el psicoanálisis y que en ese terreno Blanca se le escurriría entre los dedos, pero, sobre todo, quería asegurarse de que no me llamaría de nuevo. Él mismo la acompañó a Barajas cuando fue a tomar el avión para Suiza. Por lo que mucho más tarde supe le había contado su vida como no lo había hecho conmigo jamás, al menos su verdad él la había reconstruido a retazos. «¿Te hizo algún avance? —No. —¿No? —No». Me dijo al darme la noticia de su marcha: «De una manera o de otra, te quiso, Rubén. Se apartó para no perturbarte. No hacía eso con los demás. —No estaba enamorada de mí. —En cierto sentido, sí. No eres su gran amor, si es eso lo que quieres decir, pero ¿crees en esas cosas? Si existe debe de realizarse tan contadas veces…». Sentí amargura. Pregunté sin darme cuenta como respondiendo a un instinto: «¿Lo eres tú?». Se quedó callado, quizá se interrogaba. Dijo después: «No». Y añadió como quien cauteriza a fuego una llaga viva: «Ni creas que tú. Es otra cosa».

No se cabía en la casa. Habían traído el ataúd cerrado tras la autopsia, y le depositaron en medio de la tienda. Entraban y salían los hombres con la gorra en la mano, y las mujeres permanecían, se apretujaban, hablando con Luisa y con Amelia. Al otro lado de la puerta había ladrillos y sacos de cemento, y cerca de la huerta estaba prendido con la cadena el Chincho, que no había aullado cuando trajeron aquel despojo.

Luisa había colocado sobre la fotografía ampliada de la boda un lazo de crespón negro, y la gente volvía los ojos a ella con frecuencia. Rubén llegó con Rogelio y Quico, esperaron sin entrar en la casa entre el grupo de hombres, y marcharon con ellos tras la caja hasta el cementerio rural. Era un lugar apacible, pobre y limpio, con recuadros de mirtos en el centro, y por encima de la tapia desbordaban los árboles de mimosa. Antes de salir de la casa el párroco había explicado, de manera tajante y sin alzar los ojos, que Daría había muerto en un ataque de locura, la precedía la cruz alzada.

Soledad era la más afectada, siguió al despojo de su comadre hasta el cementerio, sosteniéndose entre dos vecinas, y parecía que no iba a poder aguantarse sin gritar, o que iba a darla un ahogo. Había niebla muy baja, casi a ras de tierra. Al terminar, Rogelio dijo:

—Ande, Soledad, que la llevamos, nos coge de camino.

Y fue con ellos hasta el hostal.

—Yo tengo que atender a los clientes, ya se sabe, pero a usted la lleva el coche, ande, mujer, tómelo con descanso, se va usted a poner mala y no remedia nada ya, ¿no es verdad, don Rubén?

Soledad miró al médico, y él dijo:

—Hay que tener calma, piense que ha sido una enfermedad.

—Voy a llamar a Narcisa que anda dentro, no le vaya a dar un vuelco, mujer, y se encuentre sola.

Rubén intervino:

—Deje a Narcisa, la acompaño yo.

Cuando el coche se acercaba al roquedal, Soledad se santiguó deprisa y miró hacia el otro lado de la carretera, dando la espalda al mar, y encontró la mirada del médico.

—Qué le daría —dijo— qué pudo darle… No sé, si se llega hasta mi casa no lo hace…

Se pasaba la mano por la cara sucia de lágrimas.

—Fue un repente —dijo, como si quisiera disculparla.

Iban en silencio y Soledad apoyaba la cabeza sobre los cristales con los labios temblándole, apretadas las manos en el regazo; el conductor hablaba, les aislaba más la voz del conductor, daba su opinión sobre lo sucedido, trayendo de nuevo a Isolino a cuento. «La pobre —decía Soledad—, la pobre…». Al llegar frente a su casa insistió para que entraran.

—Toman un vaso, que se ha quedado una fría, le ha cogido a una la niebla.

El conductor dijo que él tenía que volverse en seguida, que estaba contratado, parecía asustada de quedarse sola, y el médico dijo que se quedaría, e iría a la vuelta andando un rato. «No hace mal día». Miró hacia la mar: «Está levantando la niebla».

Soledad entró en el cuarto del fondo y se quitó el pañuelo negro, salió con su blanco pelo bien tirante y la piel refregada de colonia añeja, y un pañuelo grande de nariz, limpio y planchado, en la mano, se acercó al aparador oscuro de aquella estancia de entrada que tenía en el centro una mesa cuadrada de comedor de nogal mal barnizado, y seis sillas en torno; ahuecó un almohadón para colocárselo en la silla.

—Siéntese aquí, don Rubén.

Se agachó para sacar una botella de vino.

—Tenía un frío así, un frío de por dentro, no se me quita con nada, a ver si le espanto con este vino; no crea que bebo, ¡Jesús!, solo así de cuando en cuando, en las ocasiones, si hace frío en invierno, me entona.

—Usted era amiga de ella.

—Como una hermana era, sí señor, lo mismo que hermanas, una persona buena —se le llenaron los ojos de lágrimas—. Era muy persona, no sé qué le pasó.

Pareció que iba a volverle la congoja.

—Tan trabajada. Una vida, mire usted, de trabajo continuo, no paraba. Todo para el marido y para los hijos, para ella no hubo más vida que esa, no la hubo mejor. Y buena hija, que ayudó al padre mientras vivía cuanto pudo sin que lo supiera el Serafín, que le molestaba que le diera de su dinero al viejo, aunque eran cuartos que ella ganaba también en la tienda, ¿o no? Yo se lo decía, que era tan suyo como del Serafín, tanta historia, pero ella creyó siempre que todo era del marido, y lo hacía a escondidas, malamente, como quien hace un pecado, mire qué cosa… El Serafín no se llevaba con el suegro muy allá, no se crea, nunca le tragó del todo lo de antes, pero aquello era aquello y ya nadie era lo que fue, y ¡Jesús!, no había pasado tiempo ni nada, pero los hombres son así. Y no es que el Serafín fuera a andarse con celos, que era bien de él, y se lo sabía, el hombre, se lo tenía bien sabido. ¿Quiere una punta de jamón? Ella no se ofendía, le parecía el trato debido, solo que daba al padre de lo que ella apañaba, siempre anduvo en la miseria, el Isolino; no era malo, era un débil, y se tenía que ayudar, ¿no cree? Qué iba a hacer aquel pobre con todas aquellas bocas como bocas de pájaro, y pide y pide y pide, había que llenarlas ¿o no?… ¿Y de dónde iba a sacar el pobre, usted me va a decir?, y la madre con sembrar cuatro patatas y un poco de maíz, y cuidar los repollos y las berzas le llegaba, no era mujer para la casa, Josefa, era medio hombre para el trabajo, aunque tuvo seis hijas, ahí ve, todas mujeres, pero el trabajo de la casa no se le daba, se le daba mejor la azada y el sacho, era una guarrería cómo andaban siempre el marido y las hijas, cómo olía todo, hasta las ropas, las pequeñas dormían con la vaca, y gracias a las vacas salieron adelante. A las vacas y al Delio, que todo hay que decirlo, sí señor, a cada uno lo suyo. Él sería un hombre casado y medio viejo, y Daría no llevó culpa alguna, fue el Isolino y la madre misma los que hicieron que ni se enteraban, pero le dejaban abierta la puerta por la noche… Delio tenía cuartos, sí señor, ganaba buenos jornales, era buen albañil y todo el mundo le buscaba. Y encima, casado. Y si Daría tenía catorce años cuando aquello tenía mucho. Todo el mundo le daba a la lengua, pero con lástima de ella, nunca oí que le echaran culpas a Daría que ni sabía lo que hacía o lo que no hacía, o lo que hacían con ella. Dejaban abierto el corral de la vaca y allá iba el

Delio. Y así retejaron la casa, y la pintaron, y la echaron suelo, y abrieron el pozo, y mientras trabajaba con un peón que le ayudaba en la faena ni miraba para la chiquilla ni ella para él. Era una necesidad, sí señor. Y el Isolino le dejó la hija como quien presta a interés el carro o la vaca, qué lástima de hombre. Nunca se llevaron. Daría quiso al Serafín, le quiso, fuera el alma, como una burra. Y el Serafín hizo lo que haría cualquier hombre, qué iba a hacer. Pero cuando nació la Luisa le dio lástima y se casó, además que para entonces sabía que era buena. Y trabajadora como no había otra en la parroquia, le levantó la casa al marido, y aprendió el pan y las roscas, yo misma la enseñé, mire si lo sé, antes era yo quien las hacía, por eso me hizo madrina del Eugenio, ya ve, y nos hemos llevado desde esa lo mismo que hermanas… Tenía unas manos segurísimas para la masa, y empezaron por poco y acabaron por mucho, como debe ser, por mucho para un pobre, ¿no sabe?, ya ve qué bien les va, iban a subir una planta a la casa para la hija y los nietos, y no se podía decir que le faltara nada de nada; tenía ahorrado en la cartilla, de eso estoy fija, ella me lo dijo, que le daba miedo el Serafín con el aquel de las tierras. Pero, ya ve usted, yo no sé si los hijos eran buenos para ella… bueno, qué bobada estoy diciendo, eran buenos, la hija muy despegada, no le tiraba esto, a lo mejor ella esperaba otra cosa de ellos, no lo sé, no tragaba a la Amelia «que usted tiene que descansar, que usted va para vieja y tiene que cuidarse», pero ella no quería cuidarse, contra… ella no quería que la arrinconaran, que sabía muy bien por dónde se empieza… Hoy me quitan las gallinas, mañana la huerta, el otro los panes, y a finales la dejan a una en un rincón al fuego, como si eso bastara. ¿Usted cree que se puede vivir nada más que para estar allí acurrucada, viendo como salen todos y entran y hacen el trabajo que era el de ella? Y «usted a descansar»… si el descanso ya nos llega a todos, contra, queramos o no, ahí nos está esperando.

Se ahogaba de nuevo.

—Sí, sí, mucho «usted no se moleste». Pero si no se molestaba, contra… Quería seguir viviendo entera, y no mediada, no para las raspas, como decimos por aquí.

Se secó los ojos con las manos.

—Los viejos estorbamos, sí señor, y no lo digo por mí que gracias a Dios no tengo a quien estorbar. Nos quieren lo mismo que

a los santos en la iglesia, como a una obligación. «Que no estás para nada»… Estaba, estaba, que no me den a mí lo que ella podía hacer. Claro que no en estos últimos tiempos, todo hay que decirlo, parecía que se le iba el alma, yo la reñía, que mirara por ella, que si ella no miraba por sí a los demás poco les iba a dar. Y ella me dijo: «No tengo nada. Es que estoy herniada. —Tanto estar de pie detrás del mostrador, tenía que salirte. Opérate, mujer». Me dijo: «*Teño medo*», como me oye, mire usted qué cosa…

Se tapó los ojos con las manos.

—Mire usted qué cosas… Eugenio era quien más miraba por ella, pero es un distraído. Pobre, no tendrá poca pena, haberla llevado él mismo hasta el puntal… Le dije un día: «¿Qué le pasa a tu madre? ¿Por qué no la llevas al médico?». Y me dijo que nada, que lo que tenía era de la edad, y que ya se le pasaría. Le dije, por pincharle, sabe usted: «También lo de la Celia», porque lo hablaba todo el mundo, y Eugenio se me enfadó, que no tenía nada que ver aquello, que las cosas de hombres eran cosas de hombres, como me oye, que no tenía que ver con las mujeres. Llevaría razón, no le digo que no, porque no creo que a Daría le diese ya tan fuerte, ni siquiera, si fuera a poco de casarse no le digo, que bebía los vientos por ese burricán, pero ahora ya… El tiempo gasta todo ¿no sabe? Claro que ver que la tienen a una como un trasto, que una ya no vale ni para eso, no sé, mire, tan contenta estoy de no haber tenido tratos con hombres, lo mío para mí, y si no sirvo no sirvo, y si valgo, valgo. Pero ningún hombre me viene a jubilar. Eso le digo. Y no crea que estoy sola, ¡Jesús, me sobra gente!, tengo a estas vecinas, Eloísa y las hijas, que viven pared por medio, y paso a ver la televisión, y les echo una mano en lo que puedo y ellas a mí ¿eso es vivir o no?, cocino para los bautizos y las bodas y me sobra compañía, más que quiera. Voy al lado todas las tardes del año, y cuando acaba la novela de la televisión vengo y me meto en la cama, y hasta el otro día. Tengo la vida bien dispuesta, no me aburro nada. Pero Daría… no había más que el marido y los hijos, los hijos y el marido, y el trabajo, ¿le ha servido de algo matarse a trabajar?

Se detiene. La palabra matarse la frena por un momento. Apura el vaso.

—No se ha llevado nada con ella, nadie se lleva nada, y los

demás siguen tan ricamente. Hoy la lloran, no le digo que no, a ver por cuánto tiempo.

Vuelve a repetir:

—A ver por cuánto tiempo…

Y:

—¡Pobre!

Y:

—Las cosas son como son, no hay forma de cambiarlas.

Sé que acierto contrastando vuestras vidas, Daría-Blanca, catalizándolas a través de las vidas de cuantos os rodearon, de mí mismo, que de una manera u otra he intervenido en ambas (quizá estoy aplicando aquí mis métodos específicos: examen en vivo, cortes, aislador…).

Ni importa que solamente haya visto a Daría muerta: era su *fatum*, al presenciarlo en su presente total, que ella ha objetivado, eternizándolo, me ha incorporado a él, la muerte es un acto en sí de una vitalidad extraordinaria, desencadena vitalidad, se propaga.

Sí, la vida es una compleja realidad de tres volúmenes, lo que Hegel llama percepción, recuerdo y espera, pero yo lo definiría como presente, solo el presente existe, aunque configurado por el recuerdo y la espera. Somos en nosotros mismos una trinidad de conciencia. La filosofía me ha interesado, ¿cómo no? No diré que es tangencial a nuestra propia profesión médica porque es inmanente al hombre en sí, quien quiera que sea, pero quizá haya intervenido en mi elección de especialidad —¿elección, o simplemente fui puesto en el camino? Hasta qué punto elige el hombre libremente, tantas cosas te condicionan—, la histología comparada con su observación de los distintos seres de la escala biológica es una continua excitación al pensamiento, lo satisface.

Tampoco considero tiempo objetivo al presente porque si cobra forma en la conciencia es subjetivo ya. ¿No era el de Daría un problema de tiempo-nada, y quizá el de Blanca también? Hubo un momento en que todas estas cuestiones fueron diálogo diario con Enrique, nuestros hallazgos, las revelaciones, el acceso a pensamientos superiores. Enrique, influido por Freud, creía en el pasado como entidad, yo afirmaba que se encarna, deja de ser en el momento en que es, se integra a la memoria viva, es siempre presente. El hombre y su por qué me obsesionaban. Llegado a un punto me sentí saturado de especulaciones intelectuales, sobre todo

desde que he regresado entre los míos busco la realidad, difícil búsqueda, huyo de sistematizaciones que el tiempo, o una personalidad determinada, alteran. He llegado a creer que el éxtasis del pensamiento es tan alienante como el aburrimiento, como la monotonía, como el inmovilismo, como una mística de trabajo, como cualquier mística —como el hambre, si nos referimos a agentes externos—. No pueden disociarse hombre y tiempo, formamos una unidad indisoluble, a mi entender; «ser es ser en el tiempo», sí, pero más aún: en tu tiempo propio, no existe otro, no hay nuestro tiempo sino el tiempo mío, tan personal e intransferible como la experiencia, como la religión, como el amor. Puedes expresar el amor a través de la efusión corporal y espiritual pero no comunicarlo, forma parte de tu yoidad, encerrada, o más bien, contenida en ti para siempre. O bien menesterosamente comunicado.

Quizá Picasso al pintar en diversos volúmenes ha querido captar el tiempo de lo que pinta, su toma de conciencia ante el modelo-tiempo, más bien ante la realidad fugaz (solo lo fugaz nos desvela el principio de eternidad). ¿Conscientemente? En arte los grandes aciertos no se producen improvisadamente, vienen de mucho tiempo atrás, pertenecen a la persona.

A Blanca le gustaba la pintura moderna, algunos de sus amigos eran pintores o escultores abstractos (todo lo que ha permanecido me parece abstracto, no al prescindir del contorno sino al trascenderlo). Su ambiente también lo era, pienso ahora: los muebles, los cuadros de sus amigos que ella llevaba consigo y colgaba en las paredes de los diversos departamentos amueblados, la música concreta o la de percusión (al principio me irritaba, me obsesionaba, me repetía, por fin me interesó). Comencé sospechando si en Blanca sería una postura adscribirse a lo último, pero aquella música plana y descarnada o la otra, percutiendo en la conciencia, en la recóndita memoria de cada cual, eran decisivamente estimulantes en su total desposeimiento de adornos o de complacencias.

También leía Blanca libros de psicología, los últimos libros de que se hablaba, pero ¿los leía? Se entregaba a ellos sin atender a nada más, con la música de fondo, se cansaba pronto, rara vez los terminaba, o los cogía y pasaba rápidamente las páginas buscando

solamente lo que la atraía; otras veces los tomaba y los dejaba durante varios días sin terminarlos jamás, aunque después hablaba sobre ellos con Edgar o con Pablo, yo intervenía rara vez porque me dijo que mi sentido común era decepcionante. No sé cómo podía conocerlos con aquella manera de leer por encima como si literalmente anduviera a paso veloz sobre las páginas, sin embargo daba la sensación de enterada. Quizá influyera también su estructura mental femenina. Pienso que Blanca hubiera acabado leyendo cómics porque se hallaba en la expresión plástica, en las imágenes, en lo cognoscible de las cosas, en las referencias, no en las palabras. Por eso no era mujer habladora y se expresaba a través de signos externos a ella, por eso también me dijo que el psicoanálisis había sido para ella un horror indecible. Se estremecía al recordarlo. Su madre la había forzado a psicoanalizarse después de su primer divorcio —del segundo marido ni siquiera se divorció, tenía una total desgana a cualquier iniciativa— y procuró que lo hiciera de nuevo tras el intento de suicidio. No pudo resistirlo. Me dijo sonriendo que aborrecía el *strip-tease*, no servía para quitarse velos. Debía de venirle su defensa desde su edad temprana, tendría trece años cuando su madre en Suiza intentó que la psicoanalizaran, ella misma se sometía a este tratamiento, era una moda; para Blanca fue un espanto, una carrera entre espejos huyendo de sí misma; observé que auténticamente la habían lastimado, si querías abordar con ella una conversación seria, indagadora, o el deseo de saber el por qué de una reacción inesperada, se replegaba y se le agrandaban medrosamente las pupilas, se escabullía. Quizá dicho daño formaba parte de su silencio sobre Pablo, y Álex, y el niño, «*refoulements*», sucesivas frustraciones, había buscado por sí sola la terapéutica de sumirse en un mundo de nadie, de la música determinada y determinante, la danza psicodélica en aquellos lugares de luces parpadeantes, focos cegadores y reflejos tornasolados que alteraban los volúmenes, o la rápida penumbra que, tras todo aquello girando, era como regresar a una entraña materna, cálida y apaciguadora, las flores de papel de la infancia, los colores que la disfrazaban; se había refugiado en la expresión corporal —danza, amor— y en la música delirante en común, o en la obsesiva a solas, tan próximas a la hipnosis, más tarde accedería a la droga a través de estas vías de alienamiento, buscando el

entresijo de la salida de sí misma (de Blanca-mundo hacia Blanca-espacio sideral), por escapar de sus propias ataduras. Sé que resulta más fácil decir trivialmente-por-referencia-personal-a, pero es simplificarlo y degradarlo. Tampoco voy a engrandecerlo: Blanca era, como lo hablé más tarde con Enrique, un ser con la afectividad defectuosa, deprimida, «*Una larga enfermedad llamada vida*», me había dicho una vez. Había en ella, sin embargo, un tenso nervio vital que la sostuvo mucho tiempo en lid, pero cuando agentes externos actuaron sobre ese nervio que la mantenía, el final fue exactamente el que estaba en ella desde el principio: su muerte fue su continuidad, la definió.

Nunca pudo dictaminarse si fue o no voluntaria esta última vez, si exageró la dosis sin calcular los efectos. Vivía entonces con Theo, publicaron también su retrato en los periódicos junto a los de su marido y el chico (¿cómo no aprovecharlo, se trataba de un *hippie*?). Blanca y él venían retratados juntos a su llegada a Holanda, en el aeropuerto de Schiphol; Theo había formado parte de un conjunto musical y era noticia, tenía un aspecto nazareno con su fina barba clara y el rostro enjuto, los dos con melenas lacias, ella y él, los dos con pantalones y blusas idénticas, negras, flojas, como túnicas desflecadas; él parecía consumido, con la blusa abierta sobre un pecho escuálido, y largos y enmarañados collares de semillas, y una inocencia en la mirada, como un desentendimiento de todo; llevaba una guitarra en la mano y Blanca al hombro un saco voluminoso. ¿Aquel había sido el compañero para morir? Porque estaban juntos en comunidad con otros muchos —en comuna, dijeron—, cuando Blanca no despertó. Y se llevaron a Theo totalmente tomado a la comisaría y le tuvieron detenido unas horas. La autopsia y los testimonios fueron concluyentes: suicidio por envenenamiento con comprimidos de ácido lisérgico, con menor cantidad incluso hubiera sido suficiente para derrotarla, se demostró que era adicta, y no lo declararon para exculparse porque no ocultaron que también lo eran. Theo no parecía lo más mínimo afectado, no lo traslucía. Dijo: «Está bien donde está». Dijo: «Tenía derecho a su muerte».

Y la prensa publicó la ceremonia del grupo celebrando una extraña reunión funeraria —extraña a los demás, ellos se movían en su elemento propio— en uno de los sótanos de un bar decorado

como una cueva, tocaron y cantaron las canciones que a Blanca le gustaban. Antes, sentados en semicírculo sobre el suelo, en silencio absoluto, sin moverse, escucharon *Respect* de Aretha Franklin en el propio magnetófono de Blanca. Theo fue retratado con la mirada perdida tocando la guitarra mientras muchachas y jóvenes de distintas nacionalidades y razas se contorsionaban, se distendían, abrían o elevaban los brazos al son de la música; resultaban fotografías fantasmagóricas a través del humo adensado. Después fumaron juntos, iniciando un «viaje» tirados por el suelo, amontonados o dispersos, como si la hubieran ido a buscar al lugar en donde la dejaron, como si acudieran a una cita. Les detuvieron, y el padre de Blanca solicitó y obtuvo que les expulsaran del país. Theo se marchó con su guitarra al hombro, flores en torno al cuello y aquel ambiguo aire bisexual. Había permanecido digno durante las declaraciones, se negó a hablar y a pronunciar el nombre de Blanca, excepto que «era maravillosa», y «no tenía morada». Otros afirmaron que no creían en absoluto que pensara en suicidarse porque de allí tenían proyectado seguir viaje hacia la India y el Pakistán y aquello la exaltaba. (Me llamaba Kasyapa, a veces. Se sentaba en la terraza en la postura del loto y sostenía a la altura del pecho un plato de peltre, el sol se reflejaba en el plato. Me decía: «*Centrum naturae*». Murió cuando a la inversa de toda nuestra civilización, iba, al fin, hacia oriente).

«¿Vivían ustedes juntos?». Theo había contestado: «Sí», como extrañado de la pregunta. Puntualizaron: «¿Existían relaciones sexuales entre ustedes?». Dijo: «Sí», y no quiso contestar más. A la indagación sobre esa noche última opuso su silencio.

Era hijo de un financiero belga, le preguntaron sobre la sociedad de consumo, él mismo, cómo entendía un mundo igualitario, comunitario, si se sabía con las espaldas cubiertas; despreció aquel tipo de preguntas y que pretendieran hacer sociología a sus expensas, contestó: «Mi manera de acabar con la burguesía es gastándome el dinero de un burgués. —¿No mantiene relaciones familiares con su padre?»[1]. Pareció asombrado. «Sí, por supuesto, ¿por qué no?». Los periódicos nuestros habían moralizado sobre el asunto, aludieron a los episodios de España, cuando Blanca se abrió las venas, temía hallar mi nombre pero no apareció. Y el que no apareciese me produjo una sensación de nulidad.

Sabina fue quien declaró más largamente —se iba a la India con Theo— y había silenciado todo lo nuestro, se refirió a la estancia en España como a un lugar de paso, sus declaraciones eran tristes y apagadas. Deduje, conociéndola, que no se iría con Theo, aunque lo afirmara. Debía de estar asustada y adiviné que volvería a su país con su familia o intentaría colocarse en Francia. Alguna vez se había referido a esto, que deseaba de una vez serenarse, como si aquella suerte de vida fuese una etapa nada más, pero ¿podría prescindir de aquella experiencia en lo sucesivo? En la memoria de las mujeres mucho de lo que se nos antoja decisivo para ellas, no deja rastro. Sabina era una hembra sensual y fuerte, controlada, deseosa de imponerse a los demás, necesitada de vida propia. Había vivido demasiado tiempo en la órbita de otra, durante demasiado tiempo había ido incorporando a su vida hombres que iban por otra y que esa otra ignoraba o abandonaba; había aceptado vivir en aquella dependencia de Blanca aunque no le faltase una ayuda de sus padres, unida al importe de una beca que había obtenido para estudiar los elementos comunes de nuestros folklores. La manera de vivir de Blanca debió de ser para ella lo que entendía entonces como libertad. Era bonita y agresiva, con la cara alargada, ojos pequeños, muy morena, la piel como aceitosa, narices dilatadas y unos labios abultados que la bestializaban. Asomaba entre sus dientes cuadrados y cortos, siempre húmedos, la lengua blanquecina. Se desrizaba el cabello en largas sesiones de peluquería; si se mojaba con la lluvia o en la piscina era impresionante la rapidez con que de pronto se le encaracolaba, crespo, como si retornara a la jungla. Tenía ambiciones concretas de dinero, de vida fácil, aceptaba cualquier servidumbre para obtenerlo, por eso la desprecié cuando la conocí. Sabía decididamente lo que apetecía, no vacilaba, solo la dominaba lo material. La madre de Blanca le había confiado a su hija, necesitaba de alguien que la tuviese al corriente, que se cuidase de sus relaciones, Blanca lo sabía y actuaban de acuerdo las tres; se presentaba como secretaria pero no había nada que hacer salvo la correspondencia con la madre y los cobros de cheques; simplemente, la acompañaba. Yo desde el principio no la soporté, Blanca vivía ante ella sin refrenarse ni privarse, y a mí me cohibía, me inhibía totalmente. Dudo de que quisiera a Blanca. Alguna vez

sorprendí sus miradas retenidas, o cuando creía que yo iba a abonar en su sentido se le escapan palabras acerbas. Enrique afirma que se entendían perfectamente dentro de una relación de dependencia, y que era esta supeditación la que lastraba su entendimiento, que Sabina era el puente de Blanca con la realidad y el enlace con su madre, se escribían a través de ella, Sabina contestaba. En cambio, Blanca se comunicaba directamente con su padre por teléfono, de tarde en tarde, pero periódicamente. Le hablaba en un tono alborozado, agudo, decía: «*Cierra, que estoy hablando con papá*», y nos excluía a Sabina y a mí, al principio, después hablaba en presencia mía. «*Para ese disco*», excitada cuando había logrado la conexión y su padre estaba al aparato.

Fue Sabina quien avisó a su madre al ocurrir el «accidente» como llamaban al episodio del Gran Hospital, y acudió a Madrid para ver a su hija, en avión desde París, el día mismo. Yo no la conocí, se había marchado ya cuando acompañé a Andrés al piso de Generalísimo, porque Sabina tenía miedo al verla tan deprimida de que Blanca lo volviera a intentar. Pese a tener servicio entonces fue Sabina quien nos abrió la puerta del piso, habíamos llegado a través de un lujoso vestíbulo y de un casi jardín de plantas verdes, los bajos de la casa hasta el ascensor tenían un aire de acuario, algo quieto e inmóvil, antinatural. No sé si hice bien adaptándola, o pretendiendo adaptarla a mis gustos, pero hubo una época en que, a ella, mi afán de una modestia digna la exaltó, no una pobreza que me parecía envilecedora, sino una manera de vivir mesurada, con el mínimo de superfluo. Le dije que me estorbaban el lujo y la presencia de gente que eran personas por más que actuaran como si formasen parte de la decoración, y el exceso de cosas, y Sabina. (Entonces aún no conocía a Pablo y a Edgar, nos veíamos solos en su piso). Cuando decidimos convivir, dije: «Aquí no», y buscó un apartamento diminuto y grato, lleno de originalidad en los detalles, o fue la llegada de ella y sus cuadros abstractos, y el sombrero de Cuenca con sus espejuelos sobre la cómoda, y los almohadones de colores violentamente contrastados, y las flores en los vasos, y algo que era casi continuidad de ella, su placenta vital: montones de discos en aparente desorden a un lado del diván negro, la mesa de cristal transparentando los libros apilados, unas tallas de la isla de Pascua, primitivas, casi amorfas, una vasija helénica, ocre y negro,

sobre la chimenea, una figurilla egipcia con su hierática fragilidad, y sobre la mesa que sostenía la lámpara baja con su luz difusa, ceniceros blancos y negros con vistas de París, cajas de cerillas larguísimas con dibujos psicodélicos, Blanca… una litografía de la paloma en vuelo de Picasso solitaria y sibilina entre las dos ventanas, un toro de cerámica. Y pequeños estuches de cartón blanco plastificado con su firma reproducida en negro; me aparecían por los bolsillos, y alguna vez me molestó ver con qué profusión aparecían en los bolsillos de los demás. Llevaba siempre unos cuantos en su bolso, se quedaban a veces sobre la mesa de los bares, de madrugada; al principio los recogía aunque estuviesen vacíos ya, todos se habían ido sirviendo, incluso los desconocidos.

«¿Por qué yo? —le pregunté a Enrique—. No me lo explico». Ajeno a cuantos había tratado hasta entonces, diferente a su mundo, ¿necesitaba un extrañamiento?

Enrique pensaba: instinto maternal sofocado que la llevó a iniciarme en un mundo distinto. Un día le oí: «*No hay nada más irresistible que la timidez*», ¿se refería a mí?

Era ya cuando la tristeza era nuestra compañera día y noche, tarde y madrugada.

Melancolía involutiva de la vejez, Daría. Cinco palabras cifra de una vida. (Pero me vuelve siempre mi anhelo de estudiante: ¿Cómo ha llegado usted aquí? ¿Cómo ha empezado todo, sobre todo: como ha empezado usted mismo? Tómese tiempo, todo el tiempo, solo usted existe ahora). La pausa necesaria. Quizá si su vida hubiese adquirido otro sentido que no fuera solamente abocarse al horizonte a telón bajado, el anuncio de desposeimiento que fue jalonando todos sus pasos a partir de una edad determinada, quizá si hubiesen ido sustituyendo valores insensiblemente a ritmo lento —que es precisamente el único ritmo apropiado en ese momento vital—, al llegar ante el umbral de esa grave y sedimentada época humana no hubiese cedido al vértigo. Fue violentamente arrojada a la fugacidad del tiempo que, de pronto, comenzó a disolverse ante ella, se halló sin asideros ante la aceleración de su mundo, y sin posible contextura mental para admitirlo, acusó el frenazo brutal.

A la velocidad con que las generaciones jóvenes desplazamos a nuestros padres, ¿hacia dónde?, debemos preguntárnoslo. En verdad, debemos preguntárnoslo. Y no es que me preocupe particulamente por los míos mientras ambos vivan, ni en rigor debería preocuparme por el superviviente mientras exista yo. Sesenta y cinco años no es ya la ancianidad, y lo digo en descargo de esta época nuestra, sino la madurez cabal: yo veo ahora a mi padre logrado, aquel padre retraído y evasivo de mi infancia, con sus vagos y cotidianos paraísos compensatorios, es este hombre cordial, abierto a los demás, más expansivo, ha habido un cambio y no ha podido producirse de repente, una eclosión de su personalidad, una madurez determinada, ha superado algo que entonces le reprimía. ¿Era entonces un hombre inseguro? No lo es ahora. O quizá tampoco era inseguro sino reservado, a la expectativa de los otros, o se hallaba incómodo dentro de su piel, (recuerdo no obstante la rotundidad sin ambages con que impuso

mi desenmadramiento). ¿Ha tenido alguna evasión de otro tipo que no fueran sus confidentes de la farmacia, el bisbiseo a su oído de las dolientes, o aquellas escapadas a casa de sus padres, los viejos, como decía? Si lo hubo sería meramente epidérmico, sin rastro en él. Su auténtico edén era su farmacia.

Todavía anda más que yo, ha sido siempre vigoroso de tipo sanguíneo, sale con frecuencia a largas caminatas por los alrededores, y se agacha y escoge hierbas y plantas silvestres, le interesa la botánica, actualmente sobre todo la micología. Ya de niño si me llevaba alguna vez con él, en cuanto llegaba al campo y empezaba a subir camino del monte canturreaba. Mamá decía: «Vais de excursión», y me colgaba al hombro una bolsa de plástico; mi padre no me hacía ningún caso, se volvía repetidamente hacia el paisaje, respiraba hondo, o de pronto aguzaba la mirada, se agachaba, y sus enormes manazas iban apartando con una delicadeza increíble la tierra y las silvas en torno a una florecilla para obtenerla con todas sus raíces, sin dañarla. Las iba amontonando en mi bolsa de plástico y si alguna le interesaba especialmente el canturreo subía de punto, y la guardaba dentro de su propia cartera. Cuando llegábamos a casa entraba en la farmacia, abría con el manojo de llaves que llevaba en el bolsillo del pantalón, e iba a la rebotica, volcaba sobre un secante rosa, con cuidado, todo nuestro botín. Las iba seleccionando casi con dulzura, colocaba cada ejemplar entre dos hojas de papel de barba y después los prensaba, yo le daba al torniquete de la prensa rudimentaria. Consultaba libros y los botes de porcelana, y escribía con una letra redondilla clarísima el nombre apropiado.

Hace cuatro años, mientras preparaba la tesis, pasé largas temporadas con ellos. Iba y venía de Santiago, me la dirigía Oceja. No puedo explicar qué vínculo serio y profundo se creó entre mi profesor y yo, de asistencia mutua, casi sin palabras. Me nombró ayudante de su cátedra y trabajé de firme, con enorme interés, sobre todo por su magisterio. Dudaba aún en la especialidad, no me atraía la psiquiatría pese a que lo había considerado con Enrique y lo habíamos discutido largamente; estaba exhausto de problemas del ego, quería una realidad humana más próxima —¿más próxima que el yo?—, más objetiva, más concreta, desnuda de teatralidades y de confusos límites. Mamá dijo: «¿Y asistencia pública

domiciliaria? Hace tanta falta, ya lo ves». Yo adivinaba que quería tenerme cerca, recobrarme, que le parecía más asequible el trato diario del médico que aquellos estudios que nos distanciaban. «Deja al chico, que es su carrera —intervenía mi padre, nunca en presencia mía—. Deja al chico».

El chico se sentía enormemente mayor que ellos, no más sabio ni más valioso —empecé a valorarlos sin excesos ni carencias—, sino más viejo o más conocedor. Adivinaba a veces en mi padre un punto de ironía: «Todos hemos descubierto el mundo». Él se había anclado en el suyo definitivamente, continuaba atendiendo a los paisanos, oyendo las interminables dolencias de las mujeres, recomendando los nuevos fármacos de los que recelaba.

Le ayuda un muchachito que padeció de niño parálisis infantil y camina con aparato ortopédico, rígida la rodilla izquierda; diré que ayuda a los dos, porque paulatinamente ha ido subiendo a la primera planta, le envían a recados, y empecé a ver a mi madre calcetando interminablemente, o preparando tarros de compota, o forrándole los libros de estudio con papel azulón como hacía con los míos cuando yo estudiaba los primeros años de bachiller. Mi padre repasa a Ladislao las lecciones en la farmacia, lo mismo que hicieron con él, comenta durante la comida: «Es listo, el chico, es despierto», mamá le mira complacida, se entienden.

¿Se entienden? No creo que ella entienda la soledad de él, su afán de asistencia a los otros, su implicación fervorosa con el pobre medio labriego de que procede, pero la vida ha ido limándoles, no hay roces, en la fricción continua que es la convivencia se han ensamblado, al fin. Mamá ya no le zahiere ni busca complicidades ni se vuelve con acritud por todo como si no se perdonase a sí misma el quererle, el haberle querido, no se considera superior, me dice: «A tu padre en el pueblo se le respeta», ahora el pasado de ellos es común. Al contrario de otras mujeres que se agrian en el climaterio ella se ha ablandado, o quizás fue el golpe que supuso para ella mi desgajamiento, se volvió a mi padre, se apoyó en él. ¿El dolor de mí les ha unido?

Tampoco se puede decir que esté vieja, tienen la misma edad, puede que un cierto cansancio se acuse más en ella, ya no anda el día entero tras la muchacha por la casa, está más sentada ante la camilla y acude a cuanta ceremonia se celebra en la iglesia. Han

regresado al ciclo inicial: mamá ha buscado aquel sustitutivo de su hijo, no pretendo decir que haya dejado de quererme, yo sigo siendo yo para ella, aunque algo se ha quebrado de manera indefinible, existe entre nosotros un distanciamiento, un desencantamiento, y no por parte mía: yo regresaba a ellos —momentáneamente, es cierto— cuando ellos, por fin, se estaban edificando un horizonte de vejez-compañía, de vejez ocupada en común y entregada a alguien, con la esperanza de alguien para quien ser. He ganado intimidad con mi padre pero mamá está a la defensiva, no ha vuelto a establecerse aquel clima de connivencia; la oigo tararear de nuevo por la casa y sé que Ladislao ha subido, repite para él frases que en la infancia yo escuché, me alegra profundamente por ellos, por ella sobre todo, y no puedo decírselo. No debo decírselo. Enseña a Ladislao, sentada a la camilla, el álbum de las viejas fotografías familiares, se revive, el chico es capaz de escucharla horas enteras, tiene la Conformidad y el abandono de quien ha estado largo tiempo enfermo y disminuido, no niego que habrá interés material por parte de su familia, y en cierto modo es lógico, pero Ladislao se ha encariñado con los míos, mira a mi padre con veneración humilde y se deja atender por mamá estrenando cuidados. Si mi padre sale conmigo al café dice, al dejar la farmacia: «Hale, chico, tú cierras luego» y el cojito corre a abrir la puerta y nos mira marchar juntos. También a mí me ha tomado afecto y hasta diré que me admira, me escucha boquiabierto cuando llego de Santiago y entro directamente en la farmacia en busca de mi padre antes de subir al piso. Es un hermano menor tardío, me alegra, aunque lo que pueda parecerme a mí no empece: es la vida de ellos; yo he dicho «es mi vida», y la resuelvo; ellos han recabado la suya.

Así se me ha simplificado el proyecto de ir a trabajar a una Universidad americana. Oceja me encaminó insensiblemente hacia su propia especialidad, anatomía general, explicarla en la Facultad me familiarizó con ella, pero me atrajo enseguida el trabajo de laboratorio, una labor diaria de paciencia y dedicación, no admite horarios, cuando estás en el camino de lo que buscas no suspendes la investigación. Sé que esta va a ser mi vida y me interesa apasionadamente. Y que los grandes hallazgos, los grandes descubrimientos no son labor de uno solo, sino aportación de todos,

e importa tanto la aportación como el hallazgo, aunque la clave venga dada sobre una sola platina. Únicamente quien trabaja diariamente, constantemente, puede hallar esa clave, sin descartar el seguro instinto para seguir una huella en lugar de otra, aquel dato, aquel atisbo allí y no otro, pero el atisbo, la huella y el dato los descubres en el trabajo. Lejanamente me emperezaba abordar el problema de mi marcha en casa, Oceja me impelía a hacerlo —allí dispondrá de otros medios, es imprescindible para usted— lo iba demorando, pensaba en la soledad de mis padres. «Como todos los hijos únicos, eres un redomado egoísta» me había dicho Marta: ahora salía de mí mismo hacia los demás. Ladislao lo ha resuelto. Sé que mi padre conseguirá lo que se propone: hacer de él un farmacéutico y que le continue. Sé que Ladislao está entrañado en el pueblo. A veces mamá se pierde en explicaciones como si pudiera parecerme mal, o dolerme, o estuviera en falta conmigo: «Nada, hijo —me dice— estaba haciendo esto, pero antes eres tú, ¿te pongo algo?». Sonríe firmemente y se quita las gafas para mirarme. Me siento a su lado ante la camilla, le digo: «Sigue calcetando, no quiero nada, madre». Me dice: «Ayuda tanto a tu padre», la sonrío distraídamente y ella posa la labor y empieza a pesar suyo las preguntas: mis estudios, mi profesor, los alumnos, las clases. «¿No hay alumnas?». Antes me molestaban sus preguntas, tenía una adolescencia defensivo-agresiva; mi padre me cuenta que presume en el pueblo de mi marcha a América, da por descontado que obtendré la beca. Yo sé que más que presumir lo acepta y representa ante los demás la realidad mía, de su hijo, me materializa.

Recién llegado de Madrid andaba apretando los labios, ocultándose por la casa con ojos de haber llorado, salía ostensiblemente a la iglesia. «¿Por qué no vas a misa, hombre, por tu madre?», me dijo mi padre bruscamente. Y comprendí lo que me quería decir. No es ciertamente el entendimiento de Enrique con su madre —esa simbiosis casi placentaria— más modesta, sin cultura, pero con una inmensa capacidad de acercamiento. Enrique no le pidió que dejara su trabajo, no me parece que se pidan nada el uno al otro, pero ella espontáneamente lo dejó cuando él obtuvo la cátedra de Granada. «¿Qué hace ahora tu madre? —Todo el día por la casa». Es una casa diferente, no la conozco, recuerdo aquella

modesta y tan viva del barrio de Atocha. Marta me ha contado que el piso actual tiene la sobriedad de Enrique: muebles castellanos, librerías y librerías, y algún cuadro. «Conservan la vieja camilla y las butacas, ¿te acuerdas?, de reps floreado, tan cómodas, medio desventradas, pero su madre ha remozado todo, lo ha tapizado de nuevo».

Durante un tiempo me pareció que Enrique se iba a casar con Marta, o que acabarían casándose aunque aún no estuviera en sus proyectos. La había conocido por mí, era compañera mía de curso, repasaba con él, tenían largas charlas. Cuando estaba Enrique en Madrid se veían a diario, continúan viéndose en cuanto pueden, y ella espera. (O no espera. O se siente colmada). Desde el principio subió a casa de Enrique y se sentó entre nosotros, participó de nuestra amistad. Enrique y yo la acompañábamos hasta su casa y después deambulábamos interminablemente. La encontramos instalada en nuestra intimidad casi sin darnos cuenta. Sus padres habían muerto en accidente de automóvil, compartía un apartamento con una amiga, parecía hallarse sola aunque era comunicativa, muy recta, con el rostro limpio, anguloso, y unos ojos enormes que miraban de frente. Me la encontré en la Facultad, empezó a acercarse a mí, me habitué a que se sentara a mi lado, a que me pidiera los apuntes. Llevaba siempre un montón de libros que la abrumaban, daba la sensación de que iban a caérsele, me impacientaba y la ayudaba a llevarlos. Decía: «¿Me los coges?». No creo que me ofreciera de manera espontánea. Tenía interés por todo, se abría a todo. No la decía: «Acompáñame», pero lo hacía, y así nos encaminamos hacia Atocha. Intentaba que la tratáramos como a otro chico, su presencia esbelta nos equilibraba, estábamos a gusto con ella. Comprendí lo que había sucedido entre ellos en época de exámenes, repasaba con Enrique, y yo lo hacía mejor solo en la biblioteca de la Facultad. El día de los exámenes Enrique nos esperaba en el pasillo, no me llamó la atención aunque jamás lo había hecho. Iba a comentarle el resultado cuando él se adelantó hacia ella solamente, dijo: «¿Qué tal? ¿Cómo ha ido todo?», y se besaron. Desde entonces les dejaba solos cuando volvía con Marta a su apartamento. Pregunté a Enrique: «¿Eso es amor?». Y Enrique: «¿Por qué no? Tú y tus ideas preconcebidas». Hablamos de ello largamente: «Es inmenso cariño, comprensión, camaradería,

facilidad de diálogo, destinos comunes, me gusta, estoy cómodo con ella. —¿Os vais a casar? —Quien sabe. De momento no lo encontramos necesario». Se parece a él, seria y tesonera, con el mismo concepto de la vida, pero con una alegría retenida que Enrique no tiene, le gusta hablar, entonces era pedantuela y nos hacía gracia, se ha propuesto realizar su vida propia. «Sin embargo, Enrique, estoy seguro de que si tuviera que realizarla dedicándose a ti no se sentiría frustrada». Enrique asiente, en silencio. Marta trata con un matiz de condescendencia a la madre de Enrique, y yo noto en él que es como un gozne que chirriara, le molesta. Se lo he advertido a ella: «Puede ser, pero no quiero afectaciones, ni dejar de ser yo misma. —¿Ni por él? —Ni por él. ¿Por qué? No me querría a mí, sino a una imagen de mí, sería un mal principio. —Para su madre no hay más que él. —Lo sé». Y: «Déjalo, Rubén. Estamos bien como estamos».

Acierta en que Enrique no se casará mientras viva su madre, o hasta que su madre sea vieja, aunque quizá si tuvieran un hijo… «No tendremos un hijo —dice Marta, tajante— al menos, no todavía». Vuelve a decirme: «No lo necesitamos».

Enrique me había dicho: «El amor en que tú piensas llega, si llega, no lo sé, ¿existe?… Lo mío por Marta es una forma de amor, una distinta, hay tantas como personas, como situaciones, como parejas. Pero, en fin, aquel en que tú piensas… quizá la mujer a quien pudiese amar de ese modo, no me casaría con ella». Me dijo sonriendo: «Son ansias de infinito, ansias de eternizarse en otro. No te compliques». Y lo que yo sabía sin habérselo oído jamás: «Quizá, Blanca». Volvimos en silencio, a cuestas con la tristeza.

Temo que si el tiempo pasa Enrique se endurezca, se reseque. El «seco como una piedra» que decía mamá de mi padre cuando yo era niño. Y me hice a la idea de que lo era, pero compruebo ahora que a través de su tosquedad singular mi padre posee un zumo natural de ternura. Rechacé el que Marta me calificara de «egoísta redomado», me sabía capaz de dar, pensé que era quizá más bien aquello, seco como una piedra, y como me parecía heredado me escudaba tras ello. Después de Blanca quedé en verdad destempladamente seco, desprovisto de sentimientos, incluso me irritaba la manifestación de los ajenos, su extraversión. Mamá pareció temerme, dominaba sus impulsos cariñosos e indagatorios,

estaba como desamparada, pero yo por dentro también, y no quería detenerme en el desamparo de nadie, me bastaba con el propio. Sin embargo, la atmósfera familiar, el corredor, mi habitación de chico, el balcón sobre la plaza con su chafarís y sus gentes en el paseo pueblerino me causaban un bienestar sedante. Contestaba brusca y duramente en torno porque me contestaba a mí dura y bruscamente, porque yo mismo no me satisfacía. Fue un año largo de vaguedad, de inconsistencia, regresé a Madrid para fingir ante ellos que seguía estudiando, —mamá no se atrevió a averiguar, mi padre nunca lo hubiera hecho—, y cuando llegó el estallido final de la muerte de Blanca, fue un revulsivo, me lanzó fuera de mí, me dejó libre: viva me ataba aún, muerta me liberó.

Enrique vino durante dos veranos al pueblo y vivió en casa. No estuvo mucho tiempo. Salíamos juntos por los alrededores, íbamos hasta Santiago, pero sobre todo se dedicó a mis padres, era sutilmente respetuoso con mamá, le sorprendí observándola, atento.

Ya había superado aquella primera etapa en que todos eran casos clínicos para él, en todos hallaba síntomas, pero cuando miraba agudamente, taladrantemente, yo sabía que era el médico quien miraba. No me comunicó sus observaciones, ambos respetábamos la intimidad de nuestras familias, yo lo abordé porque me fastidiaba levemente que hiciera de mi madre un sujeto. «Ha vivido en un mundo falso, se refugió en mí, de niño, sobre todo en su mundo fantaseoso, compensador. Es nerviosa, imaginativa, sujeta a melancolías. Si no hubiera sido por mi padre… aunque supongo que en una época se sentiría frustrada. Pero él la ha llevado con mano firme, sin prestarla demasiada atención en apariencia, pero enormemente dispuesto. —No me explico por qué te fuiste de aquí. —Fue mi padre quien quiso. Además yo no hubiera aguantado esta vida limitada, no hubiera podido con solo esto como horizonte». Dijo: «Cierto», pensativamente. Y también: «Si sientes que es limitada no es que lo sea en sí, ninguna lo es más que en relación con la persona. Si lo era o es para ti has hecho bien en buscar tu propio medio». Siento cada vez más que voy dejando terreno asolado tras de mí.

He recibido hace días carta suya: «No me sorprende nada, siempre hemos pensado que te marcharías. ¿Volverás? Vas a encontrar facilidades económicas, amplios medios, un mundo

práctico abierto a tu investigación, un ambiente que no va a invadir tu intimidad. Y te pregunto: ¿volverás? ¿Lo saben tus padres?».
Melancolía de la vejez. Pero en el caso de Daría, una soledad aterida que pudo ser prevista y arropada. Deduzco por las conversaciones que fueron marginándola. Eugenio cuando trajo el pan a los cuatro días tomó un vaso en la barra, venía con cazadora negra, agradeció mi presencia a su manera. «Le invito yo», decía. No se habló de Daría sino indirectamente a través de los que quedaban. «Hubo que servir el pan, no se puede dejar a los clientes, fíjese con qué alma… Pero hasta la semana no empezamos las roscas». Dijo que Amelia podía con aquello: «Pasa el día en la cocina trajinando, se parece a la madre». Hasta Luisa lo había notado, le había dicho: «¿Sabes que la Amelia se está pareciendo a nuestra madre? Vaya susto que me pegó esta mañana, estaba de espaldas al horno, más o menos de una altura, de negro, a medias luces, no le vi las carnes y me dio un frío verla, a medias vuelta para mí, tan quieta. Y como le ha dado por peinarse lo mismo que la finada de nuestra madre, con los pelos tirantes —dice que lo hace por la cocina, para más limpieza— a poco más me caigo. Les digo —se volvía a Rogelio y a Narcisa— que si fuera hija suya no iba a parecérsele más». Luisa iba a traer a los hijos, todavía pequeños, y quedaría una temporada con el padre y con ellos. «A por los cuartos», apostillaría Narcisa cuando marchó. «Es mucha Luisa». ¿Y el padre? «Hace la vida de siempre». Apuró el vaso, repitió: «la vida de siempre». Narcisa dijo: «Ya», con intención. Y Eugenio insistía: «Muy entero». Y después sacó una libretilla y dijo: «Venga, que voy a anotar el pedido. A escape». Y volvió a la rutina.

Narcisa comentó cuando Eugenio se hubo ido: «Ya ve, menuda tonta. Los que quedan se apañan». Y se volvió al marido: «Han visto al Serafín con la Celia, volvió junto a ella justo el día del entierro. —Tú que sabes. —Lo ha dicho Soledad. El día mismo… El que vive, sale adelante».

El Chincho se ha cansado de ladrarle y ahora se arrima y se frota contra la pernera de su pantalón, tiene ojos lastimeros, el médico le estrecha a él, y él los alza, agradecido, parece mixto de lobo y cadela, con el pelaje sucio y una oreja caída; tiene orejas muy grandes, cuando están erectas le afinan la cabeza, Rubén coge las orejas en sus manos y las soba suavemente.

—Anda como alma en pena —dice Luisa.

El Chincho sabe que están hablando de él, aquella servidumbre de los ojos…

—Está así desde lo de…

Ha llegado al caer la tarde, se encontró con Serafín en Gondomar y terqueó porque viniera.

—A tomar un vaso a mi casa, no me lo desprecie.

Las dos mujeres se han sentado muy tiesas a hacerle la visita, con las manos juntas en el regazo. Serafín es hablador, solícito, su corpachón ocupa la cocina.

—Es de la cosecha del año pasado, que todavía se hizo algo de vino, sí señor, esta vino mal dada, no hay que hacerle, si me apura no sé si me va a dar diez calabazos.

Serafín no usa el nos. Las mujeres le escuchan con ojos adormecidos.

—Es una condenación, no da lo que cuesta, mire qué tiempos, sale más caro que comprado en la tienda, con los jornales que le piden ahora, y si todavía encontrara pero no hay manos, no señor, ya no se encuentra quien se agache para la cava, ni quien cachee luego, que se les doblan los riñones, que tal que cual, son todos señoritas, leche, la tengo en postes y siempre estuvo así que yo recuerde y antes bien que se hacía, no voy a cambiarlas y tirar con todo, aunque a este paso habrá que tirar con todo, si esto sigue así, sí señor. Tanto trabajo, y acarrear el abono y sulfatar, dígame para qué, diez calabazos de vino malamente, para el gasto de casa, por

decir que es de uno, ni siquiera cubre el de la tienda, antes, todavía, en vida de la finada de Daría…

Se quita la gorra, se rasca la cabeza.

—Nosotros le ayudamos también —dice Amelia.

—Que aunque les pague no encuentra manos, no señor, no es cuestión de cuartos más o menos, habrá que tirar con todo.

Tiene una mano en el bolsillo de su pantalón y de cuando en cuando se acomoda sus partes. El Chincho se acerca a él y le apoya el morro sobre el muslo esparrancado.

—Este penaba por la vieja.

Y el Chincho entrecierra los ojos.

—Y mire qué cosa, ni aulló cuando la trajeron, yo ni me di cuenta, para esas estaba yo cuando aquella, pero dice Luisa que ni aulló ni salió a la puerta, que siempre la olía desde una legua.

Bebe de su vaso, dice:

—Ya ve cómo se ha ido todo.

Amelia está callada, apenas despega los labios, Luisa también escucha a Serafín, pero de otra manera, Amelia produce la sensación de ausente, muy derecha, aunque está atenta a llenar los vasos. Los silencios no son silencios, hay algo impalpable que clama en el silencio, una huella singular en la cocina, Serafín y Luisa procuran cubrir aquellos silencios con sus voces. El médico mira a Amelia, pregunta:

—¿Usted es también de aquí?

—No, a esta la trajera mi hermano de la zona de Orense, allá por Valdeorras, ¿no sabe?

—Buena tierra de vino.

—Aunque el blanco del Rosal, no despreciando, el espumoso de aquí cerca ¿no lo ha probado? Amelia, vete por la botella, ponle al doctor, para que pruebe, va a ver usted si es vino.

Amelia no se mueve, dice:

—No se puede comparar, ni al caíño de Camos ni a ninguno de por acá.

De pronto es como si el vino la devolviera a un país suyo, la regresara a la tierra.

—Anda por la botella.

Vuelve con ella a la mesa y el vino hace burbujas al servirlo. Serafín dice:

—A su salud.

Está encendido el horno en forma de torrecilla, huele a manteca, a azúcar quemada, a pan caliente, es un olor maternal, cálido, confortante. Amelia corta pedazos de una rosca y los pone en un plato en el centro de la mesa.

—Déjela que se enfríe —dice Luisa—. No es bueno comerla en caliente.

Ella la prueba.

—Hoy no te ha salido tan buena. Mi madre las hacía… Nadie como ella.

Amelia ha perdido de nuevo el brillo de los ojos, aquel fluir de ella hacia fuera. Afirma:

—Nadie como Daría. Pero ha sido cosa del fuego, se arrebató.

—Está muy buena.

La cocina caliente, caliente, las mejillas y las orejas enrojecen con el calor, afuera llueve. Serafín sale a recoger la leña, no se moje. Luisa se inclina sobre la mesa y dice de prisa, mirando hacia la puerta:

—Mi padre debería operarse de lo suyo, ¿no sabe?, anda así hace algún tiempo.

Parece tener prisa en consultar al médico.

—Dígale algo, ¿qué dice usted?, yo creo que le ha tomado miedo a dejar de ser hombre, usted me entiende, eso es.

Rubén dice:

—¿Por qué? Es una intervención sencilla, no hay cuidado.

Y Luisa parece estupefacta, protesta:

—¿Usted cree?

Dice:

—Este hombre nos va a dar mucha guerra, doctor, se lo digo yo.

Amelia ha bajado los ojos y se mira las manos.

—Anda tras la Celia que es una perdición, semejante bicho —Luisa baja la voz, se inclina hacia él, le habla atropelladamente con la mirada fija en la puerta—. Más larga que un día sin pan, sabe a por quien viene, a por el viejo viene, pero no ha contado conmigo la Celia, yo defiendo a mi padre, que vaya a reírse del suyo si puede, a abusar del suyo.

Es una mujer violenta, debe de parecerse a Serafín.

—Yo no me muevo de aquí mientras no quede todo solucionado,

faltaría otra cosa, tantos años de trabajo de mi madre para que venga esa a comérselo todo, qué vergüenza, diga usted qué andarán diciendo por el pueblo, es una condenación, todo se sabe, Carmelo me ha dicho que lo hablan por todos lados, en la taberna, la muy puta que hace ahora porque les vean, en vida de mi madre al menos no se les veía por las calles, pero ahora le importamos los hijos una mierda.

Se ríe de repente, se alza de hombros.

—Él hace como todos los hombres, malo fuera, ni más ni menos que otros, tanto hablar. Pero ella no va a burlarse de nosotros, se lo digo yo, que la tapo la boca. ¿Y usted cree que si se opera…? Pues Carmelo dice que después se queda para las raspas. Ahí viene —advierte— como cosa suya…

Serafín les mira, suspicaz. Va a sentarse pero el médico se levanta.

—Tengo que marcharme ya.

—Aguarde un poco que venga Eugenio y le acerca en la furgoneta.

Rubén dice que no, que tomará el autobús que pasa por Gondomar.

—Pero hasta Gondomar va a mojarse.

El médico sonríe, dice:

—Bueno.

Amelia ha vuelto al horno y con la pala retira una hornada de roscas.

—Lleve una para Narcisa —dice.

Se la envuelven.

—Se le va a mojar, se la meto en este plástico.

Rubén siente el calor de la rosca a través del plástico.

—Le voy acompañando al autobús —dice Serafín.

Y marchan juntos. El Chincho ha venido hasta la puerta.

Andan bajo la lluvia menuda, agachando las cabezas.

—Qué, le ha dicho algo la Luisa, ya lo vi. Anda con pijadas en la cabeza.

Rubén sonríe, dice:

—¿Por qué no se opera?

El hombre se azora.

—¿Andamos con esas? La muy zorra.

Se ríe. Se parecen enormemente, Luisa y Serafín.

—Esa quiere dejarme inútil y hacerse ella con todo. No, no es por el interés, quiero bien a la hija, siempre fue mi ojo derecho, ahí tiene, pero se ha llevado un *miña-xoia*, usted le tiene visto, un Juanlanas que puede ella con él, por eso le convino, se cree que va a ser con todos lo mismo. Mucho enreda la Luisa, mucho enreda… Eugenio es más humilde, tiene otra conformidad, también la Amelia es buena. Esa solo quiere mando en la cocina, y le aseguro que por Celia no va a quedar, no es de esas.

Ríe, satisfecho.

—No quieren ver a otra mujer en la casa, la Luisa no quiere que les traiga otra mujer al puesto de la madre.

—¿Le han reconocido alguna vez? Le prevengo que no le afecta.

—¿Está seguro?

Ríe.

—Esa sí que es buena. Sabe, no puedo estar sentado en blando, y luego está la lata de las noches, levantándome a cada poco.

—Eso lo arregla usted en seguida, si quiere ¿por qué va a estar así?

Serafín le mira.

—¿No se habrá puesto usted de acuerdo con la Luisa?

Y:

—Es una broma.

—Le estoy desviando a usted de su camino.

Serafín ríe, dice:

—Es mi camino.

Y:

—No quieren a otra mujer, cosas de ellas, dejarlas alborotar que luego las paro yo de un manotazo en cuanto quiera. La casa es mía, no hay más, entra quien mando yo. Se tienen creído que Celia va por el interés, se equivocan, ya ve, ni la conocen, la tienen vista nada más, y la gente ya sabe lo amiga que es de darle a la lengua. Se tienen creído que yo ando acabado, que ya no puedo con ella, cosas de los jóvenes, piensan que no hay más que ellos, que ella viene solo por el aquel de casarse, la casa, las tierras y la cartilla. Pues le juro por mis muertos que no es verdad.

Van andando bajo la lluvia camino de Gondomar.

—La tengo bien cogida. Y ella a mí, no le digo que no, usted me

entiende, estoy con ella a gusto como no estuve con ninguna antes. Pero a mí me tira la cama caliente, no quiero dormir solo.

Repite:

—No quiero dormir solo. Y más después de aquello, ¿usted cree que eso se le hace a un hombre? Yo era bueno para ella, hacía tiempo ya que ni nos tocábamos, pero ni ella quería, fue la primera en apartarse, estaba seca. Tenía miedo al cáncer, mire qué cosa, como si un hombre puede dar el cáncer. No la faltaba de nada, y no dejé una noche la casa, siempre en la cama con ella, sí señor, nadie puede decir otra cosa. Supo lo de Celia, ¡se puso!, solo cuatro gritos aquí y allá, por las apariencias, qué tenía que ver con ella. Tenía que ver conmigo. Nunca fue muy dada a esas cosas, Daría, se dejaba y ya está, era la madre de mis hijos, ya los conoce, y nunca la falté en lo principal. Y salirme con esas en las últimas… Usted dice que es una enfermedad, será, hay que creérselo, que es lo suyo, yo no entiendo, pero ninguno me ha dado esta vergüenza: andar en lenguas de todos, que todos anden compadecidos, que a la gente le gusta tener lástima, leche, y aparecer como apareció, usted se acuerda, eso ninguna lo ha hecho. La primera noche la cama estaba como mojada, mire usted qué cosa, no me sacaba la humedad de encima, helado hasta los huesos. Déjeles que hablen. Yo haré lo que convenga.

Los árboles les sacuden la lluvia encima al paso.

—Le habrán dicho que Celia de aquí y de allá, ¿o no se lo han dicho? Lo dicen, lo dicen… Y la otra venga a llorar y a calentarme la cabeza, siempre hay alguien que le va con el cuento. No es cierto: tan de verdad como que estoy aquí hablando, fui el primero. O es que soy tonto o qué. Aguantó en vida de mi finada mujer el vivir apartada, señalada por todos, ya sabe que por aquí el andar con un casado echa mala fama, la cofradía de las mujeres… Cuando yo la cogí era moza como una flor.

Se ven las luces del pueblo ya. La lluvia ha ido menguando. Tienen todavía el calor de la cocina en el cuerpo. El médico se ha levantado el cuello de la gabardina y lleva la rosca resguardada por ella. Serafín pregunta:

—¿Hace un trago?

—No. Estaba bueno el vino.

Entran en Gondomar. Se dirigen a la parada. Serafín se queda

sonriendo mientras desaparece el autobús.

Ah, me excedo. Cuartillas y cuartillas se van amontonando, lo que tanto supuso para mí es solamente este montón caligrafiado, de una manera definitiva se aleja, se aleja, y al propio tiempo se cosifica. Me levanto temprano, ligero, tira de mí el sentarme a escribir frente a esta ventana desde donde veo, al otro lado de la carretera, el mar de Daría, el atlántico en noviembre, la tierra endurecida, las piedras rebasadas, la vastedad de un mar, mar tenebroso, que va a enlazarse con mi otro camino próximo allá.

Es de un efecto extraordinario, Blanca se aleja totalmente, sin dolor, como si la estuviera enfocando a través de una lente minuciosa, ¿deformado por tantas horas de microscopio?

Hace tiempo que no me duele Blanca, la vida es acuciante y profunda, y ya he escrito aquí que el trabajo ininterrumpido, sobre todo el intelectual, es una forma de evasión, un éxtasis. El esfuerzo requerido horas y horas observando por el ocular, enfocando el objetivo, levantando la cabeza, anotando; la sencillez y la complejidad de nuestra textura, indicativa del hombre. Blanca estaba en el hondón de la memoria, ¿perdida o incorporada?

(Ahora te digo adiós, te desprendes de mí, cuántas hojas blancas para decirte un adiós que no nos dijimos entonces. Cortaste sin explicaciones, sin contemplaciones, de una manera radical. Yo tampoco te las pedí. Le dijiste a Enrique: «*Le estaba haciendo daño*», y «*Necesita terminar su carrera*», pero ¿te dabas cuenta entonces? Cuando uno se da cuenta es que todo está acabado o comienza a acabarse. También dijiste: «*Me da pena*», y esa palabra nos separó mucho más aprisa, mucho más certeramente que cualquier otra. Solo pena, Blanca. La rechacé).

Hacía tiempo ya que ambos nos tratábamos mutuamente como a enfermos o a convalecientes, con cuidado de no herirnos, pero nada me avisó que sería tan total e inesperado; simplemente, al volver del club ya no fui a su casa. Llevábamos días distanciados, yo me

había atrincherado en el mutismo frente a ella, había reemprendido mi amistad con Enrique, mis idas frecuentes a aquella casa trabajadora y grave, me sentía indigno, aquellos trajes modestos colgados en las perchas, la mujer afanada en su menester, con su limpia alegría, y el hijo repasando lecciones a los estudiantes atrasados. No les decía a qué iba, ni por qué iba, ¿lo sabía yo?, empezaba a recobrarme. Siguiendo nuestra vieja costumbre, Enrique me acompañaba a la vuelta, y alguna vez no subí al piso, me quedé hasta la madrugada en un banco cercano a la casa, entumecido. Oía salir cantando en alto al grupo de la noche, los portazos de los automóviles, no me volvía para que no me reconociesen. De madrugada entraba de puntillas. Blanca dormía, tomaba pastillas para dormir, no la despertaba. Estaban sobre la butaquita el abrigo y el bolso, y el traje de la noche. Conocía el ambiente, y no me importaba, lo desdeñaba casi, sentía la falsedad de mí mismo allí viniendo desde la casa de Enrique. Una vez Blanca me vio al bajarse del coche, se acercó y se sentó junto a mí en silencio. Después dijo, hablando desde el fondo de sí misma: «*Qué bien se está aquí*», y apoyó la cabeza en mi hombro, y estuvimos así, empapados de noche, solitarios. Susurró: «*Vamos. Que vamos a coger frío*». Subimos juntos, enlazados por la cintura. No era ya lo mismo. Habíamos perdido nuestra soledad, todos los atardeceres acudían Pablo y Edgar y Sabina, y al regreso de las salidas nocturnas que reemprendiste subían gentes a casa que no conocías cuando entraste en el club, no sabíamos de dónde llegaban hasta nosotros. Era un clima incierto, de vaguedades que me desazonaban, no quería aquello.

Por la mañana dijo: «*Yo no soy para ti, ¿te das cuenta?*». Contesté: «No empecemos», y me di media vuelta, me hubiese tapado los oídos.

Era una descomposición, había empezado al admitir a tus amigos. Al principio me hallaba en plena euforia cuando estaba contigo, cuando salía a la calle cuanto me rodeaba tenía una significación, todo me era amigo, existía únicamente en función de mí mismo, eran trama de mi vida las casas y las calles y las personas, y el cielo, la discoteca, el club y todo. Había que vivirlo fervorosamente, en comunión. Calladamente también. No había dado mis señas ni a Enrique cuando nos mudamos al apartamento,

no me preguntaba si podría seguir siendo amigo de él el nuevo yo que era, no había preguntas sino aceptaciones radicales.

Tenías muchos conocidos en los lugares a donde íbamos de noche —al principio apenas salíamos si no era para descansar de nosotros mismos—, se hablaban todos en largas conversaciones iniciadas como si enlazaran con otra vez anterior —¿cuándo?, ¿dónde?—, una confraternidad que a ellos no extrañaba, yo no podía incorporarme, no participaba totalmente, simplemente: estaba solo porque estaba Blanca. Ella hablaba a media voz con las pupilas agrandadas, ponía su flor de papel entre los labios de alguno, al pasar cogida de mi mano, no me importaba porque sentía su mano en la mía, comenzaron a volver con nosotros, enlazaban a Blanca por el cuello en mi presencia, o la tomaban por la cintura. No dije nada, nunca dije nada porque era una relación superficial amable, trataba a Pablo y a Edgar en un pie de igualdad, con compañerismo afectuoso, sin ninguna otra implicación, creí. Tampoco quería que me considerasen pueblerino. De otro lado, Pablo acudía siempre con Sandra y se marchaban juntos, y Edgar era homosexual, pensé que al cien por cien. Al principio no caí en la cuenta dada su apariencia atlética y su extremada corrección, era agudo, muy susceptible, de una sensibilidad acusada, había en él una faceta pueril, buscaba el lado infantil de la vida, pero a veces daba la sensación de estar hundido, perdido en un marasmo. Hizo un busto de Blanca, y Blanca no lo quiso. «*Te quedas tú con él, un poco de mí misma*». Una estructura de hormigón recebado de blanco, un inmenso círculo derramado con un ojo redondo de vacío en el centro, estuvo en su estudio contemplándolo, tenía algo, decía algo, y decía algo de Blanca precisamente, pero ella no se encontró. Se estaba quieta mirándose en aquel círculo, buscándose en aquel vacío del centro, y Edgar se inclinó y la besó suavemente en los labios. Era un mundo que me desorientaba, sin relacionarlo con nosotros. Cordiales conmigo, diría que me toleraban, procuraban que me sintiera en confianza, notaban que no deseaba su presencia, desentonaba, me sentía incómodo, y ellos lo echaban a barullo. Blanca me dijo al salir del estudio: «*Tú no sabrías ser mi amigo el día de mañana…*». Íbamos por la calle y me detuve. «¿Cómo? *—No. ¡No! Con ellos nunca fue esto. Una vez, así… Hice un crucero con Edgar. Y Pablo… Son cosas que pasan, no las buscas.*

Ni cinco minutos hubo ni fingimos amor, Rubén, ¿por qué no puedes comprenderlo?». Dijo «*No tengo mejores amigos que ellos*». Y: «*Tú no sabrías ser mi amigo el día de mañana*. —No. Yo no podría ser tu amigo, ya que quieres saberlo». Me aparté, pero ella se estrechó a mí pasando el brazo por detrás de mi cuerpo, fuimos callados y confusos los dos.

Podía ser cruel, sin intención, por su indiferencia a los sentimientos ajenos. Más que a destruir tendía a negar, pero el resultado final era idéntico: autodestruirse y para ello destruir en torno, nada podía estar edificado si ella estaba a la intemperie. No usaba preámbulos, le aburrían tanto como leer ordenadamente. Todas aquellas personas que tratábamos de noche o que acudían a su casa tenían con ella un parentesco de fondo, o quizás era una psicosis por contagio. Yo había aceptado la destrucción mientras afectó solo a mi apariencia externa, a mis costumbres, que yo mismo reconocía pegadizas, falsas, pero cuando quiso llegar a mi esencia misma de hombre, me rebelé. A veces me iba al cuarto y cerraba los puños. No. ¡No! Era la nada por la nada, la negación por sistema, como un enorme fuego de artificio —había artificio pero había fuego; ¿qué pretendían ellos, tierra de nadie, tierra asolada?— querían hacer saltar el porvenir, nada valía la pena de ser vivido, y un «sí» rotundo, afilado, se alzaba en mí, dispuesto a emerger al exterior; el de ellos parecía un espantoso juego de nihilación y carencias; y a fuerza de templarme a la defensiva de mi propia entidad que entonces ni presumía, a sacudidas, como una criatura sale al mundo, emergí auténtico e inclemente. Era el fin. Ni la criatura que había parido mi madre, ni el hombre que alumbraste tú. También yo sabía liberarme, Blanca, aunque de hecho fuiste tú quien decidió el momento en que debías dejarme solo, y nada te detuvo al hacerlo. Sabina quiso advertirme, comunicarme, pero no la dejé. La verdad era un asunto de Blanca y mío, de nadie más.

Había acudido a buscarla al club, Blanca estaba en el estrado, bailaba con alguien y me saludó con una estridencia inhabitual. Me senté en nuestra mesa de siempre. Sabina estaba al lado con los de siempre, también. Blanca tardaba y tardaba, no volvía. Cuando lo hizo al fin pasó ante mí arrastrando una echarpe larga y escurridiza, entrelazados los dedos con los de su compañero de baile. Me dijo: «*Holá*» (y era la última vez), había bebido. Pasó de largo, pensé que

habría ido a la barra, estaba incómodo por los demás, me pareció que me observaban. Le pregunté a Sabina: «¿Vamos?». Me dijo: «¿No pensarás ir a casa, o sí?». Me llevó en su coche hasta la pensión que mis padres pagaban, en donde todavía guardaba maletas. La había conservado para no considerarme en dependencia total; era mi reducto. Sabina conducía en silencio, en la confluencia con María de Molina dijo: «Estoy cansada». La miré, aclaró: «Estoy harta, también», y: «Es como seguir a una loca». Se puso a llorar, crispada sobre el volante. Encendí el cigarro con el ceño fruncido. «¿A qué esperas para marcharte? —sollozó—. ¿O es que tiene que decírtelo?». Le dije: «Para…». Lloraba. Grité: «¡Párate aquí!». Y me bajé sin mirarla.

¿Fui yo para Blanca cinco minutos de verdad? Andaba el libro de Evtuchenko bajo el cristal de la mesa. No quise serlo, o quise serlo a última hora y no lo supe realizar, exigí más, y era todo cuanto podía darme.

Cuando le pregunté a Enrique: «¿Por qué yo?», pude preguntarle: ¿qué fui yo? Y quizá me hubiera contestado —pero a su manera exacta que nunca sería esta— «cinco minutos de ternura», cinco minutos en su vida, en un brevísimo alto.

Accedí por ella a poetas determinados. Más tarde, en la Facultad, Marta sobre todo iría introduciéndome de manera muy irregular a la literatura nuestra, también a alguna edición de bolsillo de filosofía, especialmente Marcuse, era su momento; no los comentábamos entonces, me los pasaba. Todo lo más Marta decía: «Es fenomenal», me parecía insulso y desplazado el calificativo. Enrique me llevó a Freud, a Jung, a Adler, a Binswanger, por ese camino yo mismo encontré a los demás, sobre todo a Frömm. Y a Goethe. Llegué a Goethe a través de Freud, a la inversa del camino del propio Freud. Y Nietzsche nos sobrecogió. Este era un mundo que nada tenía que ver con Blanca. Blanca era Rimbaud, Apollinaire, Eluard, Jean Prévert, tenía sus libros transparentándose bajo el cristal de aquella mesa, y el Ramayana, y folletos sobre doctrina Zen.

Nunca la vi leer a poetas españoles y, sin embargo, Theo compuso canciones en español para ella, que a raíz de su muerte se divulgaron, cantadas por otros intérpretes. También las escuché en su voz, porque Sabina nos trajo aquella cinta grabada, y estuvimos Enrique y yo acompañándola en Barajas tres horas entre avión y avión; nos había convocado a los dos, en la carta parecía desolada, y en la sala de equipajes la vimos a través del cristal alegre, riéndose con otros, traía dos bolsos de mano y uno colgado al hombro, y recogió una maleta roja nueva. Nos abrazó

estrechamente, estaba ligeramente más gorda, los ojos lánguidos le brillaban. «Gusto de veros», dijo como si no hubiese más motivo que el verse. Y subimos a la cafetería, no quería asomarse a Madrid, no insistimos. Iba camino de Río, los ojos le brillaban, la esperaban sus padres. No abordaba el tema principal, se reía con sus gruesos labios oscuros, sacudía la melena. «¡Qué mudados! —dijo—. ¡Qué mudados!». Los aviones despegaban y se alejaban con aquel estruendo ensordecedor, dejaban la blanca estela rizosa. Bajé los ojos, me estaba mirando. Dijo: «Fue un desastre». Enrique preguntó: «¿Crees que se suicidó? —No lo sé, de verdad —el suceso se había alejado para ella, podía hablar de ello con calma, sin la histeria que manifestó cuando las declaraciones en Ámsterdam—. Tenía que ocurrir, de una forma u otra… Ya ni se daba cuenta de cuánto tomaba, iba subiendo las dosis, y pasando de unas a otras, el mayor tiempo alucinada o aletargada, no era vida. —¿Theo? —Yo no podía hacer nada, no quería ni verme, me había cogido una manía atroz. Creía que le soplaba a su madre. No formé parte del grupo, venía de cuando en cuando a buscar el dinero porque su madre se negó a enviárselo directamente, tenía miedo a que se lo quitaran, a que se quedase sin nada. Pero Blanca no quería el dinero más que para el ácido y para aportarlo a la comuna». Enrique observó: «Pero ella aquí no se drogaba. —Aquí empezó con anfetaminas, porque tomaba tanta píldora para dormir que, si no, andaba sin fuerzas para levantarse, se arrastraba. Llegó a mezclarlas con alcohol, imagínate, no a intento, inconscientemente. Después empezó fumando con Theo, solo la hierba, y acabó con el ácido… Era lo mismo, estaba ya deshecha, delgadísima, demacrada, casi irreconocible, con un temblor cuando no tomaba que no podía dominar. Pasó alguna noche rodando por las comisarías; fui en una ocasión a sacarla de allí, tras un pago de multa, claro. Estaba en un reducto con verja cerrada, con delincuentes comunes, imagínate, le habían quitado el cinturón. El marido le retiró judicialmente el permiso para ver a su hijo. La importó. Y se drogó más fuerte. Aunque aquellas entrevistas eran un fracaso, yo les había acompañado alguna vez, y ni el chico que ya tiene nueve años, ni ella, tenían nada que decirse, tan apurados el uno como la otra. Me llevaba como enlace para que yo les contase cosas, cuando era pequeñín le estrechaba tan fuerte al despedirse que el crío dijo una

vez: “Me haces daño, me ahogas”. Y desde entonces se retenía. Un desastre. Nadie quería saber nada de ella, ni su padre, ni ninguno de sus dos maridos, la única que quería información y a quien le hubiese gustado intervenir era a su madre, pero intervenir para que hiciese la vida que ella quería. —¿Cómo vive? —Protege a perros y a gatos… Todavía parece joven, cuando Blanca era niña le daba por proteger a jóvenes, lo sabía todo Río, después se ha casado otra vez y es un matrimonio tranquilo, le da bienestar social que ahora es lo que le importa, no para, de fiesta en fiesta. Todo el mundo la invita. Es una señora respetable». Enrique me miró. Rectificó: «Aparentemente respetable, aunque ahora lo es, de verdad, te lo aseguro. Está ayudando a pagar de su bolsillo un centro de rehabilitación de jóvenes drogados. —No fastidies. —¿Te parece mal?». Enrique contestó: «¿Y Blanca?».

Yo no pregunté: «¿La viste?». Todo aquello me desgarraba el alma viva. Pensé: ¿pude hacer yo algo, pude darme cuenta?, ¿pude aguantar? A mí sí se me llenaron los ojos de lágrimas. Saqué las gafas oscuras, pero Sabina las vio. Me cogió la mano, me enlazó los dedos, y la aparté inmediatamente. «Estaba en paz, Rubén. No quise verla. No podía. Entonces acudió su padre y estuvieron los dos juntos durante la cremación. Es un hombre guapísimo, rubio, se le nota la ascendencia alemana, estuvieron muy correctos entre sí. Vive solo para sus negocios, no tiene tiempo, sabes, no tiene tiempo para nada. Quería a Blanca, me parece, y ella a él, pero no tenía tiempo… Era una complicación. Usaba la misma colonia de Blanca, una colonia de yerbas, pensé: Toma, la colonia de Blanca… Yo les acompañé en el crematorio, y a la puerta estaba el grupo, con Theo, esperando a ver salir el humo. Yo estaba espantada de que se pusiera a tocar la guitarra porque adivinaba que el padre no lo iba a aguantar e iba a empezar a golpes, pero permanecieron en silencio, envueltos en sus chales, mirando al cielo, a la chimenea. Theo mismo la había entregado para la autopsia. Dijeron que estaba en paz, azulada, totalmente dormida. No pude verla, ¡no podía! Todo me parecía que le estaba sucediendo a otra, que no era real, que íbamos a regresar a la vida de siempre y Blanca estaría en su diván. Pero no, se la llevaron, y yo proporcioné las direcciones de sus padres. Escucha, pásame ese bolso».

Sacó un magnetófono de pilas. Era el magnetófono de Blanca. Le

dio a una tecla y dijo: «Son unas canciones de Theo. Quería que las oyeseis».

> Verdes praderas en el espacio
> continúan sus campos en mis adentros.

No puedo explicarme a mí mismo mientras escuchábamos, fijos en el magnetófono. Dijo: «Vamos a otro sitio, aquí no se puede». Y fuimos a un tresillo del vestíbulo, y volvió a poner en marcha el aparato.

> Verdes praderas en el espacio
> continúan sus campos en mis adentros
> a través de mí busca un lugar cálido
> en donde fecundar tu simiente de hierba.

Me imaginaba al hombre que había visto en los periódicos, desmedrado, muy pequeño de estatura, la guitarra parecía un desmesurado juguete en sus manos.

> Bajo la hierba nos extenderemos
> entrará en nosotros la lluvia cósmica
> seremos cosmos, estrellas y universo
> hierro, fuego, hidrógeno, materia y no materia.

No era sincopado ni melódico, más bien un recitado de una desnudez de artificio inverosímil, dos cuerdas monótonas pulsadas al fondo, sin apenas levantar la voz, modulando muy despacio como quien tantea un idioma, casi como si nos llegase aquella voz suave y ácida desde «debajo de la hierba».

> Amor no es tu cuerpo ni mi cuerpo
> ni tus besos ni las noches perecederas
> no nos unamos uno a uno
> todos juntos a través de la tierra.

Repetía el final con una variante:

> nuestro destino es ser estrellas.

Theo pronunciaba «*xuntos*», y «*estrelas*», y redoblaba las erres guturales. Estábamos escuchándole los tres, Sabina mirándonos a uno y a otro, y Enrique con la cabeza apoyada sobre su mano, en la

esquina del sofá, mirando hacia el lugar de donde salía la voz, yo echado hacia delante, apretando las manos juntas entre mis rodillas. ¿Éramos en verdad una cadena? ¿Existía el hombre como individualidad, no había más bien el hombre desde el tiempo, desarrollándose, creciéndose —un sistema multicelular—, perfeccionándose, autocreándose a costa de nosotros mismos, todos acudíamos al relevo? ¿Era un destino común? Dije: «¿Me dejas la cinta? —Espera, no ha terminado, más adelante vuelve». Manipuló y lo buscó:

> Te amaré en la boca de Doris
> y en el reír de Sara la negra
> y en la noche sin fin compartiendo viaje
> y en el pelo de Mary
> y en el vientre de Berta.

«Tengo copiadas las letras», dijo Sabina, y nos tendió un papel escrito a máquina.

> Te iré amando a través de mi semilla
> esparcida en no importa qué tierra,
> qué importará el amor si no lo damos
> si no hay tu amor, mi amor, ni en mi silencio
> ni en adelante tú ni yo,
> aprendo a pronunciar «nosotros»
> no yo ni tú, ni tú ni yo.

Una tristeza vasta y corrosiva, la reconocí en el acto, la tristeza de Blanca. Pero Theo se la había asimilado, era él mismo, había vitalidad en su tristeza.

«¿Qué hace él ahora?», preguntó Enrique después de un rato en que estuvimos sumidos en silencio. «No sé, camino de la India, lo tenían proyectado ya, no ha variado la ruta. En principio es un hijo de papa, que es lo grande». Pero corrigió rápida ella misma: «Era. Ahora ya no es nada. No tiene salvación, no quiere salvarse. A mí no me daba miedo de Theo para Blanca, imagínate, ni a su madre tampoco, su madre pensaba que él acabaría volviendo a lo suyo y no le parecía mal porvenir para su hija, desde su punto de vista. Pero resulta que Theo… Theo no podrá ya renunciar al ácido, volverá, aunque su familia le lleve a los centros más importantes y se recupere de momento, está perdido: el propio médico que le vio

en Ámsterdam dijo que volverá y volverá, porque el mal está en él, una despersonalización de la conciencia, no sabrá escapar de los mundos artificiales, de la vida alienada, ni sabrá ni querrá, me parece. Vendrá y volverá a escapar, y vendrá y volverá a escapar… Eso dijeron». Enrique comentó: «Acabará en algún *ghetto* del mundo, el día menos pensado, aunque sobreviva».

No pedí la cinta ni el magnetófono. Sabina no me lo habría negado, pero no lo quise. ¿Pudo intuir Blanca cuando tomó el avión en el aeropuerto, que estaríamos en aquel sitio los tres, en torno a su ausencia, oyendo aquella voz que nos llegaba para ella? «Theo no es sentimental». Tampoco Blanca lo era. Cerró el aparato, lo guardó en la bolsa y hablaron de otras cosas, yo no quería hacer el esfuerzo. Sabina seguía alisándose con los dedos la crespa melena negra larguísima, se ajustaba el jersey, fumaba, habló con volubilidad como si se hubiera echado fuera una obligación y ahora se sintiese ella misma. Dijo: «Me gustaría casarme y tener niños». Enseñó una revista de Río que publicaba un artículo suyo sobre el folklore de su país, ilustrado por las fotografías de unas caretas primitivas mágicas. Dijo: «¡Volver!», levantando los largos brazos con ansiedad. Estuvimos viendo desde la terraza cómo despegaba el avión, y se perdía perforando los aires aquella testigo o mensajero que Blanca se había buscado.

Ha venido la niebla, están en ella, durante la noche ha debido de ir cubriendo la vastedad del mar, adensándose este espeso telón blanco y grisáceo que cierra el horizonte, que lo escamotea; en la carretera flota un humo algodonoso que se disgrega a ráfagas, no asciende hasta los montes de La Groba. Suena persistente, a intervalos regulares y cortos, la sirena del faro de Cabo Silleiro, pero llega el sonido fantasmal, oscuro y lejanísimo, un roncón desde el mar que no se ve.

—No levantará tan pronto —dice Rogelio— la tenemos encima.

La tienen enfrente con su insidiosa humedad especialísima, defendiéndose el mar del aire frío que baja desde el monte, borrando perfiles, encubriendo realidades, las islas Cíes han desaparecido. Ven desde la ventana la furgoneta de Eugenio con los faros encendidos tan de mañana, la niebla circunda y se estrella contra los cristales con sus filamentos de luz amarillenta, la luz la absorbe.

—*Concho, qué día.*

—*¿Quedache moito?*

—*Voume a La Guardia, hai un bó pedido*.

—Tiene la carretera despejada, de momento.

—De momento.

Le dice a Rubén:

—Si quiere venir hasta allá, le traigo a la vuelta.

Marchan con el paisaje cegado a la derecha, y aquellos jirones de niebla ante la furgoneta. Pasan por Santa María de Oya, ven el letrero y las casas en la zona de monte, pero del pueblo agrupado cerca de la mar sumido en niebla solo el comienzo del caminito que baja hacia la casa de Soledad. Eugenio charla sin parar, cruzan pocos coches, tocan la bocina.

—… desde lo de la finada de mi madre está como otra, la ha sentido de verdad, mire qué cosa, en vida de ella andaban siempre

metiéndose la una con la otra, pinchándose por todo, y ahora anda como si le faltara el alma, Cristo, si hasta se le parece… hace las cosas mismo como ella de la noche a la mañana, quien lo iba a decir hace solo unos días, oiga, antes andaba siempre tras de mí con las comparaciones y en mi pueblo esto, y en mi casa lo otro, y mi madre aquí, y mis amigas allá…

—¿Dónde se conocieron?

—En su pueblo, en un viaje, su padre tiene una droguería en la plaza principal, al lado de la iglesia, sí, es muy buena familia, estaba hecha a otra vida, no trabajaba en el campo, allá, se había criado con las monjas, sabe muy bien de cuentas, eso le fastidiaba a mi madre, parecía siempre que es que le estaba echando en cara su ignorancia y era ignorante porque no la habían enseñado ni a leer, otra, no era culpa de ella. Pero Amelia siempre con las manos relimpias y hasta las uñas pintadas a diario, y oliendo a jabones y a colonia que daba gusto, se lo digo yo, se las regalaban de muestra. Yo le hice el cuarto de baño, ¿no lo ha visto?, lo hicimos entre mi padre y yo y Manuel, un vecino que trabaja en la construcción, y entre los tres lo hicimos como el mejor. Madre, no me afané yo poco en ello. Todo alicatado, con la baldosa verde, como a ella le gustaba, no quería que llegara a mi casa y se creyera que no había de eso, a mi madre le pudría, aunque luego bien lo enseñaba a los que venían a la tienda, estaba encantada luego. Yo le decía: «Si no gastas en mano de obra, si hoy en día todas las casas lo tienen», y me contestaba: «A qué has ido a traernos a una señorita», ya ve usted. Ahora ni pone las colonias, y las tiene de tiempo guardadas en el armario, pero no las pone, entre la cocina y el campo ya no piensa en esas cosas, solo así, de cuando en cuando, ya sabe, las mujeres… —ríe, y me guiña un ojo—. Le costó hacerse a esta vida, aquel es un pueblo grande y hay de todo, aquí hay que andar una buena tirada para llegar al pueblo, y hay tanto que hacer en una casa, más con la tienda, que casi nunca baja. Cantaba en la iglesia, allá, tiene una voz buena para eso, era muy de la iglesia, fue una boda de las que no se ven, por todo lo alto, oiga, se celebró en el hotel, con muchísimos invitados. Pero hay lo de los críos, a mí me gustaría un chaval, y a ella también, no crea. No hace caso a los hijos de Luisa, con lo que le gustan las criaturas, era una chiquillera de miedo, está con ellos como si le vinieran a robar el sitio al

nuestro, pero no lo trae…

—Son jóvenes todavía.

—Llevamos cinco años ya, no crea, me pone negro. No puede tenerlos y no hay más. Que eso no se sepa…

—¿Está seguro?

—La matriz infantil, dijo el médico, usted sabrá más de eso. En el pueblo de ella también se consultó, dice que fue con su madre, le dijeron que otras con lo mismo los habían tenido, ¿usted cree? Mi madre decía que era de tanto fregarse, a saber, pero ella se lo tiene tragado y está sin interés, ¿sabe lo que me dijo? «*pra o que logo che botan de menos*», me lo dijo el otro día, a raíz de lo de la finada de mi madre, usted me dirá, que cualquiera que la oyera pensaría que yo no fui un buen hijo y era yo quien defendía a la vieja de ella, que andábamos más de la mitad del tiempo de morros porque le parecía que tiraba más por la madre que por ella, y ahora me sale con esas, como si se le hubiera olvidado, con todo lo que me tiene chinchado. Pero por más que hacemos… a mí me revienta el no tenerlos, se lo digo, en el pueblo andan con preguntitas, ya sabe, las mujeres, dándole a la lengua: «¿Y qué, no hay nada? ¿Y cuándo vienen los hijos, chaval? ¿Y para cuándo?». Amelia se hace mala sangre, y hasta ha dejado de bajar al pueblo.

—¿Está seguro de que es ella?

—Y quién va a ser, esta sí que es buena, ¿cómo dice? Yo estoy en perfecto orden, sí señor —se ríe ofendido—, con cualquiera… Es cosa de ellas los hijos ¿o tal vez no? Yo no necesito de médicos para eso, usted perdone, si sabré cómo marcho, me pone una mujer delante y ya está. ¿Por qué lo dice?

—No tiene nada que ver con la esterilidad, ustedes lo confunden. Además puede ser solo temporal, yo que usted…

—Es cosa de ellas, oiga, cosas de las mujeres, si sabré lo que me digo…

Van un rato en silencio. Eugenio conduce con brusquedad. Luego dice:

—Mi padre se lleva bien con ella, ¿sabe?, la aprecia. En cambio Luisa anda a la greña con él, no sabe cómo está la cosa dentro de casa, el viejo deja hablar pero tiene genio, y a veces pega un manotazo a la mesa que poco más la parte. ¿No sabe con lo que nos ha salido ahora, el viejo?

Se ríe abiertamente, se relaja.

—«*Quer a cama quente*», dice. Cosas del viejo… Pues mire usted lo que le digo: si mi padre llega a no traer a la Celia a casa será por mi mujer, estoy seguro, no por Luisa. Le cuida lo mismo que hacía mi madre, Dios la descanse, se hablan pocas palabras pero se tienen ley, cada uno en su sitio. Yo le dije: «Puede usted tener cama caliente fuera y paz en casa, yo que usted… —¿También tú estás con esas? —Buena gana de meter el infierno dentro». Pero la cosa está en que el viejo no las tiene todas consigo, no está seguro de la Celia, es por eso, se lo digo yo, no hay más, antes había un motivo, en vida de la finada de mi madre, y pasaba por todo, ahora como no cumpla no sé qué va a pasar. ¿Cariño? Él dice que hay cariño, que ha de haberle, esa se acuesta con usted, conmigo y con cualquiera que se le tercie; no es que lo haya hecho hasta ahora, nada se sabe, no lo creo, es lista como una anguila, no va a perder al viejo, esa no, pero se sabe cuando una mujer está dispuesta, y esa va pidiendo lumbre cuando sale a la calle, ¿no la ha visto?, pues no para de andarla estos últimos tiempos, con esos meneos que se trae y que te mira de abajo arriba sin bajar los ojos, no los baja, no señor, no sé si lo hace para provocar al viejo, para que se arranque. Y encima Amelia cree que me hace gracia lo del viejo, qué gracia me va a hacer, oiga, estamos frescos, pero tampoco me remonto, es un asunto suyo, no sería el primero que se vuelve a casar; se lo hago ver a Amelia y dice que eso es verdad, pero lo de tu madre, morir como murió… Mi madre ni se entera ni no se entera de lo que haga o no haga ahora, dejarla en paz. ¿Y sabe con lo que me salió? «No se sabe», ¿no te fastidia? «A saber», como me oye, cosas de los curas. Es muy de la iglesia, Amelia, y no me parece mal en las mujeres, oiga, pero está muy rara. En vida de la finada de mi madre andaba todo el día esperándome para chinchar, que si esto, que si lo otro, que si tu madre no me traga, que si no me deja, que si tú no eres hombre, que si la tiene tomada conmigo, que si tú no me amparas… y ahora entro en casa y me mira como una dolorosa, no la entiendo, quien las entienda… Oye a Luisa y va y casi no la contesta, no sé cómo Luisa lo aguanta con las despachaderas que tiene, pero se contenta con decirla: «*¡ei, ti, xorda!*», pero no está sorda para lo que la conviene, qué va a estar. Todo el día afanada, eso sí, lleva ella sola el negocio, es un decir, mi

padre la quiere lo mismo que a la hija, ella lo hace todo, y encima los hijos de Luisa dándole que hacer, ensuciando la cocina. Y por la noche… está muy cambiada, sí señor, no sé qué la come, está a la desesperada. El aquel de los hijos, venga y dale, el aquel de los hijos. No me lo dice ya, pero se lo noto que anda buscándolo, tiene que hacerse.

—Trátela con cuidado.

—¿Sabe lo que me dijo el otro día? Se lo voy a decir, oiga, mire usted qué ignorancia lo que se le había metido: que no sabe cómo dejamos que hicieran la autopsia a la finada de mi madre. ¿Y qué íbamos a hacer, oiga? Es la ley. Y me dijo que menuda tapadera nos buscábamos los hombres con lo de la ley. Y que no éramos hombres ni mi padre ni yo, le di un guantazo, leñe, que come la paciencia. ¿Sabe lo que me dijo? Que no hacía falta ninguna despiezarla, que todos sabíamos bien de qué muriera. Y yo le dije: anda, ¿y de qué muriera? Y me dijo: de la vida, se murió de la vida, no te hagas de nuevas, de lo que nos morimos todos, no hay que hacerle, pero si llega a tratarse de mi madre a buena hora la tocan. Mire usted lo que le andaba por la cabeza.

—Trátela con cuidado, está en una crisis, necesita que se ocupen de ella.

—Si me ocupo… Mejor no puedo ser para ella, pero no puedo serle marido e hijos al tiempo, digo yo.

—¿Por qué no?

Eugenio le mira, Rubén sonríe con aquella calma, no ha habido broma.

—¿Se lo echa usted en cara?

—Ya sabe, cuando uno se enfada no sabe bien lo que dice. No tengo nada contra ella. Solo eso.

Es inútil intervenir. Si recetara un específico me lo agradecería y tomaría buena nota, pero meterme en las conductas… sin embargo, está tan clara la trayectoria al final de la cual se estrellan. Es un hombre elemental, una naturaleza simple, pero con la constante de una virilidad mal entendida o entendida a medias: o se es hombre o no se es, sin términos medios, sin matices, y en él ese concepto va unido primariamente al sexo y al mando derivado del sexo. Amelia necesita regresar a sí misma, y encontrarle de nuevo, y volver a empezar sin ansia, con sosiego. Pero si otra vez sucediera otra vez

insinuaría lo mismo aunque se cierren, quizá en un momento determinado pueda pensar: «¿Por qué me habrá dicho esto?», y le desazone y busque en sí el motivo. Me dio la sensación durante el regreso de La Guardia, por sus preguntas envolventes, que quería indagar si yo pensaba que Amelia sufre un desequilibrio mental. Sufre un desequilibrio no de origen mental sino afectivo, no se lo dije, no lo entendería, o se ofendería, para ellos eso no cuenta como daño. Esa mujer, con su misteriosa reencarnación de Daría. No es la primera vez que lo observo: alguien en particular, o varios, asumen al muerto. Vuelve poderosamente a la vida en los demás. Aquella mujer que se marchó a la muerte con sus botas pesadas de becerro, aquella otra mujer que la esperó descalza sobre un jergón en el suelo… ¿quién asumió a Blanca, Theo? Si ha sido así fue el más digno de ser su compañero (verdes praderas en el espacio continúan tus campos en sus adentros), no yo que me estoy desprendiendo de ella a tirones como quien se arranca cuajarones de dentro, aunque ya he dicho que ella y mi memoria, la memoria de mí, somos indivisibles, si bien cada vez tenga menos conciencia de ello.

Sabina lo superó rápidamente, estaba en verdad harta, no querrá ni que se lo recuerden; nos apartará de su pasado, como empezó a hacerlo no avisándonos más que a nosotros dos cuando pasó por Madrid. ¿Y Edgar, y Pablo? No pensé que Edgar fuera despiadado, pero lo fue en su recuerdo, o en su manera de recordarla. Una lengua malévola. Había huido de ellos antes, a raíz de la ruptura, en verdad no necesitaba huir, bastaba con no buscarlos, no era fácil la coincidencia en nuestras vidas absolutamente dispares. Hace dos años, bajando una tarde por la calle de Génova me paré ante el escaparate de una librería y vi que anunciaban la inauguración de una nueva galería de arte con las obras de Edgar. En el cartel reproducían una fina, casi aérea, estructura geométrica. Sentí el deseo acuciante de entrar. Eran apenas las siete, acababan de abrir, y no veía a Edgar. Recorrí la exposición que tenía una delicadeza en los volúmenes casi puntillosa, equilibrios inverosímiles; buscaba la escultura de Blanca, aunque desde la primera ojeada adiviné que no estaría allí, era otra etapa; sentí una viva decepción porque no estaba. Salía cuando vi la alta estatura de Edgar rodeado de gente; no sabía si escurrirme o no cuando él atajó mi duda con su saludo; había vacilado al verme, cinco años nos habían alterado a los dos,

había perdido su corpulencia y me pareció que tenía mal color. «Hola, chico» y «Tú por aquí». Me iba, lo había visto ya. «¿Por qué no vienes otro día, por la mañana? A primera hora no hay gente, yo mismo te lo enseño. Ven mañana», insistía nervioso y accedí. Sentía sobre todo el deseo de subir a su estudio, de reencontrar aquel aire en suspenso mientras Blanca contemplaba la versión de su imagen con un ligero descontento.

A mediodía estaba solo, en un despachito interior. Había adelgazado excesivamente, tenía un color terroso, y hojeaba con una sonrisa divertida las historias de Mafalda. No entendía cómo aquello podía interesarle, ni tan siquiera retenerle. Me pareció que ya no estaba en estado de leer, que su mente quería que le simplificaran la comprensión, que buscaba un lado cómico y tierno de la vida, la grotesca desproporción entre los hechos y la imagen, quería reírse con cosas elementales y apartar el enorme peso que la vida puede resultar para un hombre. Algo le minaba. «*Y Edgar… hice un viaje con él*». Entonces le conocí de verdad, sin ofuscaciones. En la Galería no hablamos de Blanca, no se la nombró. Se reía como un chiquillo con el cómic, y quería hacerme reír. Dijo: «Vamos a mi estudio», y sin esperar mi aceptación fue hacia la calle sacando ya las llaves del coche. Era penetrante; tenía el conocimiento y la malignidad de quienes han sufrido mucho, de quienes tienen una carencia y se hallan a disgusto en su propia piel. De Edgar podía llegarme una crítica demoledora de Blanca. («*No tengo mejores amigos que ellos*»). Debe de haber una pugna terrible entre su indeseada naturaleza y el deseo ferviente de ser de otra manera, ser lo que había soñado ser cuando era un muchacho transido de pureza. «Hacía lo posible porque no supieran que la trataba, en casa les horrorizaba. Tenía muy mala fama». Me parecía que estaba hablando de otra persona. «Fíjate, una mujer casada». Había corrido aquellas cortinas de lienzo dejando entrar la luz por las cristaleras. Con aquella luz alta se le veía la tez marchita. «Mi hermana me vio en el teatro con ella e hizo que no me había visto». Yo me había sentado en aquel banco corrido de cemento bajo la ventana del estudio, me miró agudamente y apartó en seguida la vista, dijo: «Espera», y fue hacia el fondo de la habitación, y empezó a apartar bloques geométricos, y embalajes, y grandes cartones dibujados, «Espera». Supo desde el principio a qué había ido. Solo

había uno circular, Blanca, era el último, tapado con papel de envolver, de espalda a la pared. («*Te quedas tú con ello, algo de mí*»). No le ayudé porque intuí que no le gustaba que tocaran sus obras, y con cuidado exquisito, casi con ternura, fue apartando los bloques como si fuesen criaturas vivas, y quitó los papeles antes de dejarle frente a mí, exento. La limpió suavemente porque estaba llena de polvo, cogía las motas de polvo con las yemas de los dedos, sopló sobre ella, vi que al pie había unas letras en negro que decían: Mutante. Antes no estaban. Se volvió a mí y me miró entornando los ojos. Dijo: «Espera», y salió un momento. Era mucho más presente que cuando ella estaba delante contemplándolo, aquel vacío del centro en una estructura circular daba vértigo, atraía. «Yo la quería mucho, por supuesto, era generosa y fantástica, ¿te acuerdas?». También él miraba a la escultura. «La conocía de hace muchos años, la había conocido en la bienal de São Paulo, con Álex, y el niño. Eran una pareja sensacional, dos purasangre. Habían ido a la exposición y Blanca quiso conocerme, dijo cosas ligeras, inteligentes, ambivalentes, sensibles, ya sabes cómo era. Me invitó a su casa, una casa ultramoderna, muy grande, inmensas cristaleras, y con un jardín increíble, unos espacios increíbles, unas plantas sensuales, exorbitantes. Álex era un dios, un modelo perfecto, solo la envoltura de papel dorado, rematadamente tonto, un solemne majadero, un guapo oficial y además *snob*, hice su escultura como una lanza y la colocamos al borde de la piscina, era lo que le iba. Ya entonces estaba cansado de Blanca, le duraban poco las mujeres, cultivaba su fama, se cuidaba, ya entonces tenía entretenimientos. El niño andaba por allí, se lo peloteaban, un niño siempre malhumorado. Le llamaban para jugar un rato, para exhibirle, como a un perro de lujo, se cansaban y le devolvían al servicio, pobre crío. Me aficioné a su casa y a ella misma, tan exquisita, tan ausente, me encontraba a gusto porque era además cómoda, sobre todo podías tratarla como a otro hombre, no había que andarse con tapujos, lo admitía todo». ¿De quién hablábamos? Dijo: «Sabía mucho de la vida, no era ingenua, creo que no debió de ser inocente nunca, qué cosa, una mujer. A veces me pasmaba su atroz conocimiento de todo, solo una enferma mental o una mujer que ha sufrido al máximo llega a ese conocimiento total de la maldad de los otros. Pero tú lo sabes como yo».

Había en aquel estudio algo común a Blanca, un retrato al carbón de Rimbaud, unos cuadros abstractos ambiguos, una mano de escayola desnuda; había serijos de paja y sobre una mesa tocinera un porrón de vino y unos vasos tallados, todo ordenado a compás. Se acercó a un grupo en el que estaba trabajando, le descubrió quitando casi con reverencia los paños que le humedecían, dijo: «Ah», como si lo redescubriera, pasó los dedos muy lentamente, muy delicadamente, y después palpó los contornos con firmeza. Daba la sensación de amor. Se apartaba, miraba, hablaba entredientes: «No me sorprendió lo más mínimo, a nadie le sorprendió. Más o menos todos sabíamos que acabaría de un modo parecido, se quitó de en medio, hizo bien. Para lo que le quedaba por vivir… Su ambiente era pestilente, una charca inmunda. Y eso que me hizo polvo. Durante un tiempo estuve machacado, sus amigos fuimos los únicos en sentirla, ¿tú crees que su familia…? Quiá, se libraron de esa complicación. Yo era íntimo de ella, habíamos hecho un viaje juntos». Entrecerró los ojos buscando una lejanía. «Estuvimos en Grecia, yo lo había deseado siempre, lo habíamos hablado ya en Brasil, era una obsesión para mí, una necesidad, una peregrinación imprescindible, se lo contagié, vino a buscarme. Una compañía deliciosa, llena de imprevistos, una mujer envidiable, la quintaesencia de la elegancia por donde la quisieras mirar, nunca preguntaba de dónde vienes, nunca exigía, nunca se impacientaba si te retrasabas, "*Nitchevo*", era en verano y fue una fascinación. Grecia, se entiende».

No me habló ni una palabra de su intimidad a la que Blanca se había referido. «No se puede vivir como vivía, chico, en una cuerda floja, más bien sobre una cuerda muy tirante, casca y te vas, te rompes la crisma. No se lo advertí porque cada uno tiene derecho a vivir como entienda, allá ella. No tenía ni la más ligera idea de moral, una mujer…». Sentí que me bullían cólera y vergüenza, vergüenza por escuchar, y autodominio porque era visible que no intentaba hacer daño a Blanca, sino discurrir en alta voz, reconocía para mí que a Blanca no le hubiera molestado, hubiera sentido curiosidad atenta, hubiera dicho: «*Pobrecillo*», otra vez, tratándose de Edgar. «Mi hermana me decía: No sé cómo la tratas, que no se entere mamá, que la das un disgusto». ¿Era un adulto el que hablaba? «… Y yo le dije: te prevengo que es una gran persona, si la

conocieses pensarías de otro modo. Pero claro, no pensé jamás en presentársela, ya te figuras». Me dijo: «Tú estabas enamorado como un ángel, daba pena». Me puse inmediatamente de pie. «¿Te parece mal que te lo diga? Chico, qué tiene que ver todo aquello ahora… Lo hablé con ella». Estaba de pie sin acertar, porque me había puesto de pie, a sentarme de nuevo, casi vacilante en medio del estudio. «¿Qué te dijo Blanca de mí?». Se escabulló. «Ya no lo recuerdo bien, soy malo para repetir, nunca me vuelven las palabras exactas, y una sola palabra cambia mucho las cosas. Ella no hablaba de unos a otros, fui yo más bien el que le dijo algo como que te estaba corrompiendo, ahora te lo puedo decir, para el caso tú eras un menor a los veinticuatro años, la edad no hacía. Se defendió. Discutimos. Estuve torpe, chico, le hablé de su madre, su madre había tenido fama de gustarle la carne fresca, no sé si lo sabías, le dije: estás haciendo lo mismo que tu madre».

Aparté la vista de cuanto me rodeaba, eché a andar hacia la puerta. «Te quería, claro… No seas absurdo, no te vayas así, tú, ayúdame a guardarlo… A estas alturas. Necesitaba sobre todo que la quisieran. Blanca sabía perfectamente lo que pensaba de ella, te consta, y yo lo que ella pensaba de mí, no nos engañábamos en eso ni en nada, éramos unos amigos fenomenales. Tú sabes que lo éramos». Se apartó del grupo, dijo: «Vamos a dejar esto, anda, ¿qué haces tú ahora?». Se sirvió un vaso. «¿Qué es de tu vida?». Dijo a media voz, bajando la cabeza: «Estuve materialmente enfermo con su muerte, te prevengo». Estaba terroso, con ojos de ictérico, recordé que había sabido en aquel tiempo que de cuando en cuando bebía hasta perder la conciencia, le habían encontrado más de una vez tirado en su estudio. «Hay dos Edgar —había cuchicheado Sabina en presencia de Blanca—, uno es el exalumno de los jesuítas, lucha y lucha pero su naturaleza puede más, y de cuando en cuando arma la gran traca y acaba en los más bajos fondos». Entonces me había parecido un relato de tipo cinematográfico, además Sabina no quería a Edgar. «Le roban hasta los ceniceros, le dan unas palizas descomunales, no sé cómo le tratas, una vez el portero subió al estudio ante el escándalo que armaban y dice que eran siniestros, le habían roto sus amadas estructuras a martillazos, le robaron hasta la ropa. —*Pobrecillo*».

«¿Me ayudas? Voy a ponerlo en su sitio». Me acerqué. Miró

pensativamente el bloque con el letrero: Mutante, puso las manos sobre él, y lo cubrió de nuevo.

La llevamos entre los dos a su sitio, de cara a la pared, tapada con los gruesos papeles, detrás de todos los embalajes. «Siempre que quieras venir, ya sabes». Se enderezó, se sacudió las manos y me miró a la cara. Recitó suavemente con una sonrisa de complicidad: «Ay, que *la dolencia de amor que no se cura sino con la presencia y la figura…*». Levantó el vaso hacia mí, dijo: «Ciao».

Llamé a Marta desde una cabina pública: «¿Vas a estar en casa? Necesito verte».

La calle me pareció limpísima, los días eran largos, largos y puros, respiré el pesado aire a pulmón pleno, fui andando rápidamente entre la gente.

Estaba aguardándome, no necesité ni llamar al timbre. Me besó en la mejilla. «¿Pasa algo?», y me escrutó con la mirada. «Nada —dije—, verte, charlar un poco». Me dejé caer en su butaca, apoyé la cabeza en el respaldo, cerré los ojos. «Marta, este mundo es una charca pestilente. —No siempre —protestó—. Depende de adónde te asomas». Abrí los ojos, sonreí: «Me hacía falta escuchar a una persona como tú». Se acercó, se puso en cuclillas y cogió mi mano entre las dos suyas. «¿Con quién has estado? ¿De dónde vienes?». Se lo conté: «Ella creía que eran sus amigos, lo hubiera dado todo por ellos. —Y a lo peor lo son, cualquiera sabe, quizá para él las cosas no tengan la trascendencia que tú les das, o una vez soltado su veneno se desespere pensando en Blanca, no lo sé, no es mi gente».

Marta decía «es mi gente o no es mi gente», de manera tajante y sin apelación. «Vivo a cubierto de tus desencantos porque solo veo a quien quiero ver, los que más o menos son míos o piensan de la vida como yo, en la clínica, en casa, los fines de semana… —Y además está Enrique. —¿Cómo, además? —se rio protestando—. Está Enrique, y después los demás». Se enderezó, fue hacia la cocina y siguió hablando con la puerta abierta mientras preparaba algo. Todo sencillo, muy claro, muy concreto. «Toma una copa que te hace buena falta, no acabas de sacudirte ese ambiente. —No los veo nunca, pero tenía ganas de volver a ver la escultura de Blanca. De visionaria, como decía ella. —¿Cómo era?». Blanca y Marta no se habían conocido, ni siquiera habían coexistido en Madrid a un tiempo. Dije: «Mutante…». Enarcó las cejas. «Yo no me entiendo con las otras, nunca he tenido verdaderamente amigas, con los hombres sí, muy bien, ¿te acuerdas? Yo me propuse ser amiga tuya, y lo conseguí, tan serio, tan hundido en tu estudio, me dije: este es un empollón; no ibas con nadie, para ganar tiempo hasta comías en el bar de la Facultad, yo estaba rehaciéndome de aquella soledad brutal y repentina, la muerte de mis padres, los dos a un tiempo,

¿tú sabes lo que es verles salir por la puerta, ni siquiera eso, no les vi salir, para qué iba a despedirles si solo se iban para el fin de semana? Y después los dos allí… espachurrados, no cabe otra palabra. Sí, supongo que los he idealizado, también en vida los idealizaba, me tapaba a mí misma los ojos para ver en ellos cuanto quería ver, y ahora sé que estaba en lo cierto, porque en aquella edad no matizas… Estaba en lo cierto. Me alegro, mira. Hay que irse defendiendo con sus símbolos. Estaba bien ajena a que tú estabas pasando por otra experiencia atroz de muerte, no me lo contaste nunca, quiá, hermético, contestabas por monosílabos, lo supe al conocer a Enrique aunque, claro, me había dado cuenta antes de que algo te había sacudido enormemente, me figuraba que una chica, mira tú, creo que los dos necesitábamos un compañero tranquilo sin perturbaciones. Yo estrenaba independencia y no la había querido».

Estaba sentada en la butaca frontera, también con la cabeza en el respaldo, con sus flacas piernas cruzadas. «No creía que tuviera que ver con la soledad, la independencia. La independencia como la libertad es un *animal de fondo*, ¿no opinas? Ni siquiera pusimos sobre el tapete la posibilidad de vivir con alguno de mis dos hermanos casados en provincias. Fue cuando tomé aquel apartamento con una compañera, ya te acuerdas. Tú andabas desgarbado, tan absolutamente serio, salías de clase a estudio, de estudio a clase… pensé: esté, o va para sabio o va para místico. —¿Yo? —En aquel momento sí. Y acerté, Rubén. Hay una mística en la investigación, una vocación de entrega y ascesis, ¿o no? Tú te has olvidado de entonces porque lo vivías camino de algo, y para mí era ya algo en sí mismo, el ambiente de la Facultad». Sonreía: «A veces me descorazonaba el que no te fijaras en mí ni lo más mínimo, y no porque me gustases, aunque me gustabas un poco, lo suficiente, lo justo para que pudiésemos ser amigos, sino porque era decepcionante contar tan poco como mujer». Tenía la mano derecha vuelta hacia atrás, tocando persistentemente la esquina de la butaca. Yo también sonreí a la imagen de Marta no como ahora, ya mujer con su pantalón azul pálido y su blusa negra, casi sin maquillaje, sino a la muchachita a quien en efecto apenas miraba con unas faldas cortísimas a cuadros y unos jerséis canijos, —tras la sutilísima elegancia personal de Blanca—, vestida igual que todas,

cuellilarga, feúcha y sonriente, esperándome por los pasillos con paciencia, me salía al encuentro, la hablaba apenas. «Una vez que fui a buscarte al tren al regreso de unas navidades, me dijiste sorprendidísimo: te están mirando. ¿Qué creías? Pienso que no sabías ni el color de mis ojos. —No sabía ni el color de tus ojos». Nos reímos los dos. «Pobre Marta, tan decidida a ser tu amiga—. Nada de pobre, tenías una tenacidad admirable, y tonto de mí ni me di cuenta cuando empezó lo vuestro. —Enrique fue el amor total, lento y penetrante, no soy de las que se enamoran en un día. Buscado con un candil, un hombre así…». Tan clara, diamantina. Confortaba. «¿Cómo era vuestra Blanca? A veces pienso que Enrique anduvo también interesado por ella, bueno, no es jugar a adivinanzas porque él me dijo que había sido un amor en potencia, exactamente. No hubo nada, pero en el silencio suceden tantas cosas… sucede todo. Yo estaba entre vosotros dos y tenía ganas de decir: entre vosotros tres. Sin celos, claro, con mucha curiosidad por saber de su realidad viva, y no poca impaciencia. Me parecía que todo aquello lo alimentabais y era estéril. Aquel sentido feroz de independencia me di cuenta enseguida, antes que vosotros, solo por lo que os oí, que era propio de una psicópata: no es que fuera independiente, es que no se adaptaba a la convivencia, son asociales, lo sabes perfectamente. Su ansiedad por poseer, por aferrarse a algo estable, la llevaba a vosotros. Y ahora, aunque tengo poca imaginación, me la imagino más o menos bien, creo que era esencialmente generosa, apática, versátil, dime: artista, suave, muy desdichada, ¿era así?». Afirmé con la cabeza, atento a la intuición de Marta. «Era como cada uno quería que fuese, solo yo no la quería como era, y por una vez quiso ser aceptada plenamente, qué torpeza la mía. —No era tu gente. Todo acabó como tenía que acabar desde el principio. ¿Te acuerdas de Camus?: *Dans un univers soudain privé et de lumiéres devient un étranger d'illusions*
l'homme
. Volvió a su país de origen, a la nada. Era una extraña entre nosotros—. Tú crees que lo hizo intento. —Hasta cierto punto… Sabía el juego a que jugaba, sabía que un día se le escaparía la mano, lo sabía, estoy casi segura aunque no la conociera; no es que dijese: hoy, esta noche, mañana, empezó a preparar su muerte

desde tiempo atrás, le crecía dentro, la invadió ¿no crees? Era irrecuperable, porque su muerte era la vida, su muerte de todos los días, horadándola. ¿No sería ese el sentido de la escultura? —No. —A veces se detendría el crecimiento dentro de ella, luego creció, creció ya libremente, la asfixió, no cabía en ella tanta muerte. —¿Sigues escribiendo tu diario?». Se rio. «No tengo tiempo. ¿Tú crees que tengo tiempo para nada? —Un día te enfadaste porque hojeé las páginas de tu cuaderno, anotabas tus cosas entre los apuntes de clase, era tu culpa. Ponías: "Quiero que mi vida sea transparente como un cristal", me pareció muy suficiente, y aquello concretamente un poco cursi. —También a mí ahora, pero conmovedor en aquella edad, confiesa. —No me atraen los sentimientos convencionales. Entonces pude decirte y no te dije que un cristal puede estar también empañado o turbio o quebrado o rajado, pero sabía lo que querías decir en tu afán de absoluto. Hay cristales de aumento y deformantes. —Tú con tus disquisiciones. No quiero parecerte discursiva ni grandilocuente, Rubén, aunque te rías: quiero ser digna, simplemente digna de mi destino humano. —¿Enrique? —No solo Enrique. Todos los demás, todos los roces de todos los días, todos los conocimientos, todo el ayudar a los que no comprenden nada de nada y van a ciegas. Soy religiosa, lo sabes, sí lo sabes, nada piadosa pero sí religiosa, necesitada de lo eterno. Mi especialidad me ayuda, los niños. Nada hay tan renaciente, tan interrogante, tan sacudidor. No soy demasiado maternal, me entiendes, no apetezco pequeños propios, no te digo que algún día… pero fíjate, observo a los padres que vienen con sus hijos a la consulta y te digo que casi siempre los hijos son producto de un enorme egoísmo nada más: han pensado en sí propios al engendrarlos, si es que han pensado en algo, incluso en emplear su afán de abnegación, no te lo niego; perpetuarse, materializar un amor, trabajar para alguien determinado, trasmitir a, o que alguien les quite la sensación de vejez o esterilidad cuando llegue el momento, o engañar la soledad de una casa, de una pareja; pero tener un hijo por el hijo mismo no he visto a nadie todavía. Yo lo tendría por él mismo y quizá me encontrara con que él no sabría comprenderlo el día de mañana, pero ¿qué importaría su comprensión? ¿Me haría desgraciada? Pues entonces es que pienso en mí misma de nuevo, igual que los demás. Tenemos un empacho

de nosotros mismos, ¿no crees? Un hijo de Enrique ¿podría aumentarme la dulzura?… No de momento, me siento tan colmada, no necesito completarme, ya estoy completa. Creen que desear los hijos es cuestión de mayor o menor feminidad, yo no opino lo mismo: es tu pareja la medida de tu feminidad. Los hijos son necesarios cuando existe frustración, son una válvula, pero ya estamos en el egoísmo otra vez. —Qué suerte tiene Enrique contigo, me lo debéis. —Qué vamos a deberte, no te debemos nada».

Se rio. Se había inclinado hacia delante y en un gesto muy suyo se cogía los hombros entre sus largos brazos cruzados. Estaba levemente ojerosa, con el rostro muy limpio y los ojos brillantes. «Tú quizá te cases alguna vez, o puede ser que no te cases y que algún día te pese, o que algún día no te importe, dependerá de hasta qué punto lo has sustituido, si está tu vida llena, y sé que la investigación puede llenarla, no es cosa mía, lo ha dicho Ortega, ¿verdad?, lo del científico contemporáneo y el monje, lo he pensado muchas veces en relación contigo, cada vez más te veo dirigirte hacia esa vida ascética, pero "el reposo del guerrero"… No, no, no como se entiende habitualmente, ya sé que eso es mero desahogo. Una mujer que cifre su vida en ser tu reposo, en ayudarte a ese reposo más bien, no solo en lo sexual, una solidaridad profunda. Quizá la encuentres cuando te marches, cuando te extrañes totalmente de todo lo vivido hasta ahora, una mujer de tu mismo estilo, una tierna amiga que quiera aceptar tu vida, que la muy borrica se enamore de ti. La muy borrica… porque tú eres un hombre absorbente y desengañado, y se me hace que darás poco a cambio, te dejarás querer, que es tanto como no saber amar en absoluto. Tenías ya ese defecto de hijo único, no Enrique que también lo es, pero Enrique… Enrique ha sido un hijo-padre, un hijo-marido, me entiendes, ha tenido que darse desde niño, ha tenido que sostener y compartir desde niño, ha tenido obligaciones desde siempre superiores a su edad, por eso, en parte, no quiero nuevos deberes ni obligaciones para él. Quiero ser su diversión, en el más alto sentido de la palabra, ¿entiendes? No, no queremos limitarnos uno a otro, ni convertir en deber este sentimiento tan profundo, hemos quedado de deberes y de sermones hasta la coronilla. ¿Algún día nos casaremos? El amor no se puede sistematizar. No tiene importancia, porque él no va a cambiar su

vida ni yo la mía, no se trata de que viviendo separados hagamos algo en especial, hacemos lo nuestro, nuestra vida. Tú no lo entenderías, no protestes, no lo entenderías». Le dije: «Entonces, ¿por qué estás un sí es no es triste a ratos?». Soltó las manos y las entrelazó, se sonrojó vivamente, volvió la cabeza como si se hubiese abierto una puerta indebida. Después dijo quedamente: «Porque soy mujer».

Volvió a apoyarse en el respaldo de la butaca, sobresalía el largo cuello. «Sabes, a donde quiera que vayas irá todo contigo, ¿me explico?, el chafarís de tu pueblo, las bombillas, la alameda de plátanos y hasta el tren en lo alto del puente. El tren, o el pitido del tren, ha debido de ilustrar tu infancia. Te estabas yendo siempre. —Yo era un tímido. —Lo eras todavía cuando te conocí —sonreía— por eso me gustabas, tímido y duro. Entre todos te hemos ayudado a superarlo. —No creas. —Sí creo. Tienes una ternura refrenada, la has dominado al máximo, probablemente en la adolescencia debía de parecerte poco varonil. Enrique tiene montañas de amor que dar, es el amor enjuto, sin aditamentos. —Pero puede ser tierno, Enrique. —Una ternura pudorosa, sí, pero tiene su cupo». Sonrió intencionadamente, dijo: «Ocupado… —Su madre le ha dedicado… —No le defiendas, tú, conmigo no hace falta. Algún día que yo precise ya solo ternura quizá la tenga libre. —Si algo os pasara a su madre o a ti… —¿Por qué vamos a desearle esa prueba, si le queremos? Tú sí tienes una corriente subterránea de ternura, me parece. —No he sabido. —Quizá fue eso lo que buscaba Blanca cuando fue a ti… eras demasiado niño entonces». («*Nadador por tu fondo, preciosísimo*»).

—Tenía veinticinco años. —Un crío, no protestes, te conocí dos y medio más tarde y eras conmovedor, tan serio, hirsuto… a la defensiva. Me gustaba tener un amigo-hombre, distinto de los demás, pero quizá porque me hacías sentirme más madura, erais excesivamente serios, yo tenía ganas de disfrutar, no había manera, estabas madurando, empezaste entonces a salir de tu piel, con las mandíbulas apretadas como si estuvieses preparándote para correr el maratón, ¿te acuerdas? Empecé por pasarte libros, hablábamos poco aunque íbamos juntos por los pasillos, era yo quien me acercaba al verte, parece que hace tanto y era ayer. Nuestros deslumbramientos, nuestros descubrimientos… Tú has hecho de tu

vida un programa intelectual pero eres más complejo, todos somos más complejos. Me gustaría asomarme al que serás mañana, aunque ya está en ti, claro. —Mañana es hoy. —Hoy es todo. —Tenemos al mañana entre nosotros como tantas otras cosas que escapan a nuestra percepción, ¿no crees? —Yo soy más próxima que tú, yo quiero a este hombre que somos, el de ahora mismo con su mañana o no hincado en él, mi misma humanidad, la de este instante, el hombre escalofriantemente débil, cada vez más débil y desconcertado cuanto más arriba sube; quiero al hombre desmitificado, necesitado, con todo eso que la gente llama estúpidamente para entenderse «la parte mala». —Porque eres mujer, acabas de decirlo. —Puede ser, no te digo que no, pero también Enrique asume su momento por entero. Quiero a este hombre con sus vaivenes, con sus sacudidas, pertenezco plenamente a mi tiempo, tú estás lanzado, me pregunto hacia dónde, pero sé que no vas a vivir con orejeras, Rubén: te salvará entre otras cosas el enorme contacto de tu ciencia con la humanidad y también que por el mundo vas a llevar en el último reducto tuyo tu chafarís de pueblo, las bombillas, los plátanos del paseo, los botes de la farmacia de tu padre, el corredor de tu casa, tu dormitorio de muchacho, los barrotes de tu ventana… Alguna vez le darás el nombre de nostalgia, quién sabe, cuando deberías de darle el de dinámica: es la muerte pequeña y lo que sobrevive, tu luz de hombre, la antorcha que levantarás en una mano cuando llegues al podio. Leeremos en algún periódico: «El sabio investigador…» y yo sabré que detrás de tu mirada un poco cansada y reflexiva, estarán tu chafarís y tu paseo asimilados, y que a lo mejor, por qué no cuando te inclines sobre la platina para explicarte o explicarnos en cierta manera qué somos, cómo somos, llevas contigo tantas cosas, «las mariposas del alma» que dijo tu maestro, y también a nosotros, ¿verdad? —Eres como una hermana. —No es verdad, por Dios, nada de hermana, ni pizca. ¿Por qué quieres definirlo todo, poner nombres a todo? Te voy a parecer poquísimo científica, pero te digo que a mí me gusta lo innombrable, lo indefinible, lo indecible… Sonreía profundamente. «Y no por soñadora, los nombres son meros indicativos, nada más. Nos sirven, son los símbolos pero no son las cosas, ni en sí mismas ni nada en sí mismo. Tienen muchísimo poder los nombres, te lo admito, pero un poder de evocación, como

los conjuros primitivos—. Las cosas fueron en cuanto el hombre las nombró. —En cuanto el hombre las vio, las sintió en él, se las asimiló, las vivió. En cuanto un hombre las miró fueron las cosas, el paisaje, todo. Yo no existiría para ti si no me hubieses conocido, si no me hubieses visto ahora o entonces, por los pasillos de la Facultad; podrías repetir un millón de veces: Marta, y yo no era, y sin nombrarme jamás yo estaba, yo existía. —La palabra tiene un poder develador, revelador. —Es un signo. —Es en sí misma, crea mundos, los levanta, los define. —Los define, los planifica, los alienta: no es el mundo. —Imagínate por un momento un mundo sin palabras». Cerró los ojos, se estremeció: «Qué horror, qué soledad… —¿O te riges solo por sentimientos? —Son yo misma mientras viva. —También las palabras. —No. Mis palabras pueden continuar después de mí… ahí está la trampa. —¿La trampa o la eternidad? Más bien, para entendernos, la manera de formar un eslabón en la cadena». Me dijo con absoluta inconsecuencia: «¿No habrá palabras en la eternidad? Las voy a echar de menos». Volvió a ceñirse los hombros con sus brazos cruzados, se inclinó levemente hacia mí, sonrió intensamente: «Dime: Marta, Marta, Marta… Necesito sentir que existo».

Qué importa lo que una hormiga piense sobre la trayectoria de otra hormiga, o sobre la hormiga extraña, en el supuesto de pensamiento y no de reflejos motores. He estado esta mañana contemplando un hormiguero. Al lado del hostal, al pie de un árbol, ha salido una columna de hormigas, ordenada, monótona, alguna cargaba una arenita o semilla homeopática, las observaba. Había una que renqueaba, se retrasaba, las que seguían la empujaban, la forzaban a avanzar, hubo un momento en que se salió de filas y caminó hacia el talud del árbol. La fila se cerró sin ella, continuó avanzando en dirección a las cocinas del hostal. Mirando a la columna perdí de vista a la hormiga excéntrica, confundida entre el verde del talud. ¿Me veía? ¿Qué era yo para la hormiga, cercana a mí? Sé perfectamente que su ángulo visor no abarca mi totalidad, sino solamente una infinitésima parte; estoy a su lado y no me percibe; puedo levantar el pie y aplastar al hormiguero o a la hormiga, no sabrá de donde le llega el golpe, aunque temen, se apartan de mi planta y de mi sombra, de mi olor de hombre. Estoy quietísimo, con curiosidad por ver reaparecer a la hormiga solitaria. No la veo. ¿Importa la conducta individual de la pobre hormiga que se sale de filas? ¿Qué sentido tendrá su acto en la disciplinada colonia del hormiguero? Cuando se reúnan en esa habitación central que edifican en su mundo subterráneo, con esas ingeniosas galerías pacientes que conducen a dicha estancia central en donde se agrupan, viven, ¿alguna hormiga acusará su falta? La hormiga en cuestión no tenía alas, podía ser híbrido u hormiga fecundada, las hormigas pierden las alas al ser fecundadas por el macho.

Levanto los ojos y veo la mar rizada y levantada. ¿Por qué intento *a posteriori* fijar la imagen de Blanca o de Daría, concretar era así o era así? Eran, simplemente, relativas a cada cual, ¿qué queda de aquellas criaturas que se salieron de filas: una urna de cenizas en Ámsterdam, un despojo en un pequeño cementerio

campesino?

Aquí, frente a este mar, sentí piedad profunda al ver aparecer boca abajo, poco a poco, aquel pobre cuerpo maltratado de Daría, y una terrible sacudida del centro de mí mismo mientras Sabina nos relataba la escena del crematorio. Y ahora me hago la eterna pregunta clave de los hombres: ¿qué es la verdad? ¿En dónde reside la verdad? Porque se me antoja que en el grupo de vagabundos que rodearon a Blanca en su momento postrero (Theo salió de su letargo porque sintió el helor de la muerta en su costado), que contemplaron en silencio aquella patética fumata, que después cantaron, bailaron y amaron en una ceremonia alucinada a su memoria, había una mayor fraternidad, una mayor cohesión, para entendernos. Y después de haber oído a Pablo, en verdad —y uso la palabra verdad con pinzas, habrá que someterla a observación—, Theo con su barba, con sus guedejas, con la guitarra y el saco al hombro, con sus letras incoherentes y su indiferencia letal, hacia la India, continuando el viaje proyectado con ella, me inspira respeto, y también la dignidad de su silencio ante los jueces: él no negó a Blanca, ni se repartieron sus ropas.

«No, por Dios, quita, aquello…». Fui a encontrar a Pablo en donde menos lo esperaba, en Santiago de Compostela. Salía de casa de Oceja y cruzaba por la plaza ante el hostal, cuando volvimos la cabeza a un tiempo, nos reconocimos. No tuve más remedio que acercarme, tengo el sentido de hospitalidad de mi tierra. Deambulamos juntos, había venido por motivos profesionales, le sobraba tiempo, quería conocer la ciudad. «Qué suerte, encontrarte, no sabía que estuvieses aquí. Me casé ¿sabes? Tengo dos niñas. —¿Sandra? —No, por Dios, quita, aquello… Es otra cosa, mi mujer, ¿cómo se te ha podido ocurrir?». Me dio un golpecito en el hombro. Dijo: «Qué grupo de chalados, no volví a saber nada de ellos, como si se los tragara la tierra, gracias a Dios; solamente alguna vez a Edgar le he llevado algún asuntillo, ¿has visto su última exposición? Menudo éxito, está cotizadísimo, por las nubes, quién lo iba a decir, ¿a ti te gusta? Yo no lo entiendo por más que digan, me regaló una figura geométrica de esas cuando nos casamos, ahora usa materiales más ligeros, anduvimos por toda la casa buscándole un sitio, pues bueno, no te lo imaginas: iba en cualquier parte, hacía bien en cualquier lado, muy decorativa. Me contó que habías estado en su

estudio y que te marchaste bufando». Se rio, se paró un momento, caminábamos por la Rúa Nueva. «Con Edgar hay que tener aguante, o se le toma, o se le deja».

Yo no sirvo para enseñar monumentos ni iglesias, pasábamos por delante lentamente y él se detenía, quería entrar; tenía ganas de decirle: déjate penetrar del ambiente, esto es, aquí está; porque lo importante para mí es el aire que circula entre esas piedras, la medida del aire y de los espacios, los volúmenes que nos rodean, sus calles íntimas, bajas, grises, susurrantes. Pablo entraba, a veces se santiguó, bajaba la voz, iba de altar en altar como de puntillas, mirándolo todo en detalle cuando para mí se trataba del conjunto, la creación de un conjunto de una unidad armónica singular con elementos dispares, inserto en su paisaje propio. No sé si le extrañaba mi falta de información porque él la suplía con sus conocimientos librescos.

En la calle no hallábamos nada que decirnos, tampoco hacía falta, pero él volvió al mismo tema, lo único que parecíamos tener en común: «Tú estuviste muy colado por Blanca, no lo niegues, ¿supiste algo más tarde? —¿Algo de qué? —Algo, no sé, Sabina, los padres… Me sorprendió que Sabina no me avisara, tuvo que pasar por Madrid camino de Río, a no ser que tomara otra línea, cualquiera sabe, no querrá acordarse ni del santo de nuestro nombre, los testigos estorban, si lo sabré yo. Yo guardaba algo de ellas, objetos de la casa, alguna ropa, me habían encargado de devolver las llaves del piso y de recoger los efectos personales de Blanca, pudo avisarme, me parece. Cuando vi que no daban noticias me dirigí a la madre, hombre, era una situación delicada, le envié un inventario detallado, tenía cosas de valor, aquel dibujo de Picasso de la paloma, algún abstracto, la figurilla egipcia; la madre me dijo que antes de remitírselo eligiera un objeto de recuerdo, no me atreví con el Picasso, claro, por delicadeza, a mi mujer le gustaban la figurilla y aquel vaso helénico ¿te acuerdas? Por cierto, a Edgar le molestó verlo en casa, dijo que se lo había regalado él, imagínate, con qué dinero, aquel viaje había sido con todos los gastos cubiertos, Edgar estaba entonces sin un céntimo. Hay que tener en cuenta que yo me había portado divinamente con ellas, y mira que con ellas había que estar siempre al quite… Fui yo quien la llevó al Gran Hospital cuando aquella primera intentona: para

ganar tiempo la bajé en el ascensor sentada en una silla, estaba sin conocimiento, se me derrumbaba, pobre Blanca, total fue retrasarlo nada más, ganar un poco de tiempo, nada; Sabina estaba acobardada, tenía miedo de verse envuelta, menos mal que la descubrió enseguida y me llamó en el acto, por esa vez se llegó a tiempo, hombre, no había intervenido nunca en nada semejante, menudo trago. Yo había actuado con eficacia en lo del niño. —¿Cuál del niño? —¿No te lo contó? Blanca hacía compartimentos estancos entre los amigos y en las cosas que confiaba a unos o a otros, era curiosísimo. Mira, podía ver al niño en fechas previamente determinadas, es claro, pero cuando solicitó mi ayuda andaban obstaculizándola para que lo lograse, demoraban sus visitas con excusas, dilaciones, Blanca se desesperó. De repente parecía que nada le importaba como aquello, se convirtió en una idea fija, me pidió que la representara, que la defendiera, que la acompañara. Profesionalmente había poco margen, no era viable, pero sí de una manera oficiosa podía intentar algo, y así lo hice. Hubo laboriosas gestiones porque nadie quería problemas, todos se lo sacudían, en el fondo cuestión de dinero, te imaginas: el padre de Blanca temía su prodigalidad y exigía cuentas, Sabina se aprovechaba, convinimos que en lo sucesivo nos ocuparíamos de todo en mi despacho. El marido sin ser rico, tal como se entiende entre esa gente, tenía suficiente fortuna, pero necesitaba muchísimo más dinero para mantener aquel tren de vida, se cotizaba como un profesional, y al propio tiempo te diré que no he visto jamás a nadie tan pesetero, era un sórdido, llevaba las cuentas al céntimo, amplio en sus gastos, estrecho en sus pagos, cicatero, no te lo hubieras imaginado viéndole: había encontrado aquel modo de sacar más dinero a Blanca, a base de dificultarle el acceso al hijo, no de frente, no podía, sino con subterfugios. En el fondo debía de temer el divorcio —en el fondo y en la forma, no se podía tocar con él este tema, lo hice por indicación del padre que quería acabar de una vez por todas, inútil, aparte de que Blanca, extrañamente, se oponía también—, sabía perfectamente que teniendo él en sus manos aquel hilo, Blanca no se le escaparía del todo. Porque el niño le prefería a él de una manera evidente, ni Blanca lo negaba. Hablé con Álex en varias ocasiones; entre tú y yo era un vividor, Blanca le importaba un bledo, el chico le hacía relativamente gracia y no estaba

dispuesto a desprenderse de él, ya te digo. Y Blanca decidida en aquel momento a dar cuanto tenía y no tenía por recuperarlo, pero mi transacción con el marido se estableció sobre la base de que el chico continuaría como estaba. La razoné: ¿A dónde vas con el niño? ¿Eres mujer capaz de atarte a un niño? Pero mírame, Blanca, ¿no va a ser peor después para él? Hablaba hasta de secuestrar al niño, figúrate. Deja al niño tranquilo y ven a verle cuando quieras. Aparte de que el marido no soltaría ese filón, ni hablar. El padre de Blanca estuvo conciliador, habló con ella por teléfono y le aconsejó que lo dejara estar, que no le diera importancia, que viviera su vida, que ya se cansaría, ya encontraría otra, tiempo al tiempo, pero conmigo fue contundente: arreglarlo lo mejor posible con el mínimo gasto y sin más compromiso formal que el ya establecido anteriormente. Muy difícil satisfacer a todos. Comimos con Álex, no había quien los entendiera, estuvieron afectuosos como viejos amigos que se encuentran, muy sociales, Blanca se había puesto elegantísima, un intercambio de amabilidades, Blanca le preguntó porque sabía que Álex andaba por entonces liado con una estrella de cine: *¿Por qué no la has traído?* Así como suena. ¿Te parece extraño? Pues así fue. Después de comer la acompañé al dichoso colegio a ver al dichoso niño. Es un decir. A mí, sobre todo ahora que tengo hijos propios, me da pavor pensar en aquel niño. No cabe explicación. El chico no tenía gana alguna de verla, pendiente de la puerta y del jardín para escapar de nuevo, y sin embargo, te confieso que me dio pena cuando la vi con aquella ansiedad casi retorciéndose las manos esperándole en aquel *apartheid* de lujo. No se atrevía a gesto alguno espontáneo con él, estaba como temerosa de desagradarle y no le quitaba la vista de encima, el chico se revolvía en el asiento, una animación fingida, daba pena. Lloró y lloró en el hotel, es la única vez en que la vi llorar, claro que había bebido, pero en esa ocasión, yo mismo le subí la botella a su cuarto. Estaba caidísima. La cosa acabó como tenía que acabar, ya te imaginas…». Hizo un amplio ademán en el aire como de continuación: «Estaba tan desconsolada, no quería quedarse sola, consolar es peligrosísimo, te enredas, en fin, cosas que pasan». Sonrió con fatuidad.

(«*Cosas que pasan, no las buscas, ni un solo momento hubo ni fingimos amor, ¿por qué no puedes comprenderlo?*)».

«Mira —bajó la voz en tono de excusa—, creo que nos portamos como unos cochinos con ella, pero ¿es que no era eso lo que buscaba, ser tratada cochinamente? Creo que era masoquista, ¿y tú?, gozaba prostituyéndose. —Destruyéndose. —¿Cómo dices? Es lo mismo. Te prevengo que yo la quería mucho, de verdad, en cuanto pasaba algún tiempo sin verla me tiraba el volver, sin nada ya por supuesto, aquello fue pasajero, pero su casa era tan al margen de la vida que uno hace todos los días, te lo confieso, era mi escape, me relajaba, como una estación en otro planeta, un apeadero en ninguna parte, allí podías escupir todo lo que te amargaba en la boca. Sandra estaba fenomenal ¿te acuerdas? —No. —Ya, tú eras un puro, se te notaba, habías caído allí por equivocación, pero no te iba mal, así se aprende».

Caminábamos ante San Martín Pinario, entramos en el patio, en el claustro, dimos vuelta a la calle, fuimos a la iglesia por la plaza de San Martín, estaban las luces encendidas porque celebraban misa. Dijo: «Qué hermoso», y se arrodilló en el último banco y movía los labios rezando con unción. Yo estaba de pie mirando hacia las velas encendidas. Siempre había en mí un declic ante aquel aparato luminario: iglesia-madre. Las velas, la liturgia, y mi madre en torno, indisolublemente unidas sus apariencias. Había una suerte de dulzura en aquella abstracción.

«¿Y ahora qué, ligando por aquí? —Nada —dije. —¿Nada? No me digas. Te lo tomaste en serio aquello, si fuese ahora que te las sabes todas, a buena hora, pero entonces estabas a su merced. Sí, hombre, que te gustaba un rato y era para gustar, caramba, sabía de los hombres más que nadie, —se rio— pero no había que tomárselo por la tremenda sino considerarlo en sus justos términos: una aventura más o menos, algo que un hombre conoce al paso, a tantos sitios va uno de paso».

Ya nada me dolía, y menos allí, en Santiago. Él sí que estaba en mi vida superado, marginado. Nos movíamos en dos planos totalmente distintos, ni podíamos hacer coincidir nuestras escalas de valores, éramos dos extraños. Sentí en el borde de la lengua la letra aquella: *Strangers in the night, two lonely people…*

Era un mediodía soleado, claro. «Me ha gustado encontrarte, de verdad, mira qué suerte, que bien lo he visto todo, y charlar un rato. Hace tiempo que no veía a ninguno de los de entonces. ¿Qué

haces tú ahora? Nos juzgabas a todos en bloque y nos reprobabas, era patente y nos cargaba un poco, te hubiera gustado apartarla de todos, era absurdo, hubiera dejado de ser ella. ¿Supiste algo de Sabina? —La vi en Barajas. —¿Tú? Menuda niña… No me digas, porque lo lógico era avisarme a mí, ¿no te parece? Menudo parásito, la niña esa».

Ni siquiera me irritaba, marchaba bajo aquel aire grave, hermoso, con cuidado de no aplastar una babosa, (al fin y al cabo, una babosa solo se desliza por encima de un mucus segregado por la glándula pedial de debajo de la boca, lo necesita para avanzar), ni estaba pesaroso de haberle acompañado, pero decidido a no hacerlo nunca más.

Caminamos unos minutos en silencio. Se detuvo y me preguntó: «¿Tú no conociste a su madre? Un caso clínico, mira tú, te hubiera interesado. Más guapa que Blanca, más clásica, pero menos *sexy*, un poco percherona, muy compuesta, muy pudibunda, imagínate, después de lo que había trotado. Tenía que saber que yo estaba al tanto, daba la sensación de un campo roturado por el que pasas un rodillo. Ahí tienes, cuando lo del Gran Hospital sentí compasión por la pobre Blanca, todo era un puro despropósito. Vino a verla, no hizo más que reprocharla y atosigarla, Blanca no estaba para aquello, venga de: es una vergüenza, cuándo dejarás de darnos disgustos, las formas, la moral, etcétera, etcétera. Blanca parecía acorralada. Se la llevó a casa en el coche, conducía la niña esa, quisieron que las acompañase y durante el trayecto habló en forma mundana, superficial, casi jocosa, de cosas indiferentes, era absolutamente increíble. Y al llegar a la casa, ¿te acuerdas, aquel piso inmenso de Generalísimo?, nos pidió ayuda a Sabina y a mí para que influyésemos en su hija y se dejara atender por un psiquiatra, recluirla solo por un tiempo en alguna residencia para enfermos nerviosos. “No me puedo ir tranquila así”, nos decía. Menos mal que el médico opinó con buen sentido que en el estado de Blanca no se la debía violentar. Se marchó enseguida, al día siguiente, porque formaba parte de no sé qué comité de la UNESCO para niños del tercer mundo… Te lo aseguro, es así, no exagero nada; la acompañé al aeropuerto y fue calentándome los oídos con se la confío, vigílemela, nada de estridencias, ¿sabía lo que pedía?… Al regreso me quedé con Blanca, estaba hecha polvo, no lloró

—nunca la vi llorar más que aquella vez a la vuelta del colegio del niño, con aquel hipo histérico—, pero tan deprimida… Parecía que estaba tocando fondo. Me quedé con ella esa noche, como hermanos, ¿eh?, totalmente en blanco. La verdad: yo no podía querer a una mujer con tanto lío, tanto problema, tanta ansiedad, estaba hasta aquí de complicaciones, durante una temporada espacié mis visitas, reduje mi relación al mínimo, Sabina venía por mi despacho, la niña esa, por cierto debía de tener sangre negra ¿te fijaste? Fue quien me contó lo vuestro».

Se había cerrado el círculo. Tuve la clarísima sensación de que las partes habían enlazado entre sí y el círculo se había cerrado para siempre. Sopló la punta del cigarrillo para que se desprendiera la ceniza.

«Ya ves, me pareció que esa vez iba de veras, que había recuperado su juventud, aunque yo sabía que aquello no podía durarla, estaba virtualmente acabada. Sin embargo, en algún momento dudé si todo podría tener aún arreglo. Le pregunté cuando volvimos a encontrarnos en el club y subimos a vuestro apartamento, —sí, vuestro, Blanca nunca hubiera elegido nada tan modesto—. ¿Eres feliz?, me contestó: "*¿Quién es feliz?*", ya sabes, era tan negativa. Pero se había sosegado, la sosegaste durante un tiempo, conseguiste fijarla al menos en aquel intervalo, yo creo que fue lo más parecido a su felicidad. De repente nos pareció a todos los que la conocíamos tan bien más joven, más sencilla, alegre, renovada; me parece que os estoy viendo en el club cogidos de la mano, o tú sentado a una de aquellas mesas y ella yendo hacia ti con su flor en la mano, aquellas flores inmensas de papel que había sobre las mesas, y su sonrisa dubitadora».

Levantó una flor y la mostró a un grupo de estudiantes sin pronunciar palabra alguna. «Qué pena de mujer, la verdad, qué pena. Había en ella bueno, pero se empeñaba en estropearlo». *Solo Kasyapa lo comprendió*.

Al escribirlo ahora me acuden las voces de los hombres en el amanecer del roquedal, con aquella impresionante calma del agua: «A última hora no lo quiso hacer». «Estaba agarrada a las algas del fondo», y más densa, sobre todas: «*Xa non había tempo*».

Xa non había tempo, xa non había tempo… Adiós. Va de regreso. Vuelve por el camino conocido, ligero ya, terminado el

reparto, las cestas se desplazan en el interior de la furgoneta, chirrían un poco al resbalar sin peso; lleva una chaqueta de cuero teñida de negro y sus manos vibran sobre las palancas de cambio, de cuando en cuando levanta una para saludar en silencio. Ve por el retrovisor lo andado, el camino hacia atrás en sentido contrario, y por el parabrisas amplio se le viene encima la carretera empedrada sobre la que se cierne el día gris, con una densísima humedad del aire que se filtra por las rendijas, que empaña los cristales; sin soltar el volante, Eugenio saca con la mano derecha de la guantera una gamuza y despeja un trozo de cristal ante sus ojos, un pequeño visor transparente dentro de una ventana en niebla. Gondomar queda atrás, continúa el camino, los árboles marrones y rojizos, la hoja de vid bermellando los emparrados, el tojo duro en flor y la acacia extendiéndose. Antes de aparcar ve de lejos a Serafín trajinando en la bodega, baldeando el vino, Luisa ha de estar con los críos ordeñando a la vaca, hay luz en su cocina, no eléctrica, sino del resplandor del fuego del horno de cemento en forma de torrecilla, que abrasa los cristales, los enciende. Mete despacio la furgoneta al abrigo de la lluvia en el cubierto, junto al carro, Serafín ni se asoma. Empuja la puerta de vaivén de la tienda y le alcanza una tufarada desde el fondo, desde la cocina.

—Fai bó calor eiquí.

Está ante el mármol de la cocina blanca, amasando las roscas con ese movimiento rítmico que es un andar, adelante y atrás, arriba abajo, la llama la sofoca, ha desabrochado dos automáticos de la bata negra para librarse del calor, se ha remangado. «*Ahí tés o teu café*». Eugenio mismo llena la taza redonda sin asa con el café que le espera al calor. «*Ven o invernó cedo iste ano, qué día —É o seu, é o seu tempo. —Pero si é casi noite hastra agora*». La ventana de la cocina es estrecha y corta, cuadriculada de cristales. Amelia mira. Dice: «*Aínda é noite*».

Tras las compuertas bajo la ventana, detrás de las bombonas anaranjadas del butano, pugnan contra la red metálica la yerbaluisa y el tomillo. «*¿Quedache moito? —Aínda me queda*».

Salpica la harina sobre la masa como si la nevara y luego la ajunta, la recoge en redondo, hace las cosas todas en redondo, no sabe que las hace en redondo, lo aparta a un lado sobre el mármol, lo encubre con un paño limpio húmedo, lo pone a levedar. Cierra la

compuerta del horno en cemento gris. Huele a manteca y a canela en torno. Entra en la tienda, levanta la tapa del mostrador y coge el cuaderno de un estante, Eugenio se acerca, baja la tapa, saca el bolígrafo del bolsillo de su cazadora teñida de negro, uno de cada lado se inclinan, el hombre va apuntando los pedidos. Las manos lisas blanqueadas tan dulcemente secas sobre el viejo mostrador corrido de castaño gastado y brillante, encerado por el tiempo, más brillante allí donde se apoyan tantas veces: bordes de Luisa, de Serafín, de Eugenio, y el borde de ella que es ahora el de Daría. Con el calor que le enciende las orejas, las mejillas, los ojos, y dilata su piel, con el olor a manteca, a azúcar quemado y a calor de pan, la finísima suavidad de las manos, de la piel por el escote desabrochado, uno a cada lado del mostrador, atentos al trabajo, rozan sus brazos. «*Encende a luz, non se mira nada*». Amelia da al interruptor de plástico blanco en la pared, a su izquierda. La luz amarillenta de la bombilla adensa la penumbra en la puerta de vaivén y anula la difusa tenue claridad grisácea a través de la ventana estrecha y baja, con los cristales rezumando humedad. «*Non te quedes ahí parada, muller, qué estás a mirar?*». Amelia se inclina de nuevo. Dice: «*A sombra na porta*».

Notas

[1] La frase de Theo: «Mi manera de acabar con la burguesía es gastándome el dinero de un burgués», son palabras de un muchacho publicadas en una entrevista hará unos siete años, en un periódico francés. He perdido la referencia, y ni siquiera recuerdo el periódico en que lo leí. < <